

Domingo de Ramos en la Pasión del Señor. Misa

Mt 26,14 -27.66

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Misa:

Is 50, 4-7

Salmo 21, 8-24

Flp 2, 6-11

Mt 26,14 -27.66

1. La realeza de Cristo: "¡Viva el Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Viva el Altísimo!" tiene su contrapunto con el grito: "¡Crucifícale!, ¡crucifícale!, ¡crucifícale!", repetido en varias ocasiones en el relato pasional.

A Jesús le matan violentamente, clavándolo en la cruz. Es ajusticiado después de un proceso solemne llevado a cabo por las fuerzas religiosas y civiles más influyentes de aquella sociedad, que celebran haber liberado al pueblo de un agitador.

Jesús sufre la muerte de un fracasado, de un maldito, de un abandonado que nada puede ante el poder de los que dominan la tierra. Vive su muerte como un servicio, el último y supremo servicio a la causa de un Dios de amor, que le ha encomendado establecer su Reino entre nosotros; su vida y la causa de su condena fue vivir liberando de opresiones a los marginados; estableciendo la libertad, la justicia, la paz, perdonando y enseñando a perdonar; ciertamente, su vida fue un servicio a la humanidad.

2. La muerte de Cristo es la mayor manifestación de su amor. Nos ha amado hasta el final, ha sido fiel a su amor para con nosotros sin pedir nada. Ha mantenido su palabra, su mensaje salvador. No aceptó la resignación y el sometimiento a la mentira, ni el engaño, ni la violencia en nombre de Dios, y enseñó que Dios exige rebeldía y denuncia contra todo lo

que implique violación de la dignidad de los hombres, creados a imagen de Dios y llamados a ser sus hijos.

Como dice san Agustín, el verdadero sacrificio es todo lo que hacemos de bueno por Dios y nuestro prójimo durante toda esta vida. Cristo muriendo en la cruz realiza el mayor sacrificio, el mayor acto de amor a la humanidad.

3. Ya no hay signos de gloria y triunfo. Hay un gran signo de dolor y duelo. Hay un funeral cósmico, porque muere en una cruz, clavado, el Hijo de Dios vivo: "Era ya cerca de la hora sexta cuando, al eclipsarse el sol, vinieron tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora nona". "En esto, el velo del Santuario se rasgó en dos, de arriba abajo; y tembló la tierra y las rocas se hendieron".

Ahora, en el momento de morir Cristo y de consumarse su obra redentora, parece que hay como una última sacudida fuerte del estilo, ya expirante, de la vieja ley; como una última apelación a la naturaleza terrible y tonante del Sinaí.

4. Tres años de parábolas dulces no pudieron en Pedro lo que pudo en el centurión un minuto de tinieblas teatrales. El mundo que había querido un Mesías ostentoso y poderoso, exigía ahora una gran metáfora cósmica de la muerte de un Dios. Quería un Dios que muriese entre eclipses y terremotos. ¡Como si no fuera más auténtico certificado de divinidad el perdón de sus verdugos!

Jesús insiste en los puros signos espirituales del vino, el agua y el pan. Sólo al final, como un desesperado arranque de dureza carnal de los hombres, llegan los vistosos signos cósmicos y sinaíticos: El eclipse y el terremoto. Pero los hombres, duros y tercos, se empeñan en no oír este silbo suave de la ley de Amor, y Dios tiene que sacudir de vez en cuando sus entendederas con guerras, revoluciones y persecución, para que los hombres, como el centurión, crean en Él «cuando vean el terremoto».

El mundo actual sabe algo de eso. Hombres locos, hombres locos, ¿por qué no evitáis el terremoto y las tinieblas, tomando partido a tiempo por el agua, el vino y el pan?

Lunes Santo.

Mt 26,14 -27.66

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Is 42, 1-7

Salmo 26, 1-14

Jn 12, 1-11

1. En la Semana Santa, el seguimiento de Jesús, se ilumina y se profundiza, cuando queremos hacerlo con los sentimientos de Él, con sus vivencias y con el sentido que Él puso en todos sus actos. Estos días nos muestran lo más hondo de la persona y las decisiones de Jesús.

Toda la Semana Santa tiene como telón de fondo las decisiones que se vivieron en el inicio mismo de la Vida de Jesús: el Verbo Eterno le dice al Padre "Aquí estoy para hacer tu voluntad" y la Virgen María le dice al Ángel

de Dios: "Que se cumpla en mi lo que Dios quiere". Esas dos generosas obediencias dan comienzo a un camino que culmina en lo que Jesús hace en la Semana Santa.

2. Isaías nos muestra al "siervo" del Señor que es Salvador. La salvación de Dios y su protagonista recorren un camino distinto del que los hombres pensamos y con el cual confiamos alcanzar la salida de nuestros males. No grita, ni se hace sentir, ni aturde a los demás. Es, más bien, sencillo, callado, humilde. No soluciona los problemas aplastando la debilidad de personas indefensas ni se aprovecha de los caídos. Más bien, es paciente en la espera de la recuperación.

Busca la recuperación no por la fuerza ni la prepotencia características de los poderosos. Todo lo contrario: busca y trabaja por el derecho y la justicia. No toma el camino de la violencia para la justicia: sabe que la violencia desencadena violencia y la justicia nunca llega cuando se elige este camino. Su camino, por eso, será mal visto por muchos. Y, sobre todo, necesitará, además de audacia ante una sociedad que se ilusiona con soluciones rápidas y espectaculares, una dosis enorme de perseverancia. No desfallecerá ni se desalentará.

3. Este "siervo", que prefigura a Jesús, Dios reúne al pueblo y lo ilumina. Por Él se abren los ojos, se liberan los cautivos y los oprimidos.

La salvación que trae no es primordialmente política o económica: Va mucho más adentro porque llega al corazón de quien lo acoge. La liberación de las esclavitudes y dominaciones políticas económicas y sociales no tienen consistencia ni futuro cuando los corazones siguen esclavizados por el interés, la violencia, el abuso o la mentira.

Cuando en cambio, por la acción salvadora del Servidor, los corazones se convierten, es posible pensar que las demás esclavitudes vayan desapareciendo.

4. San Juan nos muestra a Jesús pocos días antes de morir. Está en una cena, con amigos – Marta, María y Lázaro – y con sus Apóstoles. Sobre la escena, aparentemente serena y distendida, se cierne la sombra y la cercanía de una muerte inminente.

Dos personas intervienen con distintas miradas sobre el mismo Jesús. María, la hermana de Marta y de Lázaro, toma un perfume muy caro y lo derrama para perfumar a Jesús: lo da generosamente. Es una acción tintada de espléndida magnanimidad: Lo hizo «tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro». Es un acto de amor y, como todo acto de amor, difícil de entender por aquellos que no lo comparten. Creo que, a partir de aquel momento, María entendió lo que siglos más tarde escribiría san Agustín: «Quizá en esta tierra los pies del Señor todavía están necesitados. Pues, ¿de quién, fuera de sus miembros, dijo: 'Todo lo que hagáis a uno de estos pequeños... me lo hacéis a mí? Vosotros gastáis aquello que os sobra, pero habéis hecho lo que es de agradecer para mis pies'»

Esto puede ser visto como un despilfarro inútil. No lo ven así ni María ni Jesús. Es, más bien, un signo que manifiesta que Dios es el Señor y todo lo que se da a Él muestra la entrega total del hombre al Señor. Difícilmente entienden y admiten esto quienes buscan sólo provecho e interés en su comportamiento.

María unge los pies de Jesús y los seca con sus cabellos, porque cree que es lo que debe hacer.

La protesta de Judas no tiene ninguna utilidad, sólo le lleva a la traición. La acción de María la lleva a amar más a su Señor y, como consecuencia, a amar más a los "pies" de Cristo que hay en este mundo.

5. El Evangelio, por todo su contexto, muestra que es Jesús quien se ocupa de los pobres. Homenajearlo a Él, darle a Él todo lo de uno como lo hace María, es querer tomar a Jesús como modelo: quien le da todo al Señor, obrará como Jesús, y como Él servirá a los pobres que siempre estarán en la historia humana. Con frecuencia los pobres son el resultado del egoísmo, de la imprevisión o de la corrupción humana. Servir totalmente a Dios es recorrer el mejor camino de revertir las pobreza y las injusticias.

Martes Santo.

Jn 13, 21-33, 36-38

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Is 49, 1-6

Salmo 70,1-17

Jn 13, 21-33, 36-38

1. Hoy la liturgia pone el acento sobre el drama que está a punto de desencadenarse y que concluirá con la crucifixión del viernes santo. «En cuanto tomó Judas el bocado, salió. Era de noche». Siempre es de noche cuando uno se aleja del que es «Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero».

Hoy es un día ideal para el silencio y la escucha, para caer en la cuenta de un par de verdades que sostienen nuestra vida.

Existimos porque el Señor nos ha llamado en las entrañas maternas, porque ha pronunciado nuestro nombre. ¿Te sientes un don nadie, producto del azar, poco querido por tus padres o por las personas que te rodean? ¡El Señor sigue pronunciando tu nombre! ¿Te parece que tu vida es una sucesión de acontecimientos sin sentido? ¡El Señor sigue pronunciando tu nombre! ¿Crees que no merece la pena confiar en el futuro? ¡El Señor sigue pronunciando tu nombre!

El Señor quiere hacer de nosotros una luz para que su salvación llegue a todos. ¿Te parece que tu vida no sirve para nada? ¡Tú eres luz! ¿Tienes la impresión de que nunca cuentan contigo para lo que merece la pena? ¡Tú eres luz! ¿Atraviesas un período de oscuridad, de desaliento, de prueba? ¡Tú eres luz!

2. No podemos olvidar ese ejercicio de diálogo a cuatro bandas que se da entre Jesús, el discípulo amado, Simón Pedro y Judas, en una cena trascendental en la que Jesús se encuentra "profundamente conmovido". El discípulo amado y Pedro formulan preguntas: "Señor, ¿quién es?", "Señor, ¿adónde vas?", "Señor, ¿por qué no puedo acompañarte ahora?". Quién, adónde, por qué. En sus preguntas reconocemos las nuestras. Por boca del discípulo amado y de Pedro formulamos nuestras zozobras, nuestras incertidumbres.

Judas interviene de modo no verbal. Primero toma el pan untado por Jesús y luego se va. Participa del alimento del Maestro, pero no comparte su vida, no resiste la fuerza de su mirada. Por eso "sale inmediatamente". No sabe/no puede responder al amor que recibe.

Jesús observa, escucha y responde a cada uno: al discípulo amado, a Judas y a Simón Pedro. La intimidad, la traición instantánea y la traición diferida se dan cita en una cena que resume toda una vida y que anticipa su final. Lo que sucede en esta cena es una historia de entrega y de traición. Como la vida misma.

3. Afortunadamente, el pecado no es la última palabra. Ésta es la misericordia de Dios. Pero ella supone un "cambio" por nuestra parte. Una inversión de la situación que consiste en despegarse de las criaturas para vincularse a Dios y reencontrar así la auténtica libertad.

Sin embargo, no esperemos a estar asqueados de las falsas libertades que hemos tomado, para cambiar a Dios.

La Semana Santa es la ocasión propicia. En la Cruz, Cristo tiende sus brazos a todos. Nadie está excluido. Todo ladrón arrepentido tiene su lugar en el paraíso. Eso sí, a condición de cambiar de vida y de reparar, como el del Evangelio: «Nosotros, en verdad, recibimos lo debido por lo que hemos hecho; pero éste no hizo mal alguno»

Miercoles Santo.

Mt 26, 14-25

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Is 50, 4-9a

Salmo 68, 8-34

Mt 26, 14-25

1. Hace varios años que el filósofo judío Levinas me ayudó a caer en la cuenta de lo que significa el rostro humano. Es la parte de nuestro cuerpo que nosotros nunca podemos ver directamente. Y, sin embargo, la parte que los demás ven. Más aún: el rostro es como una concentración de nuestro cuerpo entero para los demás.

Nuestro rostro es la ventana por la cual se comunica lo que somos.

Comunican nuestros ojos y comunican nuestros labios. Una frente fruncida es señal de preocupación. Unos labios apretados indican rabia. Una sonrisa transmite alegría.

Si el rostro es un concentrado de humanidad, ¡qué fuerza adquieren las palabras del profeta Isaías: "No oculté el rostro a insultos y salivazos" o las del salmo "la vergüenza cubrió mi rostro"!

2. Junto al sentido del oído, hoy ponemos a punto también el sentido de la vista para contemplar el rostro de Jesús durante los próximos días. Se trata de un mapa en el que están registrados los gozos y sufrimientos de todos los hombres.

En vísperas de su muerte, el rostro de Jesús resume la entera trayectoria de su vida terrena: sus largos años de laboratorio nazareno y sus pocos meses o años de itinerancia misionera por tierras de Galilea y de Jerusalén.

¿Cómo veían el rostro de Jesús sus discípulos cuando le preguntaban, uno tras otro, incluido Judas, la pregunta del millón: "¿Soy yo acaso, Señor?". ¿Verían preocupación, rabia, frustración, derrota? ¿O verían un rostro luminoso, sobrecargado de amor en cada una de sus millones de células? "Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro". Esta es la súplica que brota en un día como hoy en el que millones de personas se ponen en camino hacia los lugares donde van a pasar los días del triduo sacro.

3. Se puede vivir el triduo sacro en cualquier lugar ... con tal de que no tengamos miedo a buscar y contemplar el rostro de Cristo. No importa tanto el lugar cuanto el coraje de dirigir nuestros ojos a ese rostro cubierto de insultos y salivazos y, sin embargo, hermoso, radiante, perdonador. Ese rostro se muestra en la liturgia de la iglesia y se muestra en las personas sufrientes que, sin duda, iremos encontrando.

No podemos mirar en otra dirección, porque en el familiar con problemas o en el que nos sirve en un hotel podemos descubrir al Cristo que sigue sufriendo hoy. Volver la espalda a esos rostros tan reales es volver la espalda al Cristo que nos mira.

Canta la liturgia que "nuestros ojos están vueltos al Señor Jesús". Ojalá podamos aguzar la vista para contemplar este rostro en cualquier lugar en el que nos encontremos durante los próximos días.

Jueves Santo.

Jn 13, 1-15

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Ex 12, 1-8, 11-14

Salmo 115, 12-18

1 Cor 11, 23-26

Jn 13, 1-15

1. A través de la Palabra de Dios, vemos como se hacen realidad los tres grandes misterios en los que el Señor desea que entremos hoy y que los contemplemos. Como siempre la Palabra que viene de Dios nos hace entrar en la profundidad del misterio de nuestra vida que alcanza luz y fuerza, precisamente en ella. Nos ha dicho el Señor hoy a nosotros, utilizando las mismas palabras que dijo a su pueblo, en aquella Pascua o primer paso de Dios por la vida de su pueblo, que anunciaba y prefiguraba la Pascua definitiva que iba a realizar nuestro Señor Jesucristo: "Éste será un día memorable para vosotros, y lo celebraréis como fiesta en honor de Yahvé de generación en generación. Decretaréis que sea fiesta para siempre".

2. Por nuestros pecados y también por la fuerza de los poderes de este mundo que desean fijar la atención en la mediocridad de nuestros pecados y no en la grandeza de la gracia y de la fuerza del Señor, el ministerio sacerdotal quiere ser atacado en sus fundamentos mismos. La obra es del Señor y esos fundamentos no hay fuerza humana que los derrumbe. Jesucristo ha manifestado en sí mismo el rostro perfecto y definitivo del sacerdocio de la Nueva Alianza. Esto lo ha hecho en su vida terrena, pero

sobre todo en el acontecimiento central de su pasión, muerte y resurrección.

Jesús es el Buen Pastor, que ha venido no para ser servido, sino para servir. Al servicio de este sacerdocio universal de la Nueva Alianza, Jesús llamó consigo, durante su misión terrena, a algunos discípulos y con una autoridad y mandato específicos llamó y constituyó a los Doce para que estuvieran con Él, y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios.

A su vez, los Apóstoles instituidos por el Señor llevarán a cabo su misión llamando, de diversas formas, pero todas convergentes, a otros hombres, como obispos, presbíteros y diáconos, para cumplir el mandato de Jesús resucitado, que los ha enviado a todos los hombres de todos los tiempos.

3. La Eucaristía es memorial de la Pascua nueva y eterna, realizada por Cristo de una vez por todas; sacrificio convivial ofrecido a los cristianos para alimento de la vida en Cristo; prenda de la gloria futura; presencia real de Jesucristo. En la Eucaristía no solamente está presente la voluntad de Jesús que instituye un gesto de salvación, sino el propio Jesús.

San Pablo nos ha hablado de tres dimensiones de la Eucaristía: Memoria del pasado, "haced esto en conmemoración mía", pero es relación con una persona Cristo salvador que fue crucificado y ha resucitado. Se nos hace contemporáneo nuestro Jesucristo, realmente presente entre nosotros.

Contemplemos, gustemos, vivamos de nuestro Señor; proclamación del presente, ya que hoy está aquí el cuerpo y la sangre del Señor, es Jesucristo quien se hace presente y por tanto toda la historia humana se concentra en este momento extraordinario de la celebración de la Eucaristía, y se nos da una orientación para el futuro, ya que en la Eucaristía se proclama el futuro del hombre y de la humanidad, "hasta que el venga". Es un futuro que se va haciendo en comunión con Jesucristo.

En la Eucaristía, donde el Señor se hace presente, descubrimos mejor que en ningún sitio, que somos amados por Dios, que Él derrama su amor sobre nosotros, manteniendo y prolongando su Encarnación entre nosotros. En la Eucaristía, se nos comunica algo indescriptible: Que nada puede separarnos del amor de Dios.

4.- Nos lo ha dicho el Evangelio que "habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo". Y no hay posibilidad de formar parte de su pueblo, de vivir de su vida y con su vida, más que acogiendo ese amor que Él nos ha regalado. Hoy celebramos el día del amor fraterno. Pero, ¿qué amor celebramos? Se trata de acoger el mismo amor del Señor en nuestra vida. No es una solidaridad más sobre asuntos que ciertamente tienen que ver con la construcción de este mundo. No se trata de utilizar las mismas armas que otros utilizan siendo en sí mismas buenas y muy humanas.

Hoy nos pide el Señor que salgamos a la vida con la originalidad de su amor, que además solamente nos lo puede dar Él. Los cristianos en este sentido, tenemos que tener el atrevimiento de salir a este mundo entregando este amor. No podemos aguarlo con otros amores por muy humanos y por tanto por buenos que sean.

El Señor nos mete en este mundo para hacer entrega de su amor. Y esto nos está exigiendo ser testigos de ese amor, es decir, haber tenido experiencia del amor de Dios. Nadie puede ser testigo de nada si es que no

ha visto aquello para lo que decide presentar su testimonio. Esto nos está pidiendo un descentramiento de nosotros mismos.

En segundo término ser amigos de quien da ese amor y mantener esa amistad siempre: "Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando". Y lo que nos pide el Señor es que vivamos en este mundo con su originalidad, que es entregar el amor de Dios a los hombres. Y para entregar este amor, hay que ser místicos. Y el místico no es un ser especial, es el hombre o la mujer que han decidido salir fuera de sí mismos. Es lo que hizo Jesús, todo lo puso en manos del Padre para estar dispuestos a ser mártires, a dar la vida por este amor, que para nosotros tiene un nombre: Jesucristo. Es tomar la decisión de depender solamente de quien ama. Se trata de entrar y de participar en el centro mismo del misterio de la Eucaristía para vivir este amor. Es en la Eucaristía donde descubrimos mejor lo que es vivir de este amor. El Amor es el corazón de la Iglesia. Recordemos aquella expresión de Santa Teresa de Lisieux: "Comprendí que la Iglesia tenía un Corazón y que este Corazón ardía de amor. Entendí que sólo el amor movía a los miembros de la Iglesia".

5. ¿No es esto decir que el gran desafío que tenemos es vivir del amor que Jesús nos ha entregado? ¿No es este amor el único que da la posibilidad de vivir y crear la comunión? Promovamos una espiritualidad de comunión que nos haga sentir a cada ser humano como alguien que me pertenece y como alguien al que tengo que darle espacio en mi vida. Sintamos y vivamos según el compromiso de vida al que nos lleva esta espiritualidad.

Viernes Santo

Jn 18, 1-19,42

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Is 52, 13-53,12

Salmo 30, 2-25

Hb 4, 14-16; 5,7-9

Jn 18, 1-19,42

1. Arranquemos de la cruz en la que murió nuestro Señor Jesucristo la verdad de la vida del hombre y de toda la humanidad que se alcanza solamente en Jesucristo. Ha sido inmolada nuestra víctima pascual: Cristo. Esta obra de la Redención humana y de la perfecta glorificación de Dios, preparada antes por las maravillas que Dios obró en el pueblo de la Antigua Alianza, Cristo, el Señor, la realizó principalmente por el misterio pascual de su pasión muerte y resurrección de entre los muertos y gloriosa Ascensión. Por este misterio destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida. Jesucristo nos enseña que las grandes decisiones de la vida, las grandes causas humanas, lo más esencial de la vida humana, hay que hacerlo en diálogo con Dios.

"Pasó con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, en el que entraron él y sus discípulos". Había ido a orar, como tantas veces lo había hecho el Señor. La oración no es un distanciamiento de la realidad de la vida, sino todo lo contrario, es entrar en la vida desde la profundidad que ella tiene y que solamente se adquiere desde Dios mismo y



desde el horizonte que Dios mismo le da. Aquí es donde quiere que entremos Nuestro Señor Jesucristo.

2. Jesucristo nos enseña, que para afirmar la vida, que para darle identidad a la vida, hay que afirmarla desde quien la ha dado origen, Dios mismo: "Jesús, que sabía todo lo que le iba a suceder, se adelanta y les pregunta: ¿A quién buscáis?...A Jesús el Nazareno...Díceles: Yo soy". Afirmar la identidad desde Dios, crea siempre situaciones desconcertantes, porque se refleja una luz a la que no estamos acostumbrados. Luz de amor, de comprensión, de entrega, de perdón, de no permanencia en la duda porque se sabe de donde venimos y a donde vamos y qué es lo que tenemos que hacer en el intermedio, genera ilusión. Pero estas situaciones desconcertantes en aquellos que no saben de verdad quiénes son, crean rupturas y enfrentamientos.

A Pedro no se le ocurrió otra cosa que sacar la espada, es decir, defenderse no desde quién es y desde quién depende y sabe que tiene toda la fuerza, sino desde sus fuerzas. ¿No veis que esta es la realidad de nuestra humanidad?

Cuando no sabemos que somos de Dios y que todos somos hermanos, los enfrentamientos, las luchas entre los hombres son evidentes. Cuando no generamos la vida desde el amor de Dios, no sabemos del perdón, ni de la comprensión, ni de la acogida al hermano. ¡Qué invitación más hermosa nos hace el Señor desde la Cruz hoy, para afirmar la vida desde Dios mismo! Las negaciones de Pedro, son una expresión de lo que es vivir al margen de Dios y de lo que es vivir la vida afirmándola desde uno mismo: "¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?...No lo soy". Es expresión de lo que hacemos y somos nosotros al margen de Dios. "No lo soy" es lo mismo que decir, no sé quien soy, ni a que vengo, ni que tengo que hacer. "No lo soy", es ir por la vida deambulando, sin rumbo, sin itinerario, al sol que más calienta o al aire que más sopla. Una vida así, engendra salidas que a la larga son de decepción, de tristeza y por qué no decirlo deprimen al ser humano, ya que solamente en la verdad de la vida de uno, en el horizonte preciso para vivir, se encuentra aliciente para trabajar y vivir.

3. Jesucristo nos enseña, que su vida y su presencia en esta historia, engendra una dirección nueva a esta historia: La presencia de Jesús en esta historia, verdadero Dios y verdadero hombre, nos lo enseña. Los hombres, los poderes de este mundo no sabían qué hacer con Él.

Jesús ante Caifás, es claro con respecto a la dirección que Él ha venido a dar a la vida del hombre y a esta historia que nada tiene que ver con las que dan los poderes de este mundo. Caifás le interroga sobre su doctrina y sus discípulos y la respuesta de Jesús es clara: "He hablado abiertamente ante todo el mundo...Pregunta a los que me han oído lo que les he hablado; ellos saben lo que he dicho". Lo mismo con Pilatos, cuando pregunta, "¿Eres tú el rey de los judíos?...Mi Reino no es de este mundo...Todo el que es de la verdad, escucha mi voz".

Jesucristo ha venido a instaurar otro Reino, con otras armas, con otro sentido. Él mismo es el Reino. Los hombres que hemos salido de las manos de quien es Verdad, escuchan su voz cuando desean vivir y encontrar la Verdad. Vivimos un momento apasionante de la historia para anunciar este Reino y proclamar la Verdad que es el mismo Jesucristo.

4. Jesucristo nos dice con su vida, que esta historia y nuestra propia vida, será nueva, si entramos en su propio itinerario que es dar la vida entera por todos los hombres y que pasa necesariamente por la Cruz: Aquí es donde nos entra el miedo y tenemos la tentación de retirarnos del mismo.

Observemos que cuando llega esta propuesta de Jesús a los hombres, estos le quieren llevar a la Cruz: "¡Fuera, fuera! ¡Crucifícale!...No tenemos más rey que el César".

Quedarnos en nosotros mismos y con nuestras cosas, sin dar absolutamente nada, sino aprovechándonos de todo y de todos es la tentación permanente del ser humano. Pero habéis visto a nuestro Salvador, a Jesucristo. Miradlo. Solamente sabe dar la vida por amor. Se defiende con un arma, como no podía ser de otra manera siendo Dios y por eso dice: "Todo está cumplido. E inclinado la cabeza entregó el Espíritu". Nos sigue mirando a nosotros los hombres desde esa inclinación de la cabeza al mundo. ¿Cómo respondemos? Miremos la Cruz hoy de un modo especial.

Pascua de Resurrección, Vigilia Pascual

Mt 28, 1-10

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Gn 1, 1-2,2

Ex 14,15,15-15,1

Is 54, 5-14

Ez 36, 16-17a. 18-28

Rm 6,3-11

Mt 28, 1-10

1.- La Iglesia nos anuncia esta noche la gran alegría de la resurrección de Jesús. Después de tantos y tan dolorosos sufrimientos a lo largo de su pasión el cuerpo de Jesús reposó en el sepulcro embalsamado con prisas por las piadosas mujeres y los discípulos en la víspera del gran sábado. Aquel cuerpo roto por tantas heridas y afeado por las manchas de sangre yacía inerte y había hundido la poca fe de los discípulos.

Todo había terminado con aquella gran injusticia, con la muerte del santo Mesías que había derrochado bondad a su paso por las aldeas de Israel, curando enfermos, resucitando muertos y anunciando la inminencia del reino de Dios. ¿Qué quedaba de todo aquello? Una gran desilusión, que llenaba de confusión y oscuridad a los testigos más cercanos de la vida de Jesús.

Nosotros contemplamos la pasión de Cristo y su gloriosa resurrección desde la fe. Somos privilegiados para comprender el designio de Dios, porque desde esta luz podemos comprender mejor las Escrituras, que desde los primeros tiempos habían profetizado la muerte del Mesías y al mismo tiempo la esperanza del triunfo de Dios en su Hijo para la salvación de todos los hombres. Así estaba profetizado. "Todo se ha cumplido", dijo Jesús poco antes de morir. Todo se ha cumplido definitivamente cuando en la mañana del primer día de la semana Jesús se levanta de la postración de la muerte y comienza una nueva vida, llena de gloria y felicidad como primicia de todos los que hemos de resucitar con él y entrar a la Casa del

Padre.

2. Esta noche la Iglesia anuncia la resurrección de Cristo llena de gozo y puede exclamar en el pregón pascual: "Esta es la noche en que rotas las cadenas de la muerte, Cristo asciende victorioso del abismo... Necesario fue el pecado de Adán, que ha sido borrado por la muerte de Cristo. ¡Feliz culpa que mereció tal Redentor!"

La Iglesia y nosotros con ella anunciamos al mundo esta gran noticia: Que Cristo ha resucitado para nuestra salvación y vive para siempre en la gloria del Padre.

La reacción de los que escuchan este Evangelio es parecida en todo tiempo. Unos creen este anuncio y otros no. Los incrédulos lo interpretarán como un engaño, o como una ilusión de los discípulos fanáticos. Incluso aquellos que aceptan la figura de Jesús como un singular profeta no tendrán inconveniente en aceptar la resurrección como una bella "metáfora", contentándose con el legado de las enseñanzas de Jesús. Verdaderamente era un profeta, un gran profeta, pero el anuncio de su resurrección les parecerá un exceso.

3.- Nosotros esta noche experimentamos el gozo de la fe que transforma y levanta nuestros corazones impulsándonos a proclamar con la Iglesia a los cuatro vientos: ¡Jesús ha resucitado!

La fe adormecida se ilumina. El corazón siente la caricia de la llama del Santo Espíritu. Todo encaja a esta luz, las profecías y las enseñanzas del Maestro, que como a los discípulos de Emaús se sienta con nosotros a la mesa, nos parte el pan y nos abre el sentido interior para comprender las escrituras, convenía que el Mesías padeciera y entrara así en la gloria como el primero de los hombres a quienes se les han abierto las puertas del paraíso.

4.- Esta noche Jesús nos invita a renovar nuestro bautismo y la confirmación, que nos concedió la gracia de pasar de la muerte a la vida. Si Cristo no hubiera resucitado, vana sería nuestra fe, estaríamos aún sometidos a la esclavitud de nuestros pecados, como enseñaba Pablo a los fieles de Corinto. La celebración de la pascua de la resurrección nos impulsará a vivir la fe bautismal, a ser fieles discípulos de Jesús, muriendo al pecado de una vez para siempre para vivir para Dios en Cristo Jesús resucitado. Esta es nuestra tarea fundamental si queremos ser mensajeros de la buena noticia ante nuestros hermanos.

La pascua de Jesús nos invita a sacudir la indolencia y la postura individualista de la comodidad, para entregarnos a la vida comprometida en el amor fraterno. Nuestro testimonio se realiza no solo con palabras, sino principalmente con obras de amor y misericordia, porque estas obras son signos del poder de Dios que actúa en nosotros por la resurrección de Jesús. "Seréis mis testigos. Yo os envío. Estaré con vosotros hasta el fin del mundo."

Domingo de Resurrección

Mt 28, 1-10

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Rm6, 3-11  
Salmo 117, 1-23  
Col, 3, 1-4  
Mt 28, 1-10

1. A aquél desgarrador grito que salía de la boca de Cristo en la Cruz, «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» y que quiere recoger todas las situaciones –de aflicción, desgarró, engaño, enfrentamiento, terror, de sin sentido, de dolor– que viven los hombres, viene ahora una respuesta gozosa en la Pascua. Es un grito de fe y de esperanza: ¡Cristo ha resucitado!

Es un grito tremendo que, por una parte, nos anuncia lo que ha sucedido en Cristo y, por otra, nos llena de esperanza porque nos dice lo que nos espera a todas las personas cuando veamos al Señor en el resplandor de la gloria. Es el gran anuncio de la Iglesia: ¡Cristo ha resucitado!

2. Contemplemos la escena del Evangelio que hemos proclamado: «Pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamarle. Y muy de madrugada, el primer día de la semana, a la salida del sol, van al sepulcro».

¿Qué iban a buscar y a ver estas mujeres? Iban a buscar a un muerto. Su cariño por Él era tan grande, lo habían querido tanto, habían vivido con Él tantas experiencias de gracia, que no podía ser menos que agradecidas hasta el final, incluso muerto.

Él las había reconocido en la dignidad que tenían como personas, las había ayudado, habían sentido junto a Él un modo de comportarse al que no estaban acostumbradas las mujeres de su tiempo y de su cultura.

Él las trataba de una manera que las hacía pensar que era alguien especial, distinto. Así, con estas experiencias, llegan hasta el sepulcro. Y es importante subrayar esto: van al sepulcro. Por ello es normal que fuesen al lugar donde habitan los muertos y donde estaba este muerto, al que tanto habían querido y hacia quien sentían tanto agradecimiento.

Y en el camino pensaban en la dificultad para retirar la piedra y entrar, pero ¿qué se encuentran? Un sepulcro abierto, vacío y lleno de luz. Y así esperando ver un sepulcro como el de todos, entran en el que había sido enterrado Jesús. Allí en vez de hallar oscuridad, tristeza y sin sentido, ven luz, alegría y pleno sentido a la vida misma, que no acaba sino que continúa y se expande en eternidad. Y allí un joven vestido de blanco. ¿Qué experiencia tienen?

Algo estremecedor sucede en la vida de estas mujeres. No pueden explicarse el suceso con palabras. Es necesario que alguien se lo explique. Y aquel joven, en nombre de Dios, les revela lo sucedido y les dice: «No os asustéis...ha resucitado, no está aquí». Esta es la gran noticia que celebramos hoy: ¡Cristo ha resucitado!

3. La resurrección de Jesús es un hecho histórico de significado cósmico. Es el comienzo de la transformación global del universo. Es un acontecimiento que transforma el sentido de la historia y señala la verdadera dirección que ha de tener. Es un evento único, pues jamás se ha producido semejante hecho de fe en la resurrección definitiva y gloriosa de un hombre cuya vida,

muerte y sepultura hayan sido documentadas. Lo hemos oído: «Ha resucitado, no está aquí. Ved el lugar donde lo pusieron. Pero id a decir a sus discípulos y a Pedro que irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis como os dijo».

En el fondo y en la forma, la resurrección de Jesucristo, responde a las intuiciones y esperanzas de un destino humano abierto al futuro. Esta apertura al futuro está inscrita en el corazón del ser humano: lo anhela, lo quiere, lo desea, lo vive. Con la resurrección proclamamos y manifestamos ese convencimiento que nos ha dado Jesucristo con sus razones y con su vida; nos indica que la vida humana está salvada definitivamente por obra de Dios y de su presencia.

Es verdad que en el horizonte nuevo que se perfila tras la resurrección de Jesucristo siguen existiendo el sufrimiento, la hostilidad, el enfrentamiento, las envidias, las fatigas, los odios, la violencia, las guerras y necesariamente tenemos que preguntarnos pero, entonces, ¿dónde está el cambio que ha traído el Resucitado? La respuesta es muy sencilla: La Pascua de Jesús no nos lleva automáticamente a un mundo de ensueño; nos llega al corazón para hacernos recorrer con alegría y esperanza ese camino de autenticidad y de purificación, de revisión de nuestro comportamiento que tiene como meta la certeza de una vida que ya no muere.

La resurrección nos devuelve a una experiencia auténtica, a una vida de fe, esperanza y amor. Esas son las palabras que reciben las mujeres y los discípulos primeros: «No os asustéis».

4. ¿Cómo podremos acercarnos nosotros, hombres y mujeres de este tiempo, a la luz pascual? ¿Podrá aproximarse el mensaje a nosotros –de manera que desaparezca la oscuridad– con simples itinerarios de razones humanas y mediante métodos que se emplean para otras cuestiones de nuestra vida? No: Hay que ponerse en camino. Hay que tomar la Palabra como camino. Debemos familiarizarnos con la Palabra, pues únicamente así podemos llegar a experimentar la realidad de una manera nueva.

La fe nunca se anunció como mera información; es necesario ensayarla y adquirirla en un proceso de asimilación y adaptación. Cada conocimiento precisa de su propio método. Por eso el camino debe ser proporcionado a la índole peculiar de lo que se quiere conocer. Hay cosas que no se pueden conocer dominando, sino solamente sirviendo. Y entre estas cosas están las formas más altas de conocimiento.

Lo que se puede dominar está siempre más bajo de nosotros, y Dios está siempre por encima. El mensaje pascual nos dice algo extraordinario, llega a una profundidad extrema; este mensaje no se puede alcanzar con simples asideros intelectuales. Lo nuevo y más emocionante es que Dios no nos predica el Evangelio desde arriba, sino que nos lo dice bebiendo el cáliz de la muerte. La novedad reside también en que nosotros tampoco podemos escucharlo desde arriba, sino desde donde Él nos ha encontrado, con el realismo de nuestra existencia entregada a la muerte.

¿Cómo se llega al hoy de la Pascua? Hay una regla fundamental: Este camino necesita testigos. Hoy no nos hacen faltas maestros, sino testigos. Esos testigos que son verdaderos maestros. Fue así desde el comienzo, pertenece a la estructura de esta experiencia. El resucitado se mostró a testigos que han recorrido con Él un trozo de camino. Y es caminando con ellos como podemos encontrarnos con el Señor.

5 ¿Cuál es el mensaje de esta Pascua para todos nosotros? El mismo que hemos oído en el Evangelio que se ha proclamado: «Ha resucitado» Pero, ¿Cómo traducir este mensaje hoy para nosotros?  
¡Cristo ha resucitado! ¡Caminemos en esperanza! El Hijo de Dios, Jesucristo, que ¡ha resucitado!, sigue realizando su obra hoy. Hay que agudizar la vista para ver esta obra y también hay que tener un corazón muy grande y convertirnos en instrumentos de esta misma obra. Hay que saber contemplar y amar a Jesucristo. Es en la Eucaristía donde tenemos vivo el rostro real de Jesucristo. En la comunión eucarística se realiza de manera sublime que Cristo y el discípulo “estén” el uno en el otro: «Permaneced en mí, como yo en vosotros». Precisamente, cuando lo contemplamos, amamos y entramos en comunión con Él nos invita a ponernos en camino.  
¡Cristo ha resucitado! ¡Caminemos en y desde el encuentro entusiasta, fuerte, real, sincero, con nuestro Señor Jesucristo! ¡Cristo ha resucitado! ¡Caminemos desde el compromiso en esta historia! ¡Cristo ha resucitado! ¡Caminemos siempre con la Iglesia fundada por Jesucristo! No tengamos miedo. Del Señor es esta obra que somos cada uno de nosotros. Sois piedras vivas del gran edificio que es la Iglesia.

II Domingo de Pascua, Ciclo A

Jn 20, 19-31

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Hch 2, 42-47

Salmo 117, 2-24

1P 1, 3-9

Jn 20, 19-31

1. - Hoy celebramos la octava de Pascua. No queremos que la Pascua termine. Es un misterio que no se agota. Es el deseo de eternizar la fiesta. Algo más que un deseo. Cristo es la fiesta, Cristo es el día que no pasa. Todas las oraciones y lecturas de la celebración de este domingo siguen teniendo un sentido bautismal-penitencial, y de resurrección.  
La resurrección, la ascensión y la venida del Espíritu Santo (la difusión de la fuerza que mueve a Dios) se celebraban, originalmente, el mismo domingo de resurrección; sólo el deseo de ir desarrollando todo el misterio, todo el contenido teológico, involucrado en el acontecimiento de la resurrección de Cristo, fue creando las distintas celebraciones que ahora tenemos. Fue una forma de llenar con un nuevo sentido, adquirido en Cristo, fiestas judías y paganas de la época. La primera mitad del Evangelio de este domingo es un recuerdo de la época en que la resurrección, la ascensión-exaltación de Jesús como Señor y la difusión del Espíritu Santo se celebraban en la misma fecha.  
El Bautismo era el único recurso que la primera comunidad cristiana tenía para el perdón sacramental de los pecados. Es a ese perdón al que se refiere la primera parte del Evangelio de la celebración dominical de hoy. La difusión del Espíritu Santo de la que también se habla allí se refiere a la que iba unida al Bautismo-Confirmación-perdón de pecados y renacimiento a una vida que conllevaba lo que se llamaba en ese tiempo la iniciación cristiana.

2. - Tomás nos representa a todos nosotros, porque o le creemos a los testigos primeros de la resurrección, la primera comunidad cristiana, o nos quedaremos sin creer, si exigimos experiencias personales nuestras para creer. No es que Tomás no creyera y los otros sí; el Evangelio nos dice claramente que ninguno de los doce apóstoles creía en la resurrección. Según Lucas, los otros diez no creyeron ni siquiera después de haber visto y tocado a Jesús resucitado. El pecado de Tomás está no en no creer en Jesús o en su resurrección, sino en no creer a los otros diez apóstoles, que constituían la primera comunidad de seguidores inmediatos de Jesús. Aunque todos ustedes hayan visto, si yo no veo, no creo; aunque todos ustedes hayan tocado, si yo no toco, no creo, viene a decir Tomás. La frase final de Jesús: "Bienaventurados los que sin ver creyeren", es una verdadera descalificación, por parte del mismo Jesucristo, a todo nuestro afán moderno de andar creyendo en apariciones extraordinarias. Una vez más, Jesús nos repite en la liturgia de este domingo: "Bienaventurados los que sin ver creyeren".

3.- La primera lectura, tomada de los Hechos de los Apóstoles, nos señala cómo debieran vivir los que dicen que han sido con-resucitados con Cristo por el bautismo. Los hermanos, los creyentes –aún no se ha acuñado el nombre de cristiano-- están empezando a vivir una vida nueva, la de Cristo resucitado. El ideal es que los cristianos compartamos, por amor, cuanto tenemos y somos.

Entonces, como los primeros cristianos, como nos cuenta esa lectura primera, seremos bien vistos por todo el pueblo, porque nuestra vida será un testimonio, claramente visible, de lo que decimos creer. Decimos que somos una "comunidad", pero no ponemos ni tenemos nada en común cuando por amor lo compartamos todo se superará esa incoherencia que existe entre nuestra vida diaria y la fe que decimos profesar. ¿Cómo podríamos padecer de racismo, de xenofobia, de segregacionismo o de machismo, si creyéramos eficazmente en que en Cristo Jesús no hay hombre ni mujer, judío o griego, esclavo o libre, porque todos somos uno en Cristo Jesús? Porque Cristo no está dividido y todos somos miembros de su único cuerpo.

4. En la segunda lectura, san Pedro nos habla de cómo, por el bautismo-resurrección, hemos nacido de nuevo. Esta vida nueva se desarrolla en la esperanza, con metas e ideales elevados; en la fe que se prueba en las dificultades de cada día. La pascua es, pues, nacer y crecer en la vida de la fe, la esperanza y el amor.

El trozo de la primera carta de Pedro acaba subrayando el que somos gente que ama y cree en Cristo "sin haberlo visto" físicamente y sin exigir verlo. ¿Somos, como lo quiere Cristo y como lo quiere Pedro, de los bienaventurados porque creen sin haber visto?, o ¿exigimos milagrerismo sensacional, apariciones, señales raras, para creer? Recordemos que el milagro no crea la fe, sino que la presupone sólo quien tiene fe ve, en algo milagro.

Cristo esta en medio de nosotros. No contempla la vida como espectadores, desde fuera. Cristo esta en el centro de nuestra vida, de nuestro dolor, de nuestra alegría y nuestra esperanza. Esta realidad es un estilo de vida ¿Es nuestra vida diaria una señal visible de nuestra fe, que hace a otros

posible y deseable hacerse cristianos, o es un anti-testimonio que haría avergonzarse a los apóstoles y primeros cristianos? ¿Es mi vida una vida comunitaria o vivo en el más escandaloso individualismo que pone a Cristo como pretexto para no compartir nada con nadie?

III Domingo de Pascua, Ciclo A

Lc 24, 13-35

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

1.- El peligro de reducir la fe del creyente a pura afirmación de la ortodoxia cristiana esta ahí, a la vuelta de la esquina. La revelación de Dios en Cristo Jesús comporta un mensaje al que, por la fe, presta adhesión el creyente; pero la tentación y el peligro estriban en concederle tan solo una asunción intelectual, sin incidencia en la vida práctica. Y esto es desnaturalizar a un mismo tiempo la razón de ser del mensaje y la entraña más viva y caliente de la fe. Porque el mensaje es de vida y no de ideología, y la fe es adhesión obediencial que se expresa en la conversión y compromete toda la persona. La ortodoxia es inseparable de la ortopraxis. Lo decía ya san Juan en su primera carta: "En esto sabemos que le conocemos; en que guardamos sus mandamientos. Quien dice: "Yo lo conozco", y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso y la verdad no esta en él".

2.- Hay en todo esto un llamamiento al realismo. El Resucitado aduce el testimonio de las llagas de sus manos y de sus pies crucificados: "Palpadme y daos cuenta de que un fantasma no tiene carne y huesos como veis que yo tengo". Y el Resucitado comió "un trozo de pez asado" a la vista de sus discípulos que no acaban de dar crédito a lo que estaban viendo, porque lo tenían delante. Este realismo es reclamado por el mensaje de vida y por la adhesión personal de la fe. ¿De que valdría afirmar el mensaje en la pura zona intelectual si luego no fuéramos a buscar las heridas de tantas manos de hijos de Dios y los agujeros de los clavos de tantos crucificados en los que el Resucitado se hace presente? A partir de la afirmación de que "el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús", todo creyente en el Evangelio de Jesús ha de afirmar que "el autor de la vida" es muerto y asesinado de nuevo cuando de nuevo se mata y se asesina a los hijos de Dios. El realismo de la fe se convierte de este modo en un compromiso de la fe.

3.- Es este el cometido de todo creyente y la responsabilidad inesquivable de quien se dice seguidor del Señor Resucitado. La ignorancia de este realismo --ver en quien padece y sufre la permanente presencia de la Cruz y ver en todo hombre a un hijo de Dios por la fuerza del Resucitado-- es aducida por el apóstol Pedro en un gesto de benevolencia; pero el mismo Apóstol califica al creyente como "testigo" de este imperioso realismo de la resurrección. ¿Habría que recordar la relación entre ese "testimonio" y el "martirio"? Las Escrituras son claras al subrayar que la resurrección no estalla sin el previo paso por el padecimiento y la cruz, sin la previa conversión del que quiere seguir la ruta del Resucitado. Pero se trata de un padecimiento, de una cruz y de una conversión que ha de traducirse en



acercamiento efectivo al mundo de los hombres y en un compromiso con los problemas del mundo de los hombres. Falta de este realismo, la fe se diluye en adhesión a lo que el mismo Cristo llamará "fantasma"

La Anunciación del Señor

Lc 1, 26-38

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Is 7, 10-14;8,10

Salmo 39, 7-11

Hb 10, 4-10

Lc 1, 26-38

1.- Fijar nuestros ojos en María, toda disponible y acogedora del querer de Dios, dócil a la acción del Espíritu Santo para albergar en su seno virginal a aquel que siendo el Hijo Eterno de Dios quiso tomar un cuerpo, una realidad humana como la nuestra, es quedar arrobados ante la mujer que dio su humanidad al Hijo eterno del Padre para hacer posible que desde esta tierra pudiera haber ofrenda verdadera, totalmente aceptable en el cielo.

Porque Dios estaba hastiado de sacrificios vacíos, hechos con víctimas impersonales, "pues es imposible que la sangre de toros y de los machos cabríos quite los pecados... Por eso cuando Cristo entró en el mundo dijo... Aquí estoy para hacer tu voluntad. Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Cristo, hecha una vez para siempre." Nuestra salvación vino pues por Cristo, pero Cristo vino por María.

Ella es la señal que Dios nos ha dado "por su cuenta", la que el despreocupado y falso rey Acáz no quería pedirle al Señor con fingida humildad, encubridora de su miedo al compromiso. Cuando Dios nos da una señal, sea a un hombre o a una mujer, nuestros planes se trastornan, quedamos comprometidos, Dios será desde ese momento quien guíe el curso de nuestra historia personal. Esto lo sabía el rey Acáz y sintió miedo de pedirlo al Señor.

2.- María es la humanidad receptiva, positiva, incontaminada, que va hacia Dios con los brazos abiertos y el corazón disponible. En el Jardín de Edén, Eva había traicionado su feminidad: cayó en la tentación de cerrarse sobre sí misma y dio la espalda al Creador. María de Nazaret, la mujer escogida por Dios para ser la madre del "Dios-con-nosotros", en su sí incondicional, reafirmó la identidad de lo femenino puro e intocado, esto es la prontitud en el don del corazón, en la entrega del propio ser.

La Inmaculada, cubierta por la sombra fecunda del Espíritu Santo, dio con su sí la respuesta de la humanidad en búsqueda, sedienta de verdad y de amor, pobre y urgida de misericordia: "Hágase en mí según tu palabra." Es la humanidad antigua y la de hoy, es toda la Iglesia respondiendo en María, rezando en María, colmada de gracia en María. En María lo femenino se hace presente en el designio de Dios, la mujer entra en el plan de salvación por la acción abismal de la encarnación del Hijo de Dios, que por obra del

Espíritu Santo, se hace hombre en sus entrañas purísimas. María se alza así como el monumento vivo que Dios erige a la mujer sobre la tierra. En el relato de la creación Dios hace al hombre a su imagen y semejanza: hombre y mujer los creó y desde ese momento queda establecida la paridad de los sexos, su complementariedad. El hombre y la mujer no agotan juntos, en su ser y en su proyección, la imagen de Dios. Tampoco aparece el hombre en el texto bíblico, como más significativo de la imagen de Dios que la mujer. Hay una dignidad similar, pero hay también dos criaturas distintas que, siendo ambas imagen del mismo Dios, la proyectan de dos modos diversos. Esto lo saben bien el hombre y la mujer que se aman y los hijos de una familia estable y transmisora de amor.

3.- Penoso ha sido para la mujer encontrar de hecho en la sociedad el puesto igual al hombre que el libro del Génesis le confiere en el acto creador de Dios desde el principio del mundo. Si bien el mundo judeocristiano ha sido más consecuente con la sagrada revelación y muy especialmente el mundo cristiano, considerando el papel de María como madre del Salvador y el trato de Jesús a las mujeres en los evangelios, aún así han sido grandes los esfuerzos y abigarrados los caminos para hallar la verdadera promoción de la mujer según su propia feminidad. La mujer se hace presente en el plan salvífico de Dios por medio de María que ocupa su lugar propio e imposible de ser transferido a nadie más. María-mujer personifica el sí de los creyentes en Cristo, su aceptación de Jesús como "el que salva". Los hombres y mujeres que dan el sí de su vida a Cristo, se hallan tipificados en María. La Iglesia toda, en la acogida de su Salvador encuentra su modelo de realización perfecta en María y así la Madre de Jesús es también Madre de la Iglesia. Aún más, toda la humanidad, hombres y mujeres de cualquier cultura, pueden descubrir en María-mujer el paradigma de la entrega del propio ser para que la bondad y el amor lleguen a todos los hombres y mujeres de la tierra.

IV Domingo de Pascua, Ciclo A

Jn 10, 1-10

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Hch 2, 14a.36-41

Salmo 22, 1-6

1P 2,20b-25

Jn 10, 1-10

1.- Los textos bíblicos de estas celebraciones post-pascuales aluden constantemente al bautismo. Con una doble intención, sin duda: con objeto, en primer lugar, de indicarnos que por el bautismo hemos aceptado el compromiso de identificarnos con el Señor Resucitado y que por el sacramento bautismal hemos sido incorporados al misterio de la Pascua, y en segundo lugar, para recordar que la expansión de la Iglesia en el mundo pasa necesariamente por la convocatoria del bautismo.

2.- Los textos abundan en definiciones de lo que es Jesús. En el libro de los Hechos de los Apóstoles --primera lectura de hoy-- se nos dice que Dios ha

constituido a Jesús en Señor y Cristo. En el de la primera carta de San Pedro, Jesús es definido como "pastor y guardián de nuestras almas", como el que sufrió por nosotros, como el que no cometió pecado, como aquel en cuya boca no había lugar al engaño, como el que insultado no respondió con insultos, como el que con su muerte nos procuró una vida de justicia... En el Evangelio de Juan el propio Cristo se nos autodefine: "Yo soy la puerta de las ovejas; todo el que entre por mí estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pasto... Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia".

3.- Estas definiciones miran ciertamente a subrayar la inesquivable prioridad de Jesús en todo el ámbito cristiano. Cristo es el punto de referencia imprescindible y máximo para el creyente. Es, realmente "la puerta" por la que todo hombre ha de atravesar para introducirse en la órbita de la salvación de Dios; es el "Señor" ante cuya palabra salvadora hay que rendirse en obediencia; el primogénito de toda criatura cuya suerte será patrimonio de quienes le sigan; es el hacedor de la Pascua, que acaba con la división, vence a la muerte, inaugura la vida nueva y libera la existencia para siempre jamás. Pero el señorío y primacía de Jesús reclama la imitación por parte de todos sus seguidores. El bautizado acepta a Jesús como a su Cristo de Dios y hace de Jesús la cifra y la medida de su comportamiento. Todo el que cree realiza la "obediencia de la fe" por medio de la conversión. Está claro en el Libro de los Hechos de los Apóstoles. A la pregunta del auditorio de Pedro: "¿Qué hemos de hacer, hermanos?", la respuesta terminante del Apóstol: "Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo." Y está claro en el texto de la primera carta de San Pedro: el que es "pastor y guardián", Cristo, resulta ser al mismo tiempo "modelo" para todo el rebaño; murió por todos para que todos vivamos para la justicia de Dios.

4.- Y así se construye la Iglesia: en la fuerza vivificadora del Resucitado y en la imitación del Señor Jesús. Lucas tiene mucho cuidado en señalar la expansión de la Iglesia. Tres mil hombres aceptaron a Cristo, se convirtieron al Evangelio y se bautizaron ante la predicación de Pedro. La fe y la conversión son imprescindibles, pero requieren también la recepción del bautismo.

V Domingo de Pascua, Ciclo A

Jn 14, 1-12

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Hch 6, 1-7

Salmo 32, 1-19

1P 2, 4-9

Jn 14, 1-12

1. El cristiano es el hombre que no cree simplemente en Dios sino que sitúa su fe en el Dios revelado en Jesús. Hay aquí, en este preciso punto, una diferencia más que importante. El cristiano no es, sin más, un deísta (teísta), un referido a Dios desde las luces y la investigación de su inteligencia. Más allá de todo esto el cristiano afirma un "sí" al Dios que se

nos ha hecho patente y manifiesto en el Cristo de Dios, en el Ungido de Dios, en el Profeta y en el Enviado de Dios.

El cristiano se relaciona con el Dios que en Jesús ha mostrado sus designios sobre el mundo. Por desgracia, una buena parte de los que se dicen cristianos permanecen instalados en una religiosidad que no se apoya en la revelación de Dios obrada en Cristo, sino en el vigor de un discurso intelectual y en la fuerza de unas actitudes éticas nacidas puramente en el ámbito de lo racional o de lo sensitivo. Son hombres, sin duda, religiosos. En ellos, sin embargo, resulta menos adecuada la calificación de cristianos.

2.- El texto del evangelio de san Juan, que la liturgia de este domingo nos propone a nuestra consideración, reivindica para Cristo la condición suprema de ser la epifanía de Dios, la visibilización temporal de Dios, la manifestación del Dios que se acerca a los hombres; no para sobreponer su soberanía, sino para salvar; no para afirmarse superior, sino salvador; no para imponerse a sus servidores, sino para amar a sus hijos. ¡Y cuánto y cuán radicalmente varia la condición del creyente cuando ésta se basa en el Dios de Jesús y no, sin más datos, en el Dios de la filosofía o en el Dios de la ética! Por de pronto, el Dios de Jesús es un Dios gratuito, desinteresado, puro servicio y donación, pura entrega y estímulo.

El Mensaje del Dios de Jesús no es un "boom" sobre el pobre hombre, sino la prestación al hombre de "un camino, una verdad y una vida" para utilidad del hombre. Dios no se revela por revelar ni se manifiesta para afirmarse más que el hombre y entrar en competitividad con la autonomía humana. El Dios de Jesús es un último y supremo servicio al hombre para que éste posea unos cuantos datos, fundamentales y básicos, para su propia personal y comunitaria realización en toda la dimensión, de tiempo y de eternidad, que se entrafía en la vocación vital del hombre creado por Dios. Bajo esta óptica cabe comprender el insistente discurso de Jesús: "Quien me ha visto a mí ha visto al Padre." "Yo estoy en el Padre y el Padre en mí". "Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece, en mí, él mismo hace las obras. Creedme; yo estoy en el Padre y el Padre en mí".

3.- Este lenguaje resulta escandaloso para los simples creyentes en Dios. Prontos a admitir la eternidad, la superioridad, la majestad, el todo poder divinos, rehúsan un Dios gratitud total, servicio y entrega para el bien del hombre. Desean un Dios justo, juez, ordenador y legislador. Rechazan el Dios de Jesús que es amor, comunicación, interés por la justicia y la dignidad humanas, defensor de los débiles, y pobres, abogado de los marginados y explotados. Les es por ello más fácil quemar unos granos de incienso ante el altar de Dios que luchar por una sociedad en que los hijos de Dios, sobre el cumplimiento de la justicia, intenten un mundo de fraternidad. Les es más cómodo "rezar" --si lo suyo es oración-- que comprometerse en favor de los hombres creados "a imagen y semejanza de Dios". Les es más "útil" decir "Señor, Señor", que reconciliarse antes de hacer su ofrenda y restaurar el derecho pisoteado antes que erigir los templos. Por eso el Dios de Jesús y Jesús mismo es para ellos "la piedra viva desechada" y la roca en que se estrella su pretendida y descomprometida religiosidad.

4.- La primera comunidad cristiana --a la que hace referencia la lectura del

libro de los Hechos de los Apóstoles-- entiende que la admiración del Dios de Jesús tiene que traducirse necesariamente en el servicio a los hombres. La proclamación del Mensaje de Jesús es cometido ineludible de la Iglesia y lo es igualmente la oración cultual; pero el Mensaje y el culto, la predicación y la plegaria, son "referencias! para la construcción del mundo por los caminos del servicio a los hombres. Y este servicio constituye a los creyentes en "pueblo adquirido".

La vocación a la fe y a la Iglesia aparece, una vez más, como el arranque de una misión "para proclamar las hazañas del que nos llamó a salir de la tiniebla y a entrar en su luz maravillosa".

VI Domingo de Pascua, Ciclo A

Jn 14, 15-21

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Hch 8, 5-8, 14-17

Salmo 65, 1-20

1P 3, 15-18

Jn 14, 15-21

1.- La autenticidad de la fe en el que se dice creyente se mide por la voluntad de difundir esa misma fe entre quienes todavía no son creyentes. Quien está de veras convencido de que en la palabra de Jesús encuentra el hombre "el camino, la verdad y la vida", no puede menos de constituirse en propagador de la Buena Nueva hacia los demás, a fin de que todos se beneficien de la luz y de la fuerza del Evangelio. Esta es la primera consideración que se nos brinda hoy al filo de la lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles. Felipe, uno de los diáconos recientemente elegidos por la comunidad de los judíos helenistas, pasa a la región de Samaría, predica a Cristo y las multitudes reciben con alegría el Mensaje. Felipe predicaba a Cristo. Jesucristo, nos recuerda hoy la Iglesia, es la plenitud de la evangelización, en Él se nos hace visible lo que es el hombre cuando en él reina plenamente Dios. Evangelizar, predicar, cuando es una predicación cristiana, tiene que ser anunciar y proclamar a Cristo ; ninguna otra verdad debe ser el núcleo y esencia de nuestra predicación que las palabras de Cristo que es, a su vez, la Palabra única, perfecta e insuperable de Dios. En Cristo, Dios lo dice todo y ya no habrá otra palabra, que no sea la palabra de Cristo.

Pocas dudas caben de que en su propia comunidad tendría el diácono Felipe trabajo más que sobrado; pero "la caridad de Cristo, que urge a todo creyente", le impulsa a saltar las fronteras de "los suyos" para proclamar "a los otros" un Mensaje que él --y los miembros de su comunidad-- sabe que es para todos.

Cuando una comunidad cristiana restringe su impulso misionero, tal comunidad está abandonando el Espíritu de Jesús y está comenzando a conducirse por prudencias carnales que nada tienen que ver con la fuerza del Señor Resucitado.

Cree de verdad quien difunde la Verdad. Confía de veras quien se fía del Espíritu. Ama con autenticidad quien no pone fronteras a su caridad.

Conviene recordarlo hoy y siempre: Sólo desde una fe, una

esperanza y una caridad de calidad evangélica', no sólo podremos ayudar a "los otros", sino que estaremos en condiciones de solucionar nuestras tensiones y dificultades a la luz del Evangelio.

2.- La carne y la sangre --lo que el evangelio de san Juan llama hoy "mundo"-- no pueden compartir esta imprudencia de los creyentes. Para el "mundo", la caridad bien ordenada comienza por uno mismo, y sólo cabe preocuparse del prójimo cuando cada cual ha resuelto sus problemas personales o domésticos. El creyente, sin embargo, "guarda los mandamientos" de Jesús. Pone su confianza "en el defensor que está siempre" con la Iglesia. Disciplina sus escalas de valores según "el Espíritu de la verdad", y, a partir de estos fundamentos, "está siempre pronto para dar razón de su esperanza" a todo hombre.

Vuelve Pedro a recordarnos que la esencia de nuestra fe y esperanza es Cristo muerto y resucitado. Pedro nos pregunta si nosotros estamos preparados para dar razón de nuestra esperanza a quien nos lo pidiera. ¿Lo estamos? ¿No es una antitestimonio de nuestra fe cristiana la ignorancia a veces absoluta que parecemos tener acerca de la esencia de nuestra fe? ¿Es nuestra fe una fe fundamentada en la verdad?, ¿en la Palabra de Dios?, ¿en la Tradición teológica de la comunidad cristiana?, ¿o es una fe basada en creencias populares o tradiciones familiares, bien intencionadas, pero supersticiosas y nada sólidas?

La segunda advertencia de Pedro es tan grave como la primera. Nuestra vida puede convertirse en un perfecto antitestimonio de la fe y la esperanza que decimos profesar. Si nuestra conducta no es coherente con nuestra fe, nuestra fe se hace increíble o rechazable. En esto, vale totalmente lo que la carta de Santiago nos reclama: "Muéstrame tu fe por tus obras."

Si ser cristiano es portarse habitualmente como algunos nos portamos, no vale la pena ser cristiano. Esto es lo malo : no vale la pena creer en Cristo, si creer en Cristo significa vivir como vivimos muchos millones que nos decimos cristianos. ¿Es nuestra vida un antitestimonio de la fe que decimos tener?

3.- San Juan trata de prepararnos para la fiesta de la ascensión. Jesucristo no se va a ningún lugar, asciende en poder, sube, por eso, Jesús dice en este trozo del Evangelio "Yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo estoy con vosotros". Si amamos a Cristo eso se verá en que nos amamos los unos a los otros, porque en eso consiste el mandamiento de Cristo. Lo que nos hace seguidores de Jesús, sus discípulos, no es sabernos de memoria su palabra o su doctrina, no es tener imágenes de Jesús, ni rezarle oraciones o dirigirle cantos de alabanza. Lo que nos hace seguidores es que nos amemos los unos de los otros como Dios nos ama, eso es lo que dice Jesús mismo.

Amarnos, es tener en nosotros, con nosotros, al Espíritu Santo, al Espíritu de Cristo. Es manifestar con nuestros hechos, con nuestro amor, que nos mueve el mismo impulso, el mismo Espíritu que dio vida y movió a Cristo toda su vida. Preguntémonos: ¿Nos mueve el Espíritu Santo o el espíritu de la Ley? ¿Nos mueve el Espíritu Santo o el deseo de poder? ¿Es el Espíritu Santo espíritu de amor, impulso de amor en nosotros, o puro deseo de milagrerismo supersticioso y sensacional?

Vivir en el Espíritu desata la alegría de vivir.

En el fondo, el creyente sabe que no es propietario del mensaje de la

salvación, sino beneficiario de la Palabra salvadora, y que ésta tiene como destinatarios a todos los hombres. De ahí que la Iglesia, al propagar por el mundo el Evangelio, se encuentre con la necesidad de encarnarse en todas las razas y en todas las culturas para que todas descubran la universalidad paternidad de Dios.

VII Domingo de Pascua, Ciclo A

Jn 17, 1-11a

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Hch 1,12-14

Salmo 26.4.7-8a

1P 4,13-16

Jn 17, 1-11a

1.- Jesucristo fundó una sola Iglesia. Cada vez que realizamos la profesión de fe o expresamos el "credo de los Apóstoles" decimos "creo en la Iglesia que es una, santa, católica y apostólica." De esta manera profesamos nuestra fe en la Iglesia que Cristo fundó. Porque nadie duda que Jesucristo fundó una sola Iglesia y que esa Iglesia es la nuestra. Este es un hecho histórico que no podemos, ni debemos, rechazar como ficción triunfalista. Es nuestro deber, como católicos, orar continuamente para que el deseo de nuestro Señor se cumpla: que seamos uno como Cristo y su Padre, que está en el cielo, son uno.

2.- Después de su Resurrección, nuestro Señor designó a Pedro para que guiara al rebaño junto con los demás apóstoles. Al dejar la custodia de sus bienes espirituales a ellos, nuestro Señor quiso enseñar que la Iglesia que fundó Él, la que formó y que sigue moldeando, debía continuar su ministerio. El ministerio que Cristo fundó fue único. Fundó una sola Iglesia. Nosotros, los que pertenecemos a ella y la amamos y la defendemos, somos descendientes espirituales de aquel primer rebaño custodiado por el sucesor de Pedro y por los encargados de custodiar los bienes espirituales de la Iglesia que Cristo fundó que son los obispos.

Nuestro principal deber es conocer como se rige nuestra Iglesia y, de esa manera, conocer más a Dios. Cada domingo, por mediación de la palabra, mostramos nuestra unión espiritual con millones de católicos alrededor del mundo. Y con las oraciones seguimos el ministerio que Jesús nos encomendó. Tenemos también la ayuda del Espíritu Santo. De Él nos vienen los siete dones, entre ellos los de conocimiento y de sabiduría.

Precisamente del conocimiento brotan las obras y el amor. Y de la sabiduría procede el discernimiento para reconocer si estamos siguiendo a Cristo y a su Iglesia o hemos caído ante las tentaciones del mundo y sus vanidades.

3.- Los cristianos debemos amar mucho a nuestra Iglesia. Es un tesoro precioso que Dios nos ha donado. Hoy en día la Iglesia sigue proclamando, cómo lo ha hecho desde los tiempos de los Apóstoles, que solo nos podemos salvar a través de Cristo. Tengamos en cuenta que cuando hablamos de la Iglesia también hablamos de todos los que formamos el

cuerpo de la Iglesia que Jesús mismo encabeza. A pesar de todos nuestros esfuerzos por vivir vidas santas, tenemos que reconocer que, en el fondo, somos pecadores con deseo de superación para poder ir al cielo. La santidad de la Iglesia viene de su Cabeza, que es Cristo, y de nuestros intentos diarios de vivir una vida santa de acuerdo con sus enseñanzas. Como amamos a nuestra Iglesia nos duelen los escándalos causados por algunas personas. Debemos orar por estas personas y también reconocer nuestros defectos y que todos somos pecadores pero especialmente debemos orar por las personas que están en la Iglesia y que aun viven en pecado y que no quieren arrepentirse. También tenemos la obligación todos los cristianos de mantenernos en unidad. Cristo les dijo a los apóstoles que debían trabajar para lograr y mantener la unión de todos los pueblos del mundo. Hoy esto mismo nos pide a todos los miembros de la Iglesia Católica, que es su Iglesia y nuestra Iglesia.

También tenemos que recordar que, a pesar de los tiempos difíciles que esta pasando la Iglesia, todos debemos orar mucho por los sacerdotes y también por más vocaciones sacerdotales. Las familias, en sus propias casas, tienen la obligación de fomentar un ambiente que apoya a los jóvenes para que puedan discernir cual es la vocación que el Señor quiere que sigan.

La Iglesia, generación tras generación, ha vivido tiempos difíciles semejantes a los que estamos viviendo ahora. Todos sabemos lo difícil que es mantener la unidad entre personas que tienen intereses diversos, con personas que dicen que la Iglesia tiene que cambiar las enseñanzas de Cristo para que sea llevada mas al gusto de ellos. Lo que quiere decir como quieren muchos. Desde el comienzo de nuestra Iglesia, desde que se fundó, hemos visto ya en las primeras comunidades, y lo seguimos viendo hoy, como muchas personas tratan de aprovecharse de los tiempos difíciles para moldear la Iglesia a su gusto sin percatasen que al tratar de cambiar lo que Cristo nos dejó y nos enseñó cuando fundo su Iglesia, demuestran abiertamente que no están dispuestos, y que no quieren, seguir la voluntad de Cristo y lo que El nos enseñó. Al tratar de hacer cambios están haciendo daño a toda la Iglesia, y lo más triste, a ellos mismos. Tenemos que seguir lo que Cristo nos enseñó y nos mandó en vez de tratar de cambiar lo que Él dejó. Nuestro deber es fomentar la unidad, es tratar de superar las dificultades que estén a nuestro alcance para mejorar la Iglesia e intentar traer mas personas a la Iglesia que Cristo fundó y almas para Dios. Esto no podrá ser posible si entre nosotros estamos divididos.

4.- Cristo nos pide que su Iglesia sea solamente una, como Él la fundo. La unidad es la señal fundamental de que Cristo habita entre nosotros. No basta con que leamos los evangelios o prediquemos a Cristo si, con nuestra conducta, estamos mostrando al mundo que no somos capaces de seguir lo que Cristo nos ordeno. De esa manera mostramos que no seguimos el amor de Cristo ni a nuestra Iglesia ni a nuestro prójimo. Es verdaderamente importante amar a la Iglesia, cumplir los mandamientos e ir pregonando con nuestro buen ejemplo que somos católicos, que creemos en una sola Iglesia, y que somos fieles seguidores de Cristo.

Solemnidad de la Ascensión del Señor



Jn 17, 1-11a

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Hch 1, 1-11

Salmo 46, 2-9

Ef 1, 17-23

Mt 28, 16-20

1. La fiesta de hoy es un motivo de alegría porque celebramos el día en que la pequeñez de nuestra naturaleza humana ha sido elevada en Cristo por encima de todas las potestades, hasta compartir el trono de Dios.

La ascensión es la glorificación personal de Cristo como Hombre-Dios. Él sube, en la presencia de los apóstoles, sus testigos, al cielo. Glorificar es poner a uno en la Gloria, en la mejor de las realidades, en el triunfo, en la no cambiable y eterna realidad de gozo que el Padre ha escogido para su Hijo. La glorificación de Cristo es la consagración de que todo lo que Cristo había hecho, está y está bien. Al celebrar hoy la fiesta de la ascensión del Señor al cielo, conmemoramos el día en que su vida ha llegado a la plenitud.

Jesús se iba, dejando a los apóstoles tristes. Pero, a la vez, quería decirles que estaría con ellos siempre. Al meditar sobre el significado de la primera lectura de hoy muchos pueden tener dudas sobre el sentido de las palabras de Jesús. Es aquí, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, que el escritor del libro, san Lucas, nos dice que Jesús subió al cielo pero, a la vez, promete que estará con los apóstoles, y, por consiguiente con su Iglesia, "todos los días hasta que se termine este mundo."

En realidad Cristo sigue estando con nosotros, como ha estado con su Iglesia a través de los siglos. Eso sigue siendo verdad hoy, como en los tiempos de los Apóstoles. Lo que ha cambiado es cómo está con nosotros. Durante su vida terrena, antes de su Ascensión, predicaba con su propia voz y curaba con sus propias manos mientras los apóstoles le acompañaban. Ahora está con nosotros en cada Eucaristía, cada vez que se proclama su Palabra o dos o más se reúnen en su nombre para orar. En definitiva, Cristo está presente hoy en su Iglesia, cuerpo místico de Cristo vivo. Ahora predica con la voz de la Iglesia y curan nuestras manos.

2.- Nosotros hemos sido levantados por la glorificación de Jesús. En la experiencia de nuestra fe, si ella es de verdad la adhesión al Dios vivo, tenemos la fuente de nuestro ser caminando a esa maduración exigida por los gestos que en Jesús vemos hoy, y esta fe crecida en la celebración litúrgica de la Ascensión y fortalecida en el don del Espíritu Santo pone al hombre, como cuerpo de Cristo, a la derecha de su Padre, nuestra Padre, y ya no se amilana por las cadenas, la cárcel, el destierro, el sufrimiento, la enfermedad y demás signos detractores de nuestra humanidad. La ascensión de Jesús nos pide a cada persona una superación. Nos pide que nos perfeccionemos, que cada día vayamos mejorando en nuestra manera de vivir. Nunca llegaremos a la plenitud de la vida espiritual en esta vida, sin embargo el Señor nos invita a que sigamos intentándolo hasta el final de nuestras vidas ya que Él mismo es la garantía de la recompensa que recibiremos al final de nuestra vida si esperamos en Él y le seguimos fielmente. Por eso nuestra vida debe ser un compromiso continuo para ser

sus discípulos. Nuestra tarea es tratar de comprender con más claridad cada día, la llamada que Dios nos ha hecho a cada uno de nosotros. No dejemos pasar ni un solo día sin cumplir con esta tarea. La ascensión marca el final de la misión terrenal de Cristo pero también marca el comienzo de nuestra misión de discípulos suyos.

3.- Si cada uno de nosotros sabe llevar dignamente la tarea de amor fraternal que Cristo nos encomienda, mejoraremos nuestras casas, nuestras familias, nuestras estructuras y el mundo en que vivimos. Y, lo más importante, nuestra vida tendrá mucha más paz.

Jesús culminó su vida en esta tierra con una muestra más de su divinidad. Los apóstoles llegaron al monte de los Olivos, cerca de Jerusalén, donde Jesús les había citado. Es allí, en este cerro, donde fue apresado la noche del Jueves Santo y es allí donde mostrará a sus apóstoles que Él es el Maestro, el Mesías. Habiendo pasado cuarenta días desde su Resurrección Jesús se reunió con sus apóstoles y les dijo, "Se me ha dado todo poder en los cielos y en la tierra". De esta manera Jesús confirma la fe de sus seguidores y les enseña que el poder que van a recibir muy pronto del Espíritu Santo viene del Padre. Así muestra la unidad que existe en la Santísima Trinidad.

4.- Lo que Jesús les dice a sus discípulos antes de partir es que deben continuar su obra que es la Iglesia. Que deben enseñar a toda la humanidad la doctrina verdadera acerca de Dios. Y entonces les dice que Él se va pero que les enviará el Espíritu Santo. E inmediatamente después de decirles esto se elevó y una nube lo ocultó a sus ojos.

La Ascensión es culminación del itinerario vital de Jesús: Su tensión es irse al Padre, poseer el Reino y la vida de Dios que le corresponde como Hijo; por otro lado es el inicio de un nuevo itinerario de los apóstoles y de la comunidad cristiana; ya no verán más al Señor, que tendrá para ellos una nueva presencia, la que le corresponde al Resucitado; tendrán con ellos al Espíritu Santo.

El Espíritu Santo hará que los discípulos recuerden y entiendan la obra de Jesús y también que sean testimonios suyos hasta los últimos rincones de la tierra. Los apóstoles, después de presenciar la Ascensión del Señor, junto con la Santísima Virgen María, regresan a Jerusalén donde el Señor les dijo que debían esperar a recibir la gracia del Espíritu Santo. Nueve días después, los apóstoles comenzaron la tarea de evangelización que el Señor les había encomendado.

Nosotros también tenemos la obligación, si de verdad seguimos las enseñanzas de Cristo, de ir por la vida evangelizando, enseñando que somos fieles a Cristo, que nos comportamos con rectitud, que somos cumplidores en nuestras tareas diarias, que en nuestra vida hay sinceridad. Nuestra conducta debe demostrar que somos cristianos, que nos preocupamos por los otros con caridad. Nuestra meta debe ser dar testimonio de Cristo en cualquier sitio y en cualquier situación demostrando que pertenecemos de verdad al cuerpo de Cristo que es nuestra Iglesia.

5.- Recordemos siempre que la salvación la tenemos que alcanzar cada uno. El Señor sabía que esto nos sería difícil y por eso nos envió el Espíritu Santo, para ayudarnos a recorrer el camino hacia el Señor. Pero no nos engañemos. No podemos reclamar la salvación simplemente porque

decimos de palabra que seguimos a Cristo. El camino hacia el cielo se recorre poco a poco y lo que cuentan son los hechos. Todos sabemos que tenemos la obligación de alimentar nuestro cuerpo para que se mantenga saludable. Pues debemos reconocer que también tenemos la obligación de alimentar y cuidar nuestra alma para que vaya creciendo en el amor a Dios. Nuestra vida corporal es muy similar a nuestra vida espiritual. Nuestra vida corporal la mantenemos con el alimento y con el ejercicio físico y nuestra vida espiritual la alimentamos con la gracia que viene del Espíritu Santo a través de la oración, la meditación, y los sacramentos.

Nosotros hemos sido elegidos por Dios para continuar la misión redentora de Cristo en la tierra, para continuar la obra que Cristo comenzó en el género humano. La humanidad necesita mucho conocer a nuestro Señor. Mucha gente anda completamente en las tinieblas del pecado. Nosotros debemos dar a conocer a Jesucristo pidiéndole, a la vez, que nos alimente y nos fortalezca para que podamos cumplir con la noble tarea de difundir la verdad a un mundo que necesita escucharla.

Solemnidad de Pentecostés

Jn 20, 19-23

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Hch 1, 1-11

Salmo 103, 1-34

1Cor 12,3b-7.12-13

Jn 20, 19-23

1. Después de la ascensión, los apóstoles se escondieron por temor a que los jefes religiosos y políticos hicieran con ellos lo que habían hecho con el Maestro. Se refugiaron en el cenáculo y oraban en compañía de la Virgen María, la madre de Jesús. A pesar de las enseñanzas de Jesús durante tres años, no tenían el valor para cumplir su claro mandato: "Id y haced discípulos de todos los pueblos bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo". O "lo que os he dicho al oído, proclamarlo sobre los tejados".

Pero cuando descendió sobre ellos el Espíritu Santo en forma de viento impetuoso y lenguas de fuego, recibieron luz, fortaleza, coraje, gozo, ímpetu incontenible. La cobardía y el temor desaparecieron totalmente y se lanzaron a proclamar la resurrección y el mensaje de Jesús con valentía, arrastrando decididos los mismos peligros que antes los atemorizaban. Lo que sucedió con los primeros discípulos, ha sucedido también con los discípulos de Jesús a lo largo de la historia, y sucede con sus discípulos de hoy: Mientras no invocan al Espíritu Santo --con María la Madre de Jesús-- y se abren a él, no tienen fortaleza, ni convicción, ni credibilidad en la tarea de la evangelización, de la pastoral o de la catequesis. No tienen la valentía, el calor y la sabiduría para ser verdaderos testigos de Cristo Resucitado y proclamar su mensaje sin rebajas ni temor a los poderosos.

2.- Para entender correctamente la primera lectura bíblica de la liturgia de este domingo de Pentecostés hay que tener puesta la mirada y la atención

simultáneamente, en el relato del libro de los Hechos de los Apóstoles y en el legendario del Génesis sobre la "torre de Babel" y el "diluvio". El orgullo de los hombres, que intenta construir la ciudad sin referencia a Dios y a un dispensarse de toda relación a la trascendencia, concluye en dispersión de la humanidad, en falta de concordia y de inteligencia entre los protagonistas de la obra común, en ruina y muerte. La fuerza del Espíritu de Dios, por el contrario, impulsa la creación de un corazón nuevo, de unas nuevas actitudes de solidaridad y de fraternidad, superadoras de la división, de apertura al misterio de la salud y de audacia para proclamar una buena nueva que será fuente de profetismo y de utopía en el tiempo y de esperanza comprometida de cara a la eternidad.

El relato de Pentecostés es una total alternativa a la leyenda del Génesis. No fue posible la concordia en Babel porque la soberbia decretó la muerte de Dios. La paz universal será posible en la medida en que los hombres aceptemos entrar en la fuerza del Espíritu de Dios. En Babel, el hombre rompe amarras respecto a Dios; en Pentecostés, los hombres de toda la tierra asumen, en la nueva y eterna alianza de la Pascua de Jesús.

3.- ¿Palabras? El evangelio de san Juan relaciona muy estrechamente la Pascua de Cristo y el envío del Espíritu. Esta presencia del Espíritu culmina el misterio de la salvación. No es posible entender a Cristo desligado de su misión para con el mundo. Cuanto en Él acontece, mira a involucrar en su suerte la suerte de los hombres. Por el Espíritu, la Pascua de Jesús pasa a ser patrimonio de la tierra y lo que en Él aconteció personalmente por el poder de Dios se sigue actuando por su Espíritu en esta hora del mundo. Quien cree en la Pascua de Jesús, quien dice "Jesús es el Señor", afianza su fe en el influjo del Espíritu y acepta en esa fe que la Pascua del Señor se actúa hoy entre nosotros por su Espíritu. ¿Qué otra mediación cabría pensar para que el misterio de la salvación se obrase en los hombres?

El Espíritu provoca la conversión del corazón. El Espíritu renueva al hombre. El Espíritu capacita para el amor sin fronteras, incluso al enemigo. El Espíritu defiende la causa del Reino de Dios. El Espíritu anima el testimonio y la proclamación del Evangelio. El Espíritu afirma la unidad de la Iglesia para su mejor servicio al mundo. Es lo que san Pablo subraya en su carta a los cristianos de Corinto. La Iglesia vive de y por el Espíritu.

4.- El Espíritu tiene en la Trinidad la misión específica de comunicar vida, amor, luz, fortaleza, gozo, paz, bondad, libertad, sabiduría. Dones que necesita el cristiano, discípulo de Cristo, para vivir y comunicar con gozo la fe en Jesús resucitado, presente y actuante en la Iglesia y en el mundo. Somos templo del Espíritu Santo, que "ora en nosotros con voces inefables". El hombre es el templo preferido de Dios, donde el Espíritu ora al Padre y al Hijo por nosotros y con nosotros. ¡Qué gran seguridad y consuelo para nuestra pobre oración cuando nos abrimos a esta presencia y oración del Espíritu Santo en nosotros!

Jesús dice que si nosotros, siendo malos, sabemos "dar cosas buenas a los hijos, ¡cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a quien se lo pida!". Hay que pedir con insistencia y fe, junto con María la Madre de Jesús y nuestra, la venida del Espíritu Santo a nuestras personas, comunidades, familias, grupos, para que se renueve la faz de la Iglesia y la faz de la tierra.

Solemnidad de la Santísima Trinidad  
Jn 2, 16-18  
Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Ex 34, 4b-6, 8-9  
Dn 2, 52-56  
2 Co 13, 11-13  
Jn 2, 16-18

1.- Todo el contenido de la Revelación de Dios al mundo mira a servir al hombre. Dios se revela en Cristo Jesús, culminación y plenitud de un mensaje que había comenzado a ser dispensado desde tiempos atrás, con objeto de que los hombres podamos esclarecer nuestra propia condición humana; porque es muy cierto que advertimos en nosotros un algo que nos supera y que nos llama a nuevas fronteras. De aquí la conveniencia, la utilidad, la necesidad de que nuestra propia condición humana reciba de Dios un suplemento de luz y de energía. Y esto es, precisamente, la revelación del mensaje.

Sobre este telón de fondo podemos comenzar por comprender por qué hoy, en la liturgia, celebramos la solemnidad de la Trinidad de Dios. La expresión teológica resulta difícil para la comprensión del hombre, porque intenta dar cuenta del propio ser divino; pero si la fórmulas resultan de comprensión arriesgada, no así el mensaje que intentan aproximarnos. Dios es comunidad: comunidad familiar o realidad de personas que son tales porque se relacionan familiarmente.

2.- La liturgia no intenta exponer todo lo que la teología dice acerca de la Santísima Trinidad de Dios, sino explicarnos, claramente, lo que es Dios, ese Dios único que realiza el concepto de Trinidad. Se trata, --nos dice la palabra de Dios-- de un Dios compasivo y misericordioso, rico en clemencia y lealtad; de un Dios de amor y de paz y de un Dios que tiene con nosotros la relación de padre a hijo y que es capaz de dar su propia sangre (su Hijo) por nosotros, que no quiere nuestra muerte, sino que tengamos vida eterna, que no juzga, sino que salva al mundo.

De Dios es más fácil decir lo que no es que lo que es. Lo mismo pasa cuando hablamos de la Trinidad que es Dios. La Trinidad es un concepto; es un concepto que trata de expresar la vida interna de Dios, su misterio más íntimo, qué es Dios para sí mismo. La Trinidad no divide la unidad de Dios. Pero hablemos un momento del concepto teológico de "misterio". Misterio en teología no es lo desconocido, inconcebido o inexplicable. Misterio es lo que tiene tal cantidad de contenido que, por mucho que expliquemos, no logramos explicar todo el sentido que eso tiene. Cuando una cosa es en teología "misterio" no podemos ahorrarnos las explicaciones, sino todo lo contrario: tenemos que darlas todas sabiendo que nos quedaremos cortos, sabiendo que siempre se nos quedará algo sin explicar porque se trata de explicar a Dios.

3.- Dios es Padre, pero el Padre-Dios no es un anciano. Dios es eterno, no viejo. Ese "anciano" es quien sacó a su pueblo de Egipto con brazo fuerte y

mano poderosa, quebrantando el poder del opresor. El Espíritu Santo bajó como una paloma, pero el Espíritu Santo no es el animal llamado en zoología "paloma". El Espíritu Santo no tiene plumas de ninguna clase, por ejemplo.

Cuando Dios quiso decirnos cómo era él, se hizo hombre; si queremos saber cómo es Dios, miremos hacia nuestro prójimo, hecho a "imagen y semejanza de Dios" por Dios mismo. Miremos al sacramento o icono de Cristo: el hombre.

Hablemos de la Trinidad en la unidad de Dios. No nos bautizan en los nombres de, sino en el nombre de, porque no hay tres dioses, sino un solo Dios que es amor y que se revela como Padre, como Hijo, y como Espíritu. Digamos que Dios es amor, y que, el que ama conoce a Dios, conoce todo lo que es Dios, porque Dios no es amor y otra cosa, sino que es amor y sólo amor, amor incondicional e infinito. Dios es amor, es decir que el ser mismo de Dios es el amor y que el amor es el ser mismo de Dios. El Dios que es una Trinidad es amor. Quien ama conoce lo que es la Trinidad de Dios y todos los misterios de Dios, en la medida en que tales misterios pueden ser conocidos por la mente de un ser humano.

4.- Ese amor incondicional, procedente, de Dios, puede expresarse diciendo que Dios es un padre maternal o una madre paternal, porque Dios no tiene sexo. Dios no es hombre ni mujer. Dios es Dios.

Hacia nosotros, podemos decir que la paternidad maternal de Dios significa que Dios se revela como un amor que nos ama porque sí, incondicionalmente, eternamente, invariablemente. Dios no nos ama porque nosotros seamos buenos, sino porque El es amor y es bueno. Hacia nosotros, podemos decir que Dios se comunica, se expresa, y se encarna, se hace una sola carne con el ser humano. Somos hijos en el Hijo porque esa comunicación de Dios, esa Palabra por medio de la cual se crea todo y Dios se comunica a sí mismo, es el Hijo de Dios. Esa Palabra habita en el hombre, se ha hecho una sola cosa con el ser humano por la encarnación de Dios, y lo que Dios ha unido no lo puede separar el hombre.

Hacia nosotros, podemos decir que el que Dios sea amor, Espíritu Santo, significa que la misma fuerza que mueve a Dios, el amor, es la fuerza que mueve al hombre hacia Dios, y a los seres humanos los unos hacia los otros. No puede el Espíritu Santo, el amor, hacernos hijos de Dios, sin hacernos, al mismo tiempo, hermanos entre nosotros.

No, la Santísima Trinidad no es algo que no nos interese. Si Dios, que es amor, no tiene en sí la relación de Padre a Hijo, nosotros no tenemos nada que ver con Dios, ni Dios tiene nada que ver con nosotros. La Santísima Trinidad nos interesará a los seres humanos mientras a los seres humanos nos interese el amor, mientras a los seres humanos nos interese Dios. Nada más actual, por ello, que celebrar hoy con la liturgia esta extraordinaria lección de antropología que nos viene desde la Trinidad de Dios.

Solemnidad del Corpus Christi

Jn 6, 51-58

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Dt 8, 2-3, 14b-16a  
Salmo 147, 12-20  
1 Cor 10, 16-17  
Jn 6, 51-58

1.- La Eucaristía es la concentración del misterio cristiano. Todo el misterio queda encerrado, sintetizado, en el misterio pascual de Cristo. La acción por la cual los hombres hemos pasado de la muerte a la vida, de las tinieblas a la luz, es la muerte de Cristo en la cruz y la resurrección. La muerte y la resurrección del Señor constituyen el compendio, el núcleo mismo, del misterio cristiano, porque la misma Encarnación adquiere su único horizonte y se comprende desde la Cruz. Por tanto, la pasión comienza en la misma Encarnación del Verbo, en la fe y en las entrañas de María.

Todo el misterio cristiano, por tanto, toda nuestra fe, tiene como contenido último y esencial el misterio pascual de Cristo, es decir, el misterio de su pasión, muerte en la Cruz, que es el primer polo de la Encarnación de Cristo y de la Resurrección. Porque el envío del Espíritu Santo en Pentecostés es una consecuencia de la Resurrección y de la Ascensión del Señor a los cielos. Lo mismo que la Encarnación apunta a la pasión y muerte, y de algún modo la Encarnación ya está encerrada en la pasión y en la muerte del Señor de un modo implícito, del mismo modo la ascensión a los cielos y el envío del Espíritu Santo por medio del Padre y del Hijo son una consecuencia de la Resurrección del Señor.

2.- La Eucaristía no hace más que presente, en todo tiempo y espacio, el sacramento del Cuerpo y de la Sangre de Cristo. La Eucaristía actualiza, nos trae hasta hoy, la salvación del Señor. Por eso la constitución "Sacrosanctum concilium" del Vaticano II nos dice que la sagrada liturgia, de un modo especial la Eucaristía --que es la forma suprema de liturgia-- actualiza el misterio de la Salvación, lo hace presente. No en vano la Eucaristía, el sacramento del Cuerpo y de la Sangre del Señor, es la cumbre y la fuente de toda evangelización. Lo nuclear del cristianismo, ¿no es el misterio pascual de Cristo? ¿Y qué hace la Eucaristía sino actualizar el misterio pascual de Cristo?

Este misterio es el misterio pascual de Cristo, de su muerte y de su resurrección, que es hecho presente, actualizado en todo tiempo y espacio hasta la segunda venida del Señor por medio de la Eucaristía. Por eso, la Eucaristía es la cumbre y la fuente de toda evangelización. La cumbre y la fuente de toda vida cristiana. La cumbre y la fuente de toda la sacramentalidad de la Iglesia. Todos los sacramentos encuentran en ella su cima, su cumbre, y al mismo tiempo, todos los sacramentos encuentran su fuente en la Eucaristía.

3.- La Eucaristía no es algo transitorio, como el maná que comieron nuestros padres en el desierto. No es una fase dentro de la evolución de la fe cristiana, es el elemento permanente, el fin de la vida cristiana. Ante la Eucaristía hay que hincar las rodillas, ponernos de rodillas porque estamos ante el misterio mismo de nuestra salvación. La Iglesia no invita ponerse de rodillas ante nadie, ni siquiera ante la Santísima Virgen María, ni ante ningún santo. Sí nos invita ante el misterio pascual de Cristo, actualizado por la liturgia eucarística. Por eso entramos en la capilla, a

hacer la visita al Santísimo y si está presente nos ponemos de rodillas para rezar ante Él. Porque es el mismo Dios el que habita aquí, a través del Cuerpo y de la Sangre del Señor, porque se está guardado y se está haciendo presente el misterio mismo de nuestra Salvación.

La Eucaristía, que es la presencia misma de Cristo muerto y resucitado, la vemos, la contemplamos, se nos hace tangible y visible, a través del pan y del vino. El pan, que en el ofertorio ofrecemos al Padre y que en la consagración se convierte en el Cuerpo del Señor. Vemos ciertamente el pan, pero aquello ya no es pan, ya es el Cuerpo del Señor. Vemos vino, y cuando lo bebemos sabe a vino, pero es la Sangre del Señor. El cáliz que compartimos es la Sangre del Señor y el Pan es su Cuerpo. De ahí la gran nobleza, el gran respeto que tenemos que tener a las especies del pan y del vino eucarísticos, porque el pan que ofrecemos, con la invocación del Espíritu Santo en la consagración se convierte en el Cuerpo del Señor. Y el vino que bebemos, con la invocación del Espíritu Santo en la consagración, se convierte en la Sangre del Señor.

4.- En cuanto actualización del misterio de la Salvación, es decir, del misterio pascual de Cristo en el cual precipita el misterio de la Salvación, la Eucaristía presenta dos dimensiones. Una vertical y otra horizontal. La dimensión vertical es la que al participar del Cuerpo y de su Sangre quedamos unidos con Cristo, y por tanto, con Dios Padre. De tal forma que la vida de Dios fluye por nuestras arterias y por nuestras venas. "Quien come mi carne y bebe mi sangre", tal y como hemos proclamado en el Evangelio, "tendrá vida eterna y yo lo resucitaré el último día". Tomar el Cuerpo y la Sangre del Señor es tener la vida misma de Cristo en nosotros, es tener la vida misma de Dios. La comunión con Dios llega a sumarse, es la culminación, con la participación en la Eucaristía, que es primicia de la vida eterna, de la Jerusalén celestial, medio a través del cual entramos en comunión con Dios. Porque en la Eucaristía, a diferencia de los demás sacramentos, Dios se hace presente en el Hijo, muerto y resucitado, que se nos propone físicamente bajo las especies del pan y del vino, las cuales contienen de un modo sustancial y real el Cuerpo y la Sangre del Señor. Pero a ese elemento vertical, escatológico, de la Eucaristía, se une el otro, el elemento horizontal, la dimensión horizontal. Aparece esa dimensión fuertemente subrayada en la carta de San Pablo: todos los que comemos el Cuerpo y la Sangre del Señor, si lo comemos y bebemos estando espiritualmente preparados para ello, en gracia de Dios, entramos en comunicación con Dios y recibimos una primicia de la vida futura. Pero además, todos los que participamos en el Cuerpo y en la Sangre del Señor quedamos unidos, porque todos comemos del mismo pan, todos bebemos del mismo cáliz, de la misma Sangre.

El comer del mismo pan y beber de la misma sangre crea entre los miembros de la comunidad cristiana -y por extensión entre todos los hombres- unos vínculos de hermandad y fraternidad profundísimas, hasta el punto que como dicen los Hechos de los Apóstoles pasamos a ser una misma alma y un mismo corazón. Los vínculos que la Eucaristía crea en aquellos que participan en ella son más fuertes que los de la amistad o de la camaradería. Por eso no se comprenden las disensiones, las riñas, las injusticias entre los hombres, y menos todavía entre los cristianos. ¿No comulgamos la misma Sangre de Cristo? ¿No tomamos del mismo pan que es el Cuerpo del Señor? ¿No somos todos un mismo corazón y una misma



alma, porque todos somos hermanos? Por tanto no solamente no nos hemos de herir o dañar, hemos de procurar el bien de los demás. ¿Quién no se gasta a sí mismo por el hermano? La Eucaristía, ¿no nos hace ser la misma cosa?

Las obras de misericordia, de visitar a los enfermos, a los encarcelados, de dar una limosna al hambriento, de dar de beber al sediento, y así sucesivamente, son fruto de la fraternidad cristiana. Ésta no se asienta ni está levantada en la subjetividad humana, sino que funde sus raíces en la objetividad del Cuerpo y de la Sangre del Señor, que al tomarlo todos hace que seamos un solo corazón y una sola alma. Nos hace hermanos, y la expresión de que lo somos es que compartimos con los demás lo que tenemos, lo que somos, nuestro mismo ser.

5.- La Eucaristía es la expresión máxima del amor de Dios. Dios es amor, ha mostrado que es amor enviando a su hijo unigénito al mundo, a la muerte y a la muerte en Cruz por nosotros y por nuestra salvación. Y Cristo, expresión del amor del Padre, se ha quedado para siempre entre los hombres, de un modo sustancial y real, muerto y resucitado, tan alto y tan poderoso como está en los cielos en la Eucaristía. Ahí está, Dios está ahí. Nosotros, arrodillados ante Él, le comulgamos, recibimos su Cuerpo y su Sangre, y Él, que es la expresión de Dios, fecunda nuestras entrañas haciendo que amemos a Dios y que amemos a los demás tal como Dios mismo ama.

Y si Dios, al amar, se entregó por nosotros, no solamente dando algo de su ser, sino entregándose en la muerte a la cruz, nosotros como partícipes del amor de Dios debemos hacerlo por los demás. Por tanto hemos de compartir nuestro ser, y nuestras pertenencias con los demás.

Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús

Mt 11, 25-30

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Dt 7, 6-11

Salmo 102, 1-10

1Jn 4, 7-16

Mt 11, 25-30

1. Hoy la liturgia centra su atención en la persona que ama: Jesucristo. Y cuando hablamos del corazón humano no nos referimos sólo a los sentimientos, sino a toda la persona que ama, que quiere y trata a los demás.

Así en el lenguaje de la Sagrada Escritura, el corazón es considerado como el resumen y la fuente, la expresión y el fondo último de los pensamientos, de las palabras y de las acciones.

Por eso al tratar ahora al Corazón de Jesús, ponemos de manifiesto la certidumbre del amor de Dios y la verdad de su entrega a nosotros. El Corazón de Jesús es el corazón de una persona divina, es decir, del Verbo encarnado; por consiguiente, representa y pone ante los ojos todo el amor que Él nos ha tenido y nos tiene aún. No se puede llegar al Corazón de Dios sino pasando por el Corazón de Cristo, como Él mismo afirmó: "Yo soy el

camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí”.

2. El evangelio designa a Jesús como “humilde de corazón”, pero en un contexto eminentemente trinitario: La afirmación de que al conocimiento recíproco del Padre y del Hijo sólo tienen acceso aquellos a los que el Hijo se lo quiera revelar, y éstos son precisamente los pequeños, “la gente sencilla” o, en el sentido de Jesús, los “humildes”; aquellos, por tanto, que tienen ya sentimientos afines a los del Hijo. Pero el Hijo no tiene estos sentimientos únicamente a partir de su encarnación, sino que los tiene, como «Hijo» que es, desde toda la eternidad: su actitud frente al Padre, al que, como origen de la divinidad, designa como «más grande» que él mismo, su actitud de perfecta obediencia y disponibilidad, no es más que la respuesta a la actitud del Padre, que no oculta nada a su Hijo, sino que le da y le revela todo lo que Dios tiene y es, hasta lo último, hasta lo más profundo e íntimo de sí mismo. Es casi como si la «herida del costado» más original, de la que brota lo último, fuese la herida de amor del propio Padre, de la que hace brotar lo último que tiene. Cuando el Hijo encarnado invita a los que están cansados y agobiados a encontrar su alivio en él, está siendo en el mundo la imagen perfecta del Padre: Su Espíritu es el mismo.

3. Conocer, experimentar, vivir y testimoniar el amor de Dios sólo las aprendemos en el encuentro con una persona concreta que es precisamente Jesús. Este misterio del amor de Dios constituye el contenido del culto y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que es al mismo tiempo el contenido de toda espiritualidad cristiana: “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él” .

Quien acepta el amor que Dios nos tiene queda modelado interiormente por este amor y vive este amor como una llamada a la que se debe responder y si somos capaces de responder es porque antes hemos experimentado este mismo amor, como dice el apóstol: “En esto hemos conocido qué es el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos”.

La representación de este amor se hace precisamente mostrando a nuestro Redentor con el corazón traspasado. Hay que hacerse conscientes de que vivimos y experimentamos esta entrega de Jesús por nosotros, en cada Eucaristía, porque en ella celebramos el sacrificio de Cristo en la Cruz. De ahí que la Eucaristía sea el corazón de la Iglesia, de donde fluye su vida divina, donde ella se construye y encuentra su identidad de pueblo de la alianza, amado de Dios y llamado a hacer partícipes de este amor a todos los hombres. Así, cada vez que nos reunimos, como hoy, para este banquete pascual, experimentamos este Amor que nos transforma y nos hace capaces de amar y entregarnos a los hermanos.

En la escuela del Corazón de Jesús aprendemos a vivir el amor, no como una caridad oficial, fría, sin alma, sino pasando nuestro corazón con sus afectos, sentimientos y emociones por el Corazón del Redentor, donde somos liberados de sus perversiones. Ahí en efecto, conocemos la verdad del amor sponsal, destinado al don sincero de nosotros mismos. Esta donación libremente acogida por una persona de sexo contrario funda el matrimonio en orden a la fecundidad, a la donación de la vida que constituye la familia como verdadera comunidad de vida y amor.

4. Con la mirada puesta en el amor del Dios unitrino, manifestado en

Jesucristo y demostrado en su pasión, puede Juan designar a Dios simplemente como «amor». Juan es ciertamente el testigo privilegiado que ha visto el corazón traspasado de Cristo en la cruz, confirmando el hecho de una manera triple y solemne; y en su carta repite una vez más el acontecimiento en el que ha leído su afirmación de que Dios es amor: «Nosotros hemos visto y damos testimonio», dice Juan como testigo ocular, que puede decir enseguida con la comunidad: «Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él». En la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús celebramos la prueba última y definitiva de que el Dios trinitario no es sino amor: En un sentido absoluto e inconcebible que nos supera infinitamente.

Solemnidad de la Natividad de San Juan Bautista

Lc 1, 57-66.80

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Is 49, 1-6

Salmo 138, 1-15

Hch 13, 22-26

Lc 1, 57-66.80

1.- San Juan Bautista es el precursor del Señor y el mayor de los nacidos de mujer. Juan es el hombre del desierto, el buscador de los planes de Dios, el que grita la conversión y la urgencia de un cambio de vida porque se acerca el Salvador de los hombres.

Tanto el profeta Isaías como Juan el Bautista, tienen clara conciencia de haber sido enviados por Dios para cumplir una misión en favor de su pueblo. Esta misión no es el resultado de los propios deseos o inquietudes personales, sino la respuesta a una elección amorosa por parte de Dios. Isaías reconoce que Dios le llamó por su nombre para cumplir esta misión desde las entrañas maternas. Juan el Bautista se presenta como el elegido por Dios para mostrar a los hombres al que quita el pecado del mundo. Ambos ponen a Dios en el centro de su actividad profética y, para no sembrar confusión o crear falsas esperanzas en sus seguidores, afirman con rotundidad desde el primer momento de su predicación que ellos no son los importantes, sino simples instrumentos en las manos de Dios. Por eso Juan el Bautista dirá que él no se considera digno ni de soltar la correa de las sandalias de Aquel que viene después de él, pero que ya existía antes que él.

2.- Como el profeta Isaías y como Juan el Bautista es preciso que todos los cristianos tomemos conciencia de la grandeza de nuestra vocación y misión en la Iglesia y en el mundo. Cada uno de nosotros también ha sido amado, llamado y elegido desde el seno materno para vivir como hijo Dios y para proclamar sus maravillas en favor de la humanidad hasta los confines de la tierra.

El mismo Jesús, que vive su misión como enviado del Padre, es el que llama y envía a quienes han de ser continuadores de su obra. Por eso dirá: "no me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca.

Como seguidores de Jesús, es absolutamente necesario que vivamos cada día la experiencia de ser llamados y enviados para no caer en la tentación de ocupar el lugar que debe estar siempre reservado a Aquel que nos envía. Si actuamos de este modo, no cesaremos nunca de dar gracias a Dios por el don de la vocación recibido de forma inmerecida, ni caeremos en el orgullo de pensar que el fruto de nuestra actividad pastoral depende de nuestras obras, ni dejaremos que el desánimo se apodere de nosotros cuando la actividad realizada no produzca el fruto esperado o el resultado previsto. Lo importante es vivir en Dios, permanecer en su amor y permitir que el Espíritu Santo transforme nuestro corazón y nuestra mente según los sentimientos de Cristo.

3. Para vivir de forma consciente y responsable la propia vocación y la misión confiada, es preciso avanzar en nuestra peregrinación por este mundo siguiendo los caminos trazados por el Señor que, en ocasiones, como todos sabemos por la experiencia, no coinciden con nuestros caminos. Peregrinar con los hermanos al encuentro del Padre exige poner siempre a Cristo en el centro de la propia peregrinación, pues como él mismo nos enseña: en las manos del Padre está el destino de la creación y el de la humanidad. Por eso, ante la llamada del Señor y ante la misión confiada, todo lo demás es relativo y todo debe quedar en un segundo plano, incluso la propia familia. Santa Teresa de Jesús lo expresa muy bien, cuando, desde la experiencia de su consagración religiosa, dice que "sólo Dios basta". El hombre de hoy vive falto de sentido, adormecido por la cultura del consumo y del bienestar material. Muchos hermanos se sienten insatisfechos porque necesitan a Dios y no lo encuentran donde lo buscan. Otros aún no han descubierto la grandeza de la vocación cristiana y de su misión como hijos de Dios. Ante esta realidad, los que hemos experimentado la dicha de conocer al Señor, aunque sea de forma imperfecta, tenemos el compromiso de ofrecer a todo hombre el amor de Dios y la luz que hemos recibido de lo alto para que la salvación llegue hasta los confines de la tierra.

Pero esto sólo podremos hacerlo si somos auténticos testigos, si lo que anunciamos con la palabra, lo hacemos vida nuestra. No podemos pedir a los demás que se amen, si nosotros no nos amamos; no podemos invitar a otros al servicio, si nosotros no servimos; no podemos pedir a los miembros de nuestras comunidades que escuchen la voz del Señor, si nosotros vivimos tan ocupados en tantas cosas que no encontramos tiempo para meditar la Palabra de Dios.

Solemnidad de San Pedro y San Pablo

Mt 16, 13-19

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Hch 12, 1-11

Salmo 33, 2-9

2Tm 4, 6-8:17-18

Mt 16, 13-19

1.- Ni san Pedro sin san Pablo, ni san Pablo sin hacer mención de san Pedro. La Iglesia ha considerado siempre a estos dos gigantes discípulos de Jesús como el fundamento sólido de la predicación cristiana. La creación de las primeras comunidades no se explica si no se habla del testimonio personal, continuo, decisivo, de Pedro y de Pablo. Nuestra fe como cristianos del siglo XXI está sólidamente fundamentada porque tiene como base el testimonio de vida y palabra de estos dos apóstoles.

Pedro toma la palabra, montones de veces, en nombre de todos los doce primeros seguidores; Pedro dirige, junto a Santiago, el pariente de Jesús, la primera comunidad cristiana en Jerusalén. Pero bien poco sabemos de lo que ocurrió con Pedro desde la asamblea de Jerusalén, hacia el año 49, hasta su muerte en Roma, capital del imperio, hacia los años 64-67. Se dedicó a dar testimonio de Jesucristo especialmente entre los judíos, sin descuidar a los paganos.

Continuó su trabajo, después de Jerusalén, en Antioquía y, luego, no sabemos en qué fecha exacta, fue a Roma, en donde murió mártir de Jesucristo, bajo el poder del emperador Nerón. En el siglo II, nos lo cuenta el primer historiador de la Iglesia, se mostraba, con gran orgullo, su tumba en la colina Vaticana. Fue siempre venerado como el primer testigo de la resurrección de Cristo, confirmador de la fe de todos los seguidores de Jesús y se citaba, con gran respeto, que Jesús mismo lo había declarado la piedra sobre la que el mismo Jesucristo edificaría su comunidad de salvación. Pedro, que durante la pasión, había traicionado a su Señor, había recibido del mismo Jesús resucitado, el encargo de pastorear a todas las ovejas de Cristo. Para esas comunidades cristianas, Pedro podía ser la piedra o podía ser Satanás, pero Pedro había recibido el encargo de ser piedra esencial en la construcción de la fe cristiana y a ella había dedicado su vida toda, sellando con su sangre su testimonio de fidelidad a Cristo.

2.- Pablo, por otra parte, llevado por su mentalidad farisea, había sido perseguidor de los cristianos, fue, después, apóstol incansable de Jesucristo, a partir de un encuentro personal con el Señor resucitado en el camino de la ciudad de Damasco. De carácter fuerte decidido, era capaz de enfrentarse públicamente al mismo Pedro, al que respetaba como primer y esencial testigo de la resurrección de Jesús, cuando creía que el comportamiento de Pedro no era coherente con la fe que proclamaba.

Pablo sufrió por su Señor persecuciones de toda clase y fue azotado, encarcelado, apedreado y maltratado de muchas maneras y en muchos lugares por mantenerse fiel a su fe en Jesucristo. Escribió muchas cartas a las comunidades a las que había predicado personalmente su fe y a las que se atrevía a regañar con acritud porque todas ellas sabían que también era capaz de dar su vida por cada una y por todas. Estableció continuadores de su misión allí en donde no podía seguir presente porque la urgencia de anunciar el Reino de Dios lo arrastraba hacia otros lugares.

Llevado preso, por su fe, a la capital del imperio, según la tradición fue allí martirizado bajo el poder de Nerón, sellando también con su sangre su testimonio de vida y palabras, su magisterio y apostolado, su pastoreo de las ovejas del Señor Jesús. La Iglesia los venera juntos y celebra su memoria el mismo día porque, gracias a Pedro y Pablo, puede basar su fe sobre la resurrección de Jesucristo y mantener la misión de anunciar y hacer presente el Reino de Dios en la tierra.

3.- Jesús pregunta a sus seguidores qué pensaba de Él la gente. Que la gente lo tenía por profeta, por persona que hablaba en nombre de Dios, queda evidenciado por la respuesta que le dan. Jesús exige ahora a sus seguidores inmediatos que digan ellos quién es El. Ellos responden que el Cristo, el Mesías, el ungido, sacerdote, profeta y rey. La comunidad cristiana primitiva, a través de esta página evangélica, nos dice lo que toda ella pensaba acerca de Jesús.

Jesús rechaza toda vinculación entre el título que le dan sus seguidores y la familia de David, a eso se debe que no quiere que se lo digan a nadie; Jesús rechaza la instalación institucionalizante que David había significado para la fe nómada que era la fe de Abrahám.

Pedro toma la iniciativa, en nombre de todos, para responder. En la comunidad en la que Pedro era la figura clave para la fe, en la comunidad que expresa su fe con el evangelio según Mateo, Pedro recibe la promesa de que la fe y la comunidad basadas sobre esa confesión de fe no va a morir. Jesús no promete a Pedro edificarle a él una Iglesia, sino que Él, Jesús, edificará sobre Pedro, sobre su fe, una Iglesia para Cristo; por eso dice "mi Iglesia".

Lo de "atar y desatar" tiene que ver con el bautismo, que era la única forma de perdón de los pecados que existía durante el siglo primero de la Iglesia; y la misma promesa que Cristo hace a Pedro, es hecha a todos los apóstoles en el evangelio según San Juan y en el mismo evangelio de Mateo. El Bautismo era para el perdón de los pecados, y todavía se dice así en nuestro credo católico: "Creo en un solo bautismo para el perdón de los pecados".

La Iglesia nos dice que Pedro y Pablo sellaron el espléndido testimonio de su vida muriendo como Cristo; porque quien vive como Cristo va a morir como murió Cristo: Derramando su sangre al servicio de los demás, al servicio de su Iglesia, al servicio de la comunidad. Pedro y Pablo nos dicen hoy que el Señor Jesús está dispuesto a ayudarnos y a darnos fuerzas en esta misión que es tanto nuestra misión como de Pedro y de Pablo. ¿Seremos capaces de seguir su ejemplo?

Santiago Apóstol, Patrono de España  
Mt 20, 20-28  
Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

2Cor 4, 7-15  
Salmo 125, 1-6  
Mt 20, 20-28

1. La fiesta del apóstol Santiago nos convoca a hacer una reflexión sobre nuestro peregrinar desde el prisma de la fe y a celebrar nuestra condición cristiana en la Eucaristía.

Hacemos memoria de Santiago, apóstol y heraldo del Evangelio, quien movido por la fuerza del Espíritu peregrinó a Occidente enseñándonos el camino de Cristo a través del mensaje del Evangelio.

Él había acompañado a Jesús por Galilea con el grupo de los doce, viajó por Samaría hacia Jerusalén, contempló la resurrección de la hija de Jairo en Cafarnaúm, fue testigo de la Transfiguración del Señor en el Tabor, asistió angustiado al sufrimiento de Jesús en Getsemaní, y en el Cenáculo estando

con los once a la mesa recibió el mandato del Resucitado de ir por todo el mundo proclamando la buena noticia a toda la humanidad para ser testigos del Salvador hasta el fin del mundo. A través del Apóstol nos ha llegado una visión de la vida desde la fe, basada en un testimonio histórico concreto donde Jesús es el Camino y en él encontramos la Verdad que buscamos y la Vida que deseamos.

2.- Esta experiencia de fe le lleva a escribir a san Pablo: «Creí por eso hablé, sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús, también con Jesús nos resucitará y nos hará estar con vosotros. Todo es para vuestro bien». Aquí radica la innovación y la originalidad del discernimiento cristiano. La inserción de Dios en la historia, la unión de del Verbo divino con la condición humana, la redención y el comienzo de una nueva era, la plenitud de la revelación, la nueva visión de Dios y del hombre en su relación con él. todo eso es una radical novedad, una variación de un orden de magnitud incomparable con cualquier otro.

El hombre, única criatura capaz de preguntarse por el mundo, por la realidad o simplemente de hacerse preguntas, desde la orientación cristiana es contemplado de una manera nueva. Crea do porque la vida le ha sido dada, es un ser inestimablemente libre que no se basta a sí mismo. Es imagen de Dios y es amado por El para siempre.

3.- Para el hombre la vida es algo que acontece, que se va haciendo instante tras instante, modificando las circunstancias, aprovechando sus posibilidades, intentando superar los riesgos y las amenazas del mal para colmar las aspiraciones más nobles del corazón humano con la gracia de Dios. «Nos aprietan por todos los lados, pero no nos aplastan; estamos apurados pero no desesperados; acosa dos pero no abandonados; nos derriban pero no nos rematan; en toda ocasión y por todas partes llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo».

En este acontecer dramático en que se entreteje la vida humana con un instante último en el tiempo, mantenemos la esperanza de seguir viviendo después de la muerte corporal y biológica porque ésta no es la extinción de la persona humana. No podemos perder esta perspectiva en el conocimiento, relativamente descuidado, de lo que significa ser persona. Nuestra fe en la resurrección, contenido estrictamente religioso cristiano, nos lleva a la expectativa de la vida perdurable donde se espera salvar todo lo auténtico y donde todo lo oculto aparecerá, adquiriendo en presencia de Dios un valor incomparable.

Si la relación con Dios se limitara a la vida terrenal, la religión misma perdería su sentido. La vida perdurable es lo más importante, justificación de todo lo demás, orientado hacia esa esperanza. Nuestra atención se ha concentrado en esta vida y sus afanes, y la vida eterna ha quedado relegada a una calidad bastante inerte. Sin embargo de nuestro interior surge la conciencia de estar llamados a ser no algo sino alguien, esperando al término de nuestra peregrinación alcanzar la plenitud de nuestras posibilidades.

El amor y la fidelidad de Dios no nos abandonarán a la oscuridad de la falta de sentido, del vacío y de la muerte. «Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor con mucho valor y hacían muchos signos y prodigios en medio del pueblo». Éste es el testimonio que debemos dar también hoy

en nuestra civilización, en la que los valores es angélicos son motivo de esperanza.

4.- Hoy es necesario un nuevo impulso apostólico que sea vivido como compromiso cotidiano de las comunidades y de los grupos cristianos. Sin embargo, esto debe hacerse respetando debidamente el camino siempre distinto de cada persona y atendiendo a las diversas culturas a las que ha de llegar el mensaje cristiano, de tal manera que no se nieguen los valores peculiares de cada pueblo, sino que sean purificados y llevados a su plenitud. De manera especial este mensaje debe tener eco en el seno de la verdadera familia, factor decisivo del bien común y de progreso moral para la sociedad, que nuestros representantes políticos, responsables de legislar, aplicar las leyes y regir los asuntos públicos, han de respetar, defender y promocionar ante la pretensión de equipararla jurídica y socialmente a otros modelos de convivencia en los que queda amenazada la dignidad de la persona humana.

El materialismo, la explotación sexual, los métodos y experimentos, programados científica y sistemáticamente contra la vida humana degradan la condición de la familia. No es el miedo ni una actitud oscurantista sino la esperanza de un futuro mejor la que nos compromete a no ser indiferentes ante esta realidad. «El hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión, es el camino primero y fundamental de la Iglesia» porque «Cristo es la plenitud de la humanidad».

IX Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Mt 7, 21-27

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Dt 11, 18, 26-28

Salmo 30

Rm 3, 21-25a.28

Mt 7, 21-27

1.- La búsqueda de la determinación del sentido de la vida humana, su ubicación en el marco de su relación con Dios y, por consiguiente, la diferenciación de la verdadera y la falsa religiosidad es el objetivo fundamental de los textos de la liturgia de este domingo.

La actuación humana se describe como "responsabilidad", capacidad de dar una respuesta adecuada a una palabra divina productora de vida, y al mismo tiempo, como posibilidad de irresponsabilidad, de falta de respuesta a esa iniciativa.

El último discurso del libro de Deuteronomio recurre, en vistas a ese objetivo, a la presencia de la bendición o de la maldición como opción de toda vida a partir de la obediencia o desobediencia de los mandamientos, entendidos como Palabra divina. La vida sólo puede realizarse en plenitud por medio de la fidelidad a la Alianza divina. Según esto no se trata de un intercambio de dones (cumplimiento de los mandamientos del ser humano y dones divinos de la bendición) sino de la aceptación de la palabra divina para mantenerse en el ámbito de su bendición.

Se trata entonces de la realidad de gracia de Dios, propia de la Alianza, que



crea la posibilidad de una vida en plenitud. Fuera de ella sólo es posible encontrar la presencia de la muerte en la existencia de los seres humanos. Esta gracia de Dios se ha manifestado en Jesús el Cristo, que ha manifestado la justicia de Dios testificada por la Ley y los profetas. En su acción y en su proyecto encontramos la forma de realizar la vida en la comunión con Dios de cuya gloria todos estábamos privados.

2.- El evangelio quiere definir ese marco de la vida en comunión y señalar sus características específicas frente a otras formas de realización de la existencia. Por ello, después de señalar las exigencias de Jesús sobre la vida que se examinan a lo largo de todo el sermón de la montaña, se tiene cuidado de determinar el espacio en que puede darse la respuesta a esas exigencias. Por ello, las palabras finales del primer discurso de Jesús presentan el engaño de la falsa religiosidad y la doble forma de edificación que puede adoptar cada persona en la construcción de la propia vida. La respuesta a Dios no se juega en el ámbito de las proclamaciones que el ser humano hace por medio de sus palabras, ni siquiera por medio de acciones religiosas extraordinarias que pueda realizar, sino en la aceptación práctica de la voluntad divina manifestada en su Palabra. Sólo de esta manera se crea el ámbito de comunión, y se hace posible la "entrada al Reino".

3.- Para ello el texto, primeramente, analiza el caso de un individuo que se proclama públicamente seguidor de Jesús. Se trata de alguien que acepta con sus palabras la soberanía de Dios y por ello se dirige a él con la doble invocación: "Señor, Señor".

Sin embargo la invocación es insuficiente ya que el modo de entrar al Reino en que Dios ejerce su soberanía no atañe al "decir" sino al "hacer". La voluntad de Dios sólo puede aceptarse mediante una práctica. El rechazo de Dios a quien no ha sido capaz de una actuación conforme al querer divino se expresa, a continuación, mediante un diálogo que tendrá lugar "en aquel día" del final de los tiempos.

En ese momento crucial para el propio destino definitivo muchos retomarán las palabras de la confesión de fe "Señor, Señor" y recordarán que durante su existencia han hecho recurso exitoso al Nombre divino en tres órdenes que pueden ser considerados de fundamental importancia en la transmisión del mensaje evangélico: la profecía, el exorcismo, el milagro. Los tres tipos de acciones son recordados como prueba fehaciente de la actuación divina en aquellos que los actuaron. Y sin embargo, la respuesta de Jesús pone de manifiesto la insuficiencia de su actuación que los hace merecedores de ser calificados de "operadores de la iniquidad" y de ser excluidos de la comunión divina.

Esta se construye desde la aceptación del querer divino por una vida realizada a partir de las pautas señaladas por "la justicia" del Reino y palabras y acciones religiosas realizadas no pueden suplir ese punto de partida de toda vida religiosa.

Seguidamente se pasa a la contraposición entre dos casas, construidas de modo diferente. La primera ha sido edificada sobre la roca, la segunda sobre la arena. Desde este punto de partida nacen la firmeza o la debilidad de la construcción, puesta a prueba por las lluvias, inundaciones y vientos. Desde el principio, antes de la descripción de cada uno de los dos edificios y de su historia posterior, se determina que se trata de dos tipos de oyentes de las palabras de Jesús. La diferencia de ambos reside en poner o no poner

en práctica esas palabras. Sólo en la obediencia a esas palabras la vida puede adquirir solidez y permanencia.

En este punto se decide si la vida es actuada en la sabiduría o en la estupidez. Se trata, entonces, de una exhortación sapiencial a la realización de la existencia en el ámbito del proyecto de Dios y de Jesús, en el ámbito de la palabra divina, que es el único fundamento firme de la existencia.

X Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Mt 9, 9-13

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Os 6, 3-6

Salmo 49

Rm 4, 18-25

Mt 9, 9-13

1.- Nos educan para la competencia; eso está claro. Dentro de la escala de valores que hoy actúan como palanca del mundo, el éxito tiene asegurado un puesto preeminente. Y en torno suyo, pegadas a su rueda, giran todas las demás cosas. El que no triunfa, no interesa; y el triunfo se entiende y se pretende como superación de los otros, anulación de los contrarios, encumbramiento propio. Así, la vida la hemos convertido en una competición rupestre.

Hay, sin embargo, muchas cosas que nada tienen que ver con el triunfo así entendido. Nadie ha prometido, afortunadamente, la total felicidad a los que así triunfan. Al contrario, no es infrecuente que en esa alocada carrera hacia el éxito se pierdan las pocas, contadísimas, cosas que pueden hacer nacer la felicidad en el corazón del hombre.

2,- La profesión, dentro de esta perspectiva triunfalista, no es muchas veces la elección lógica de quien sigue su propio impulso creador, sino de quien o quienes especulan con el rendimiento económico de ser médico, ingeniero o contable de empresa. ¿Tiene algo de extraño que una excesiva "profesionalización" acabe matando la auténtica vocación de las personas, acabe secándolas como una mala hierba que asfixia todo a su alrededor? Oye, a veces, unas confesiones estremecedoras a esas personas que se consideran o son llamados, así, simplemente, triunfadores. Puede haber sus gotas de esnobismo en algunas deseadas fugas del mundo", pero a veces la nostalgia de lo que hubieran querido ser --y ya no son-- resulta trágica.

3.- Resulta inquietante en el Evangelio la celebridad con todos los discípulos siguen la invitación de Cristo a seguirle. Pero, sobre todas, destaca la de Mateo. Mateo oye la voz de un desconocido que le dice: -- "Sígueme". Ante la invitación, no vacila, ni reflexiona, sino que responde. Su profesión era en ese tiempo la típica de un triunfador: Recaudador de impuestos, empleado de un gobierno extranjero, colaboracionista político. Un típico personaje envidiado y odiado por quienes se alucinan por el brillo del dinero y no saben adivinar el tremendo vacío interior de quienes lo poseen. Cristo rompe con él una barrera, al mismo tiempo política, religiosa y humana. Lo llama porque ha captado su desazón interior. Y Mateo no lo duda: se va con Él. Es el reencuentro heroico de un hombre con su vocación. Es la fe pura e

incondicional, como la fe de Abrahám que el apóstol Pablo alaba. Abrahám creyó en la promesa de Dios sin vacilar, "al persuadirse de que Dios es capaz de hacer lo que promete".

4.- La llamada de Dios y la de Cristo ni obliga ni condiciona al hombre, sino que le da tanto la libertad como la capacidad de seguirla por pura iniciativa. La llamada tiene un tono que contiene ambas cosas Al mismo tiempo: que aquí habla alguien que me hace capaz de tomar la mejor decisión posible, y que, en cuanto me necesita, me da también el mejor contenido posible de mi vida.

Todos, desde luego, estamos llamados a hacer un día esa opción básica: ser auténticos. Esa es la gran vocación, común a todos los hombres. Las "otras" vocaciones tendrán o no sentido, humanizarán al hombre o lo harán máquina en la medida en que respondan a esa lealtad o lo más profundo de uno mismo. Así, verdaderamente, se triunfa.

XI Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Mt 9, 36-10,8

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Ex 19, 2-6a

Salmo 99, 2-5

Rm 5, 6-11

Mt 9, 36-10,8

1. Gusta poco a los hombres de hoy el tema del perdón. Se les antoja un tópico superado, lugar común anacrónico, actitud caduca. La violencia, en las mil maneras en que se manifiesta en nuestros días, deja poco --si alguno-- espacio para el perdón. Y, sin embargo, el cristianismo, en su más elemental radicalidad, no es comprensible sin la dimensión del perdón, hasta el punto de que este es uno de los elementos específicos de la fe. Donde no hay perdón, no hay cristianismo.

2. Perdón de Dios para con el hombre, y perdón del hombre para con sus compañeros en la historia y en la convivencias de cada día.

Creyentes es el que cree en el perdón de Dios.

La salvación que se nos ofrece es superación eternizadora por el poder de Dios de muchas de nuestras debilidades, y entre estas, de esas grandes debilidades o caducidades a las que denominamos con el término de pecado. El creyente cree en la unilateralidad de la iniciativa divina. Dios, por sí y ante sí, en razón de su amor al hombre concede el perdón a todo hombre. Como concede el alcanzamiento definitivo de la verdad y de la permanencia, concede el perdón para las caducidades morales. La salvación de Dios es donación, no adquisición; es entrega, no conquista; es expansión del amor divino, no sueldo a la jornada de la vida.

El apóstol Pablo, en su carta a los cristianos de Roma, nos lo subraya: "La de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros". "Cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo".

3.- Dios perdona al hombre porque ama al hombre, sin duda; pero tanto este amor como su definitiva expresión en el perdón tienen --por decirlo de algún modo-- una base o plataforma de lanzamiento. Dios, al perdonar al hombre, reafirma la vocación del hombre, ser creado para el amor.

El pecado del hombre es un fallo en la realización del hombre. Entra en la existencia libre porque la nuestra no es una realidad hecha de un golpe, sino una realización que, por tender hacia el comunitarismo fraterno, sólo puede alcanzarse sobre sí misma desde la libertad y con la libertad.

El pecado sólo es inteligible a partir de la libertad; y el perdón sólo es comprensible en quien reafirma a un tiempo la condición libre del hombre, la vocación de comunitarismo del hombre y la fuerza del amor del amor por encima y más allá del egoísmo del pecado. Cuando Dios perdona, reinstala al hombre en la realidad verdadera, contrahecha o negada por la desviación del pecado.

4.- Y el hombre, al perdonar a sus semejantes, actúa como Dios. Inspirado en el comportamiento divino, ciertamente; pero a partir de la misma profundidad de razones en las que se asienta el perdón de Dios.

El hombre que perdona al hombre reafirma la libertad del hombre, porque el perdón presupone en el hombre capacidad de volver sobre sus pasos torcidos y fuerza para recuperar el horizonte que vocacionalmente lo es propicio.

El hombre cuando perdona, reafirma que el amor es más definitorio del hombre que el egoísmo. Cuando perdona, el hombre antepone la convicción de sus criterios acerca del hombre, sobre la fascinación del mal que el hombre realiza.

El perdón es un supremo acto de libertad; el que perdona se resiste a dejarse dominar por los mismos criterios que a su hermano le han llevado a la ofensa. "Diente por diente y ojo por ojo" es, a lo sumo, economía y mercado; "amar, incluso a vuestros enemigos" es superioridad de una imagen del hombre sobre la fatalidad del pecado y de la venganza.

5.- Jesús llama a sus discípulos y los hace apóstoles, es decir, enviados para anunciar la presencia del reino de Dios --que es manifestación de la misericordia divina--, pero para curar enfermos, resucitar muertos y arrojar demonios. ¿No es en realidad cada administración del perdón de Dios -- confesión y absolución sacramental-- una curación de enfermos, y a menudo también una resurrección de muertos y una expulsión de demonios?

XII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Mt 9, 36-10,8

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Jr 20, 10-13

Salmo 68, 8-35

Rm 5, 12-15

Mt 10, 26-33

1.- Hay un tipo de ocupaciones que, por definición, resultan incómodas. Cuando a pesar de todo son imprescindibles se procura compensar su incomodidad con estímulos cuantiosos. Sin embargo, escasean los candidatos si a todo esto se une una cierta peligrosidad, un riesgo continuado.

La gente, por lo general, no quiere complicarse la existencia y huyen de esas profesiones o empleos que, a la corta y a la larga son desapacibles. No creo conocer vocación más dura y cuesta arriba que la de profeta. No ya en la propia tierra, sino siempre y en todo lugar.

Ser profeta es como un permanente nadar contracorriente, una escalada sin fin, un enfrentarse continuo con todo aquello que se considera válido, a la moda, normal. No es, por eso, extraño, sino todo lo contrario, que el profeta antes de decidirse a serlo, antes de aceptar su terrible misión se revuelca febrilmente, luce, se oponga o discuta la llamada de quien, en exclusiva, puede pedir a un hombre este sacrificio: Dios.

Las páginas psicológicamente más impresionantes de la Sagrada Escritura son --me parece-- los relatos de la vocación de Moisés, Elías, Jeremías, etc..., o las incertidumbres de Juan el Bautista.

2.- Concretamente la liturgia de este domingo se ciñe sobre este problema: Jeremías sufre en su propia carne la tensión inevitable entre el profeta y la sociedad, entre los establecidos y quienes viene a remover seguridades, entre el diseccionador de actitudes humanas y los acomodaticios, entre los blandos y la verdad infranqueable, entre los que buscan una legitimización religiosa de sus conductas y quien se ve obligado a denunciar. El profeta paga muy caro su terrible oficio; sus honorarios son la soledad, la persecución, el hazmerreír, la incomprensión, el quebrantamiento incluso físico.

Pero el profeta no debe tener miedo; sus enemigos nos pueden matar el alma, porque está en las manos de Dios

3.- Por todo lo que antecede sorprende la proliferación actual de profetas. No es que no haya cosas que denunciar; al contrario. Y mucho menos que no sean más necesario hoy que nunca los que "tiren de la manta" y dejen al descubierto los mil subterfugios inventados para encubrir la injusticia. Tampoco sería imaginable que Dios escatimase, en este momento crucial, la vocación profética en la Iglesia.

Tiene que haber, desde luego profetas; tal vez muchos. Pero ¿lo son de verdad todos los que se apresuran a proclamarse ellos mismos profetas? Me permito dudarlo porque no hay nada tan contradictorio como un profeta "instalado" en su propia profecía.

4.- La prueba final es la persecución. Aún más: la persecución sufrida con alegría, sin dramatismos espectaculares, sin teatralidad. Cuando se sufre en la propia carne el fuego de la profecía y no se pierde la sonrisa se está de la "parte de Dios". Y Dios nunca defrauda.

XIII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Mt 10, 37-42

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

2R 4, 8-11.14-16a

Salmo 88

Rm 6, 3-4.8-11

Mt 10, 37-42

1.- El Evangelio nos pone en la alternativa de tener que elegir entre perder la vida o perder a Dios, y nos dice que, en caso de una alternativa así, el cristiano debía escoger siempre perder la vida. Y eso no porque el Evangelio crea que la vida es poco importante, sino porque quiere revelarnos que Dios es más importante que la vida, porque Dios es la verdadera vida.

Cristo comienza con unas frases terriblemente exigentes. En primer lugar, antepone la relación con Él a toda posible vinculación, por buena y natural que sea esta, si llega a ser un obstáculo para seguirle: "El que quiere a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí". Evidentemente, la situación a la que se alude se da cuando la familia se opone, lo que no es infrecuente, a que el discípulo viva el Evangelio con todas sus consecuencias.

Pero la exigencia más radical es la que sigue: "El que no coge su cruz y me sigue, no es digno de mí". Se trata de solidarizarse con la persona de Jesús de tal modo que no se ha de vacilar a la hora de renunciar a todas las seguridades que nos proponen nuestros sentidos y el ambiente antievangélico que nos rodea y optar por participar en su misterio pascual en el que se ha de esperar dificultades y contrariedades que hacen participar al discípulo de la misma cruz de Cristo.

Servir a la verdad puede llevarnos a tener que escoger entre algo tan fundamental como nuestra familia o ser apóstoles de Jesucristo. El Reino de Dios, la predicación de ese Reino, dice el Evangelio, si llega a ponernos en esa dura alternativa, debe estar por encima hasta de nuestros vínculos familiares más íntimos.

Nada puede ser preferido al seguimiento de Cristo, con todas sus consecuencias. Así, dice el Evangelio, el que traicione a Cristo para salvar su vida, perderá a Cristo, y con Él, la verdadera vida, la eterna. El que, por confesar a Cristo, pierde su vida, ganará la vida perpetua, inmortalizada, con el derecho a resucitar como Cristo.

Estas dramáticas decisiones eran lo normal para los cristianos de los primeros años de la Iglesia. Era lo absolutamente normal para un cristiano tener que escoger entre confesar a Cristo o tener familia, entre perder a Cristo o perder un brazo o un pie o un ojo, entre tener a Cristo o perder los bienes, entre confesar a Cristo o perder la vida. Apuntarse a ser cristiano era apuntarse a morir mártir. El cristiano que se moría, en esa época primera, en su cama, se moría de vergüenza; eso significaba que su vida no había llamado la atención de nadie y que nadie lo había acusado por ser cristiano.

2.- San Pablo, por otra parte, no puede ser más claro: El que vive como Cristo va a morir como Cristo y tiene derecho a una resurrección como la de Cristo. Es como si Jesús dijera: ¿quieres tener parte conmigo en el triunfo? Entonces embárrate como yo me embarré.

Pablo nos podría preguntar: ¿Sabes para qué te bautizas? Ser cristiano significa ser seguidor de Cristo, seguirlo hasta la cruz y hasta la resurrección. Ser cristiano es vivir una vida nueva. Es actuando como

cristianos que nos hacemos cristianos. El seguimiento de Cristo debe verse en la vida que llevamos. Criterios nuevos; nada de que el dinero sea el valor decisivo en nuestra vida; nada de que el poder sea el valor fundamental; tampoco pueden serlo ni la comodidad ni el sexo. Vivir una vida nueva, una vida en Cristo resucitado, una vida en la que Dios reina, debe verse en que vivimos con criterios nuevos: Una vida en la que el criterio decisivo y radical sea el amor. Sea Dios, sea el compartir, sea la solidaridad.

3.- Fijémonos en algunos puntos: "Cristo, dice Pablo, una vez resucitado, ya no muere más. Ni la muerte ni nada que sea muerte tiene dominio sobre Él. Nada, pues, de cristos que sangran, sudan, o lloran. Cristo está resucitado y ni la muerte ni nada que sea muerte tiene poder sobre Él.

Hay una identificación, en el Evangelio, entre Dios y Jesús; Dios es Jesús y quien recibe a Jesús recibe a Dios. Pero, también, hay una identificación entre Jesús y sus discípulos y seguidores; quien recibe a uno de sus seguidores, recibe a Jesús. Y así aparece, con todas las palabras, en Mateo 25, versículos 40 y 45. Y fijémonos en que Jesús no dice: "Yo lo tomaré como si me lo hubiera dado o negado a mí", sino que dice: "A mí me lo dio o a mí me lo negó". ¡Tremenda consecuencia el misterio de la encarnación de Dios!

Se reconoce a un cristiano ¿por qué? ¿Por su vida o por sus ritos?

¿Expresan y comprometen la vida esos ritos, o, más bien, sustituyen la vida cristiana? ¿Somos cristianos porque vamos a participar en la Eucaristía, por ejemplo, o vamos a la Eucaristía porque nuestra vida es cristiana?

XIV Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Mt 11, 25-30

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Za 9, 10-11

Salmo 144

Rm 8, 9,9.11-13

Mt 11, 25-30

1.- Es ya un tópico la afirmación de que las primeras generaciones cristianas fueron perseguidas bajo la acusación de ateas. La frase es excesiva, sin duda. El ateísmo de los cristianos no era, naturalmente, una simple y rígida negación de Dios, sino un rechazo absoluto de pluralidad de dioses que el imperio romano honraba.

Y más: el Dios de los cristianos no era el Dios de los filósofos y de la sabiduría. Era el Dios de Jesús. Nada de cuanto la filosofía pudiera afirmar de Dios resultaba ajeno al pensamiento cristiano; pero la relación del hombre con Dios no se inspiraba en las afirmaciones filosóficas, sino en la revelación que de Dios había hecho Jesús de Nazaret.

Y esto continúa hoy vigente, hasta el punto de que no faltan quienes hablan del cristianismo como de una anti-religión, siempre que por religión se entienda el entramado, de relaciones entre el hombre y Dios, de acuerdo con los datos que la filosofía aporta sobre el Absoluto, el totalmente Otro.

2.- El cristiano, por el contrario, se refiere al Dios revelado en Jesús que es siempre un Dios de Salvación, desinteresado en su acercamiento al hombre, no dominador de éste, sino servidor de luces y estímulos para que el hombre se entienda a sí mismo, entienda a los demás y acierte a valorar y servirse de las realidades de este mundo, con ánimo de crear una sociedad servicial, justa y fraterna. El cristiano acepta al Dios que se nos ha hecho presente en Jesús "no para condenar al mundo, sino para salvarlo". La página del evangelio de san Mateo que la liturgia dominical nos brinda a reflexión hoy insiste en esta nota específica de la fe cristiana: "Nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar".

3.- El Dios de Jesús de Nazaret es Dios de iniciativa salvadora. Gratuito en modo total, sólo persigue el bien del hombre a quien se manifiesta. No busca la defensa de sus derechos; no reclama la sumisión de los hombres. Sin embargo propone al hombre un mensaje de reconciliación en el que el hombre encuentra los datos mayores para la clarificación del misterio de la existencias y la promesa de una salvación que planifica el vivir humano, lo asienta y lo libera de las caducidades a que la vida en el tiempo y en el límite está siempre expuesta.

El Dios de Jesús es Dios de donación, de aproximación al hombre, para que en su palabra indicar al mundo "el camino, la verdad y la vida".

Aceptar la palabra de vida es asumir la más radical verdad de la existencia humana. No es cargar con obligaciones impuestas desde el exterior, de manera despótica o arbitraria; es aceptar un módulo de comportamiento en cuyo seguimiento el hombre encuentra su más radical realización. De ahí la afirmación de Jesús que el Evangelio recoge: "Venid a mí los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero, y mi carga ligera"

XV Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Mt 13, 1-23

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Is 55, 10-11

Salmo 64

Rm 8, 11-23

Mt 13, 1-23

1.- Es hora de acabar con la antievangélica concepción de que el cristiano es un hombre que propende a huir de este mundo para refugiarse en la espera de la eternidad. Esta concepción ha contado, sin duda, con abundantes lecciones, incluso dentro del cristianismo.

A más de uno se le ha propuesto el abandono del amor terreno como plataforma de lanzamiento para un mejor amor de Dios y el desinteresarse de la aventura terrena como condición reclamada para saborear los bienes del cielo.

La carta del apóstol san Pablo a los cristianos de Roma anda, sin embargo, por otras singladuras muy diferentes. Para Pablo, la visión que de este



mundo ha de tener el creyente en Jesús de Nazaret es ampliamente optimista, hasta el punto y hora que incluso las tensiones y desgarramientos de cada hora sólo son momentos de una historia que se encamina hacia la plenitud. "Considero que los trabajos de ahora, dice Pablo, no pesan lo que la gloria que un día se nos descubrirá. La creación expectante está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios..." "Sabemos que hasta hoy la creación entera está gimiendo toda ella con dolores de parto".

2.- El mensaje es claro para el hombre de fe: este nuestro mundo no está hecho de una vez para siempre, sino que está en trance de realización. La historia no está escrita de antemano, sino que en nosotros está el conducirla a su plenitud. Mientras en tanto no alcance su meta, la tierra gime, y se debate, y se angustia, y choca con sus propios límites. Pero creyente es aquel que, en esta tensión, se siente estimulado por el designio de Dios a construir un mundo de justicia y de fraternidad. Para realizar este proyecto contamos con la fuerza y la energía de la Palabra, Palabra de vida. La Palabra de Dios es vivificante siempre y cuando el corazón humano se apreste a concederle acogida. La Palabra es semilla capaz de producir fruto, subrayará el evangelio de Mateo; o es como lluvia y nieve que baja del cielo y que no vuelve allí sino después de empapar la tierra, de fecundarla u hacerla germinar, según la expresión del profeta Isaías. El Mensaje se nos entrega para nuestra utilidad, a fin de que podamos construir la tierra de acuerdo con el designio de Dios. Se exige, pues, en el creyente una actitud operativa, eficaz, laboriosa y esforzada. No somos llamados al Evangelio para entretenernos en él, sino para sentirnos empujados a la transformación de un mundo que gime y sufre porque aún no ha llegado a su plena realización.

3.- Muchos creyentes de nuestros días parecen desconfiar de la Palabra de Dios y buscan en otras sabidurías resortes y concepciones para entender su vocación terrena. El humanismo evangélico, sin embargo, asume cuanto hay de positivo en otros humanismos y trasciende y supera a todos ellos, porque, más allá de la justicia y una vez cumplida ésta, propone al hombre el horizonte de la fraternidad universal.

4.- Frente a esta proposición, la mala tierra humana que no presta adecuada recepción a la Palabra. La mala tierra del que oye la Palabra sin adentrarse en su significado e intención; la mala tierra de quien la escucha contento pero dimite de sus exigencias cuando se presentan las dificultades o persecuciones para llevarla a realización; la mala tierra de quienes no están dispuestos a dejar sus abundancias y sus poderes para adoptar una postura de solidaridad y servicio para con todos los hombres. ¡Vano intento el del que dice ser creyente y trata de no escuchar la exigencia de apertura hacia los demás que se entraña en la Palabra de Dios!

XVI Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A  
Mt 13, 24-43  
Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Sb 12,13.16-19  
Salmo 85  
Rm 8, 26-27  
Mt 13, 24-43

1.- Para muchos llegan las vacaciones. Millones de hombres, en todo el mundo, durante la pausa estival huyen de las ciudades a reencontrarse con la naturaleza, con el campo y con los bosques, con el mar y con el sol. Es un encuentro enriquecedor, por poco limpios que se tengan los ojos y con tal de que se deje abierto un pequeño resquicio en las puertas y ventanas de nuestra sensibilidad. La naturaleza siempre tiene algo que enseñar o recordar al hombre: sus leyes y ciclos, sus "costumbres" y observancias; todo conserva un mensaje aleccionador, estimulante y puro.

2.- El hombre urbano llega al campo devorado por la prisa, por la obsesión de la eficacia del rendimiento a corto plazo. Y se encuentra con la parsimonia de la realidad agrícola, que no tolera frenesíes ni locas aventuras. El agricultor conserva todavía el don de la paciencia, de la sabiduría que espera, de la calma. La hora de la recolección, llega marcada por el signo del respeto a la naturaleza y sus leyes.

3.- En esta atmósfera nos parece más fácil entender la lectura final de esa profunda parábola del trigo y la cizaña. Detrás de una primera lección de inteligencia rural y campesina, que reserva para el último momento la delicada tarea de escardar el campo, se agazapa una interpretación más profunda sobre el problema del mal, de su coexistencia con el bien, y de eso que se ha definido justamente como el "derecho evangélico de la cizaña".

4.- La imagen, hoy y siempre, de la sociedad y de la Iglesia es plural. Todo no es del mismo color no es idéntica la vibración que emiten los acontecimientos y las personas. Puestos a generalizar, a sintetizar racionalmente, existe lo blanco y lo negro, lo abierto y lo cerrado, lo bueno y lo malo. El trigo y la cizaña. Remontándonos a un nivel de interpretación cristiana de la historia, tenemos que admitir que la salvación universal no elimina la libertad humana y que la luz se ve rechazada todavía por la tiniebla. Hay que ser realista y no ceder a ningún tipo de estúpido triunfalismo. Existe el mal. Y el bien, por supuesto.

5.- De esta constatación algunos deducen inmediatamente la necesidad de aniquilar el mal, de extirparlo. Y se entregan con celo de cruzados a este combate. Esta actitud no parece del todo evangélica. Porque, en primer lugar, ¿quién nos ha dado la exclusiva de etiquetar definitivamente los acontecimientos y las personas?. En segundo lugar, ¿quién nos ha confiado la misión de expedir certificados definitivos de buena o mala conducta?. En tercer lugar, ¿por qué hemos de creer que el bien no crece, aun cuando esté rodeado por el mal? Y, además, ¿estamos tan seguros de que entre nuestras espigas no crecen también cizañas? Si para nuestras muchas deficiencias necesitamos y exigimos dosis nutridas de paciencia, muchas más tenemos que usar a la hora de contemplar a los demás.

6.- No estamos en el mundo para juzgarlo ni para apartarnos puritanamente de él. Tampoco para contaminarnos. Debemos estar

seguros, por otra parte, de que al final será el trigo lo que importe. Mientras vivimos haríamos mal en arrancar esa cizaña a la que Dios no niega el agua ni la luz. Lo mismo que al trigo.

XVII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Mt 13, 44-52

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

1R 3, 5, 7-12

Salmo 118

Rm 8, 20-30

Mt 13, 44-52

1.- El mensaje de Jesús está muy lejos de ser una mera concepción del hombre, de las relaciones con los demás hombres y con el mundo de las cosas. Es esto, sin duda; pero con el dinamismo de crear no un juicio o un mero criterio, sino una actitud práctica, eficaz, eficiente, significativa en la vida del creyente. No se trata de situar el mensaje en el nivel de una sabiduría filosófica o antropológica, sino de asumirlo como una inspiración para la vida de cada jornada. Por eso, creer es adhesión personal al mensaje de Jesús; adhesión que compromete al creyente en todas las manifestaciones de la vida y, principalmente, en todas las opciones en que entra de lleno su libertad. Creer no es un mero saber. Creer es un vivir la vida según la escala de valores que propone el mensaje de Jesús.

2.- La página del evangelio de san Mateo nos aporta esta fundamental enseñanza de Jesús. A través de tres comparaciones o símiles, el Evangelio viene a decirnos que, descubierta la clave del mensaje, cambios en la vida del creyente la escala de valores con que produce su existencia. Tesoro escondido en cuya comparación todo otro valor resulta sin mayor precio; perla fina ante lo que palidece la luz de las otras; pez fresco y preciado que arruina el fingido valor del resto de la redada...

3.- Nace de aquí una visión optimista de la existencia humana y de la historia. la carta de san Pablo a los cristianos de Roma lo subraya con acento emocionado: "A los que aman a Dios todo les sirve para el bien, a los que ha llamado conforme a su designio". Para el creyente en Jesús, la vida tiene un sentido, el esfuerzo humano una razón de ser y hasta la contrariedad y las dificultades, lejos de asumirlo en la angustia y en la desesperación, aparecen ante su conciencia y su dinamismo, como argumentos de más para redoblar su compromiso. El cristiano cree en la historia. Sabe por el mensaje que la sucesión del tiempo entraña una vocación de eternidad y que la construcción del mundo por los caminos de la justicia y de la fraternidad desembocará en la salvación.

4.- Esta es la suprema sabiduría que el mensaje de Jesús aporta a los hombres. En ella se encuentra no la resolución, aunque sí la iluminación del enigma de la vida. Para el creyente nada quedó resuelto con su fe; pero la fe sí ilumina y clarifica la razón del vivir y del esfuerzo. A esta sabiduría alude la petición de Salomón. Nada hay más alto ni de mayor valor para el

drama de la existencia.

XVIII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Mt 14, 13-21

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Is 55, 1-3

Salmo 144

Rm 8, 35, 37-39

Mt 14, 13-21

1.- Vivimos solicitados por el consumo. Cada día, desde la mañana a la noche, mil voces anónimas, pero persuasivas, nos invitan a comprar, a gastar, a invertir, a consumir. Se nos repite, una y otra vez,, que nuestra felicidad, nuestra belleza, nuestra satisfacción, nuestra vida depende en línea directa y próxima de lo que tengamos. poseamos y destruyamos. Es una cadena interminable que nos arrastra y cuyos primeros eslabones mueven manos e intereses desconocidos.

2.- Hay en las lecturas litúrgicas de este domingo una como invitación al consumo, a la hartura: "Venid, comprad trigo, comed sin pagar... Escuchadme atentos y comeréis bien". Suena parecido a un anuncio de publicidad. A uno de esos cientos de reclamos publicitarios que solicitan nuestra atención constantemente. El relato de la multiplicación de los panes añade, por otra parte, una nota optimista: "Comieron todos hasta quedar satisfechos y recogieron doce cestos llenos de sobras".

3.- Es muy fácil que una primera aproximación a este mensaje litúrgico refuerce en algunos de nosotros una actitud consumista y justifique, sin razón, desde luego, lo que en profundidad es rechazado por el Evangelio. Hay en nuestro mundo de hoy un problema grave que no podemos reducirlo al viejo esquema ricos-pobres. Lo que hoy pone literalmente el alma en tensión es la relación opulencia-miseria, el profundísimo desequilibrio, cada día mayor, entre los que tienen siempre lo mejor y lo más abundante y los que carecen absolutamente de lo más elemental. En pocas palabras: El abismo entre el despilfarro y el hambre; el ancho surco entre quienes dilapidan, derrochan, desperdician y los que desconocen e ignoran una dieta mínimamente humana. No hay una sola frase en el Evangelio que pueda justificar esta realidad, autentico sarcasmo de la fraternidad humana.

4.- ¿Cómo interpretar, pues, esta invitación a la abundancia, esta llamada al optimismo? Creemos que la clave es bien sencilla: No se concibe en el mensaje bíblico una abundancia que no sea compartida, una riqueza que no se reparta, un bienestar que no afecte a todos. El destinatario de estas invitaciones es todo el pueblo (los "millares" simbólicos del Evangelio) sin excepción ni distancias irritantes. Y este vínculo es el que debemos descubrir a través del rito eucarístico: La Eucaristía o es fiesta de fraternidad, sacramento de comunión, momento supremo de compartir con los otros todo, o a la presencia de Jesús dándose se le priva de una dimensión. Los que viven en la injusticia, en el desequilibrio no podrían, en realidad, acercarse a la Eucaristía.

Porque, además, después del dar, del repartir, del compartir con los demás, viene la abundancia, la hartura, la total plenitud. Cristo se da sin reservas a los que no limitan su entrega a los demás, a los que en cada comunión sienten el vértigo de la necesidad ajena, el vacío de los que no tienen la llamada de los pobres.

XIX Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A  
Mt 14, 22-23  
Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

1 R 19, 9a. 11-13a  
Salmo 84  
Rm 9, 1-5  
Mt 14 22-23

1.- El lenguaje de las Escrituras es un lenguaje con muchas claves para su correcta interpretación. Hay quienes desearían que el Mensaje se nos facilitase de un modo directo y no con el recurso a unos cánones de exposición que, por su misma naturaleza, reclaman interpretación y desciframiento. No es posible, sin embargo, avenirse a esta pretensión. No lo es porque el Mensaje ha sido dado para los hombres de todos los tiempos y de todas las diversas culturas; y una estrecha vinculación a una cultura determinada habría hecho el Mensaje una realidad incomprensible para los hombres de otra estructura cultural. Además, las realidades que el Mensaje revela no son aprehensibles en su totalidad por cuanto no pertenecen al mundo de la experiencia contable y medible, sino al de la salvación, la promesa, la esperanza y, en definitiva, la fe. De ahí la necesidad de que el lenguaje de las Escrituras sea "sacramental", es decir, significativo de unos contenidos que van más allá de las culturas de cada momento y más allá de los datos susceptibles de ser sometidos a reiterada experiencia. Es un lenguaje de signos, de gestos, de mitos, de sugerencias y de insinuaciones, salvo en concretos puntos en los que el Mensaje es rotundo y terminante.

2.- La primera lectura --tomada del Libro primero de los Reyes-- abunda en estas claves. Dios se revela al profeta Elías en un susurro. Otras teofanías o manifestaciones de Dios a los hombres habían recurrido a otros elementos de la naturaleza. En este caso, y por necesidad de una misión profética que Elías no acababa de comprender. Dios recurre para manifestarse, al leve susurro de un pequeño viento. Ya no es el Dios del huracán que agrieta montes y rompe los peñascos. No es el Dios del terremoto. Tampoco el Dios del fuego. Es el Dios del susurro. Elías, tempestuoso de condición, siente que no es comprendido por los hombres a los que ha sido enviado y desearía un Dios formidable, a la medida de sus ímpetus de carne y sangre; pero Dios quiere enseñar al profeta que ha de ser misericordioso con los pertinaces y manso con los soberbios. Por eso, en lugar de una revelación de fuerza, se manifiesta en un susurro de viento para que Elías aprenda de Él a contener su impaciencia apostólica.

3.- Hay aquí una lección importante para todo creyente. Dios no puede ser utilizado como fuerza contra los hombres. El recurso a las situaciones de poder, de prepotencia, de superioridad..., no es el estilo del creyente ni

puede serlo el de la Iglesia El Mensaje de Dios, útil para los hombres, ha de ser ofrecido benignamente al mundo; nunca impuesto. A nadie se le puede forzar a amar a Dios ni a regular la existencia según determinados preceptos impuestos por la autoridad religiosa. El Mensaje es una convocatoria y la ley --cuando resulte imprescindible-- una brújula que oriente y señale rutas.

4. A Dios no se acerca nadie por los caminos de los miedos y de las angustias. Sólo por las andaduras hechas de confianza en su poder salvador. La página del evangelio de san Mateo lo subraya hoy muy punzantemente.

Dios--se nos dice a través de los signos-- es un poder sobre todo otro poder; pero el apóstol Pedro corre el riesgo de perder el acercamiento a Dios cuando teme la fuerza de otros poderes y desconfía de la salvación manifestado en Jesús. "¿Por qué has dudado?" es el interrogatorio tremendo de Cristo a Pedro. Y la salvación de Pedro y de sus compañeros se realiza cuando aquél y éstos confían en Dios y dice a su Cristo: "Realmente eres Hijo de Dios".

5.- ¿Aprenderemos de una vez que los miedos y las ordenanzas no sirven en nada para despertar en los hombres la fe que salva y que ésta es sólo --iy todo eso!-- la audacia del hombre que se confía en Dios y en el susurro de la conciencia que lo revela?

XX Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A  
Mt 15, 21-28  
Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Is 56, 1, 6-7  
Salmo 66  
Rm 11, 13-15.29-32  
Mt 15, 21-28

1.- Se dice que las nuevas generaciones piensan en dimensión universal. El turismo, la técnica, la cultura, la interdependencia de los países, los medios de comunicación social... van generando un tipo de hombres muy distintos de aquellos que se caracterizaban por confundir las dimensiones del mundo con su propio terruño y su propio campanario. El hombre de hoy, el hombre de las nuevas generaciones mira toda la realidad con perspectiva mundial. Consciente de pertenecer a una patria determinada, se sabe con todo y quizás aún más ciudadano del mundo... ¿Es esto verdad o simple declamación de buen tono y de mejores deseos?

2.- Son demasiados los índices que señalan una cierta distancia entre el "sentirse ciudadanos del mundo" y el actuar como tales. Ante la urgencia y gravedad de los problemas, son muchos los que retornan a los viejos chauvinismos nacionalistas y los que anteponen su bien y el bien de los suyos al del resto de la humanidad. El hombre del siglo XXI que se dice y se siente tan abierto a las solicitudes e inquietudes de toda la tierra, se muestra, a la hora de los hechos, egoísta y nacionalista. Cuando hace aún pocos años se consultó al proletariado de una nación

Europea sobre si aceptaría o no que se aumentara el tanto por ciento del presupuesto nacional reservado a la ayuda al Tercer Mundo, la respuesta fue desalentadora: Nadie se mostraba dispuesto a "atarse el cinturón" para acudir en ayuda de los más pobres de la tierra y eso que el tal país sólo dedicaba a esta ayuda algo menos del uno por ciento de su presupuesto nacional bruto.

3.- Las lecturas bíblicas de este domingo están centradas sobre un dato fundamental, para el creyente: El universalismo. El proyecto cristiano resulta incomprensible si se margina esta dimensión universalista. Para el creyente en Jesús de Nazaret, la razón de su fraternidad para con los hombres no se basa en el color de la piel, en la cercanía de la vecindad, en la compartición de una misma ideología, en la comunión de una misma cultura, en la herencia de una misma historia, en la familiaridad de unas mismas fronteras.

La fraternidad cristiana abraza a la totalidad de los hombres porque en todos ellos afirma una igual dignidad, unos mismos derechos y deberes, un mismo proyecto de libertad, una misma sed de justicia, un mismo ideal de paz, de solidaridad y de comunión.

La caridad cristiana no se acerca al hombre por lo que tiene de diferenciador, sino por lo que entraña de común: Un mismo origen, una misma dignidad y un mismo destino. Los humanismos modernos, en buena hora, abren a los hombres a la solicitud universal. Con ellos y antes que ellos, más radicalmente que ellos, el humanismo cristiano, desde la perspectiva de la paternidad de Dios y desde la esperanza de una universal salvación, estimula a los creyentes en Jesús a la fraternidad universal.

4.- Este impulso cristiano es hoy más urgente que nunca. Lo es porque responde a un "estilo" --excesivamente teórico aún-- del hombre moderno. Lo es, sobre todo, porque, pese a las declamaciones universalistas, el hombre de principios del siglo XXI propende al cantonamiento ideológico y de clase, de cultura y de historia, de desarrollo y de poder. Lo es, por último, porque en un mundo que se globaliza, ofrece a los hombres las mejores y mayores razones para un humanismo universalista.

5.- Las lecturas bíblicas de hoy se explican en esta orientación universalista. Isaías profetiza un pueblo abierto a todos los pueblos y reunido en las raíces religiosas. Pablo rompe lanzas en favor del pueblo judío, entonces y aún ahora marginado por una incomprensible falsa profesión de fe.

El evangelio de san Mateo exalta la reconciliación de Dios con los paganos y subraya que el llamado "don de la fe" también es patrimonio de los gentiles. "Los dones y la llamada de Dios --escribe Pablo-- son irrevocables". Dios es siempre fiel a su promesa de salvación, y ésta --habrá que recordarlo-- abraza a todos los hombres, en cualquier tiempo, de la historia, con la impronta de toda raza y bajo cualquier cielo de la tierra.

XXI Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Mt 16. 13-20

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Is 22, 19-23  
Salmo 137  
Rm 11, 33-36  
Mt 16. 13-20

1.- Dios se revela en la historia, en los acontecimientos que marca dirección a la historia, en las concepciones sobre el hombre y la sociedad que, en el transcurso del tiempo, van saltando a la palestra de la vida como guías del proyecto humano.

Para un creyente la afirmación de que Dios se revela en el acontecer profundo es un dato fundamental. Toda la revelación de Dios es una revelación histórica y ser creyente consiste en "interpretar" el designio de Dios sobre el mundo y las colectividades humanas en la sucesión de los fenómenos históricos.

Dios se expresa o se manifiesta en "los signos de los tiempos". Dios habla, aparece y desafía a la querencia humana de absolutizar de una vez para siempre los niveles ya logrados. Esta decidida y comprometida voluntad de los creyentes de "interpretar" el designio renovador de Dios en los "signos de los tiempos" está dando lugar hoy a las teologías sobre las más diversas realidades humanas: Teología del trabajo, teología de la cultura, teología de la violencia, teología del sexo, teología del amor...

2.- No se trata, sin embargo, de una moda de última hora. Una profunda conciencia del sentido teológico de la historia y de sus diferentes manifestaciones llevó al pensamiento cristiano a "interpretar" la escena del mundo, desde sus orígenes, como una revelación. La narración mítica del pecado original sirve de base a un dogma y los teólogos medievales, renovados en este punto por el concilio Vaticano II, llegan a hablar de la Iglesia como existente desde el justo Abel.

A la luz de la fe en Dios y en su Enviado, Jesucristo, la teología "interpreta" la realidad social para descubrir en ella, en su pecado y en su humanización, al Dios que "es el origen, guía y meta del universo", como nos lo presenta hoy san Pablo en su carta a los cristianos de Roma, y rastrear el designio divino sobre cada momento histórico. No se pretende con esto, en modo alguno, negar la autonomía de lo temporal ni olvidar que los valores humanos tienen consistencia en sí mismos. Mucho menos aún se persigue encerrar al Absoluto de Dios en una interpretación relativista y fugaz. El objetivo es otro. se intenta rescatar la fe de una formulación meramente abstracta, teórica, ideológica y de evitar que la condición de creyente sea vista exclusiva o primordialmente como un hecho individualista.

La fe no es una mera doctrina teórica de la salvación. La explicitación dogmática es sólo uno de los momentos, necesario, es verdad, pero no exclusivo. La ortopraxis es esencial a la cristiana: La doctrina reclama para su credibilidad la verificación de la praxis, y ésta a su vez, es control y descubrimiento de la ortodoxia evangélica.

A todo esto apunta el texto paulino que la liturgia nos brinda hoy. Caminos irrastreables los de Dios. Insondables sus decisiones. Abismal su generosidad, su sabiduría, su conocimiento. Nadie ha conocido "la mente de Dios". Nadie ha sido su consejero y nada tiene el hombre que de Él no lo haya recibido. Y, sin embargo, Dios "origen, meta y guía del universo", se



ha revelado y se revela en la historia para que los hombres interpreten los acontecimientos a partir del primero de ellos: El acontecimiento Cristo.

3.- Esta "interpretación" ha de ser crítica o, con expresión paulina, discernidora para asumir en la historia lo que en ella se produce de dinamismo, con miras a unos mayores niveles de dignidad humana, de libertad, de verdad, de justicia y de paz. El creyente ha de discernir en la historia de cada época por donde discurre y cómo se posibilita más la liberación de la colectividad humana.

La Palabra de Dios, la presencia permanente del Espíritu en el seno de la comunidad creyente y la autoridad jerárquica son "la llave del palacio de David" en expresión del profeta Isaías, o la llave del Reino de los cielos según el evangelio de san Mateo.

A quienes confiesan que Jesús es "el Mesías, el Hijo de Dios vivo", se les procura la comprometida comprensión de por donde discurre el designio divino en los acontecimientos de la historia. De aquí la voluntad transformadora de la realidad social que incumbe a todo creyente.

XXII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Mt 16, 21-27

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Jr 20,7-9

Salmo 62, 2-9

Rm 12, 1-2

Mt 16, 21-27

1.-El cristianismo no es una religión de actos, sino de actitudes. Y lo es así porque la fe en el Evangelio es un compromiso de la persona en cuanto tal con el mensaje de Jesús de Nazaret, y no sólo la adhesión intelectual a un sistema de verdades o de sabidurías. Lo es, además, porque --apurando quizá los términos-- el cristianismo no es una religión o religión. Las religiones se caracterizan por el intento del hombre de "hacerse con Dios", de granjearse su benevolencia y de alejar de la vida humana la intervención maléfica o vengativa de los poderes superiores. El cristianismo, por el contrario, es la aceptación de una iniciativa divina que ofrece al hombre la salud.

El creyente en Jesús no tiene que realizar esfuerzo alguno para "hacerse con Dios" y ganarse su benevolencia y escapar a sus iras. El Dios que en Jesús de Nazaret se presenta como salvador del hombre no reclama la realización de actos para conseguir su buena voluntad ni la ejecución de ritos para apaciguar sus enojos.

El Dios de Jesús es un Dios de salvación a partir del momento y hora en que Él, por amor al hombre, da el primer paso de acercamiento a los hombres para salvar a todos.

2.- Pero si no actos, el cristianismo si exige posturas, actitudes mantenidas, posiciones personales permanentes. Lo exige no por imposiciones legalistas, sino como derivación lógica y natural del cambio que el saberse salvados en esperanza estimula en el creyente el ofrecimiento de la salud. Por la fe con la que el hombre acepta la salvación de Dios, todo es "novedad" en la vida

del creyente: El tiempo, su persona, los demás, las cosas todas, la convivencia, el amor y hasta muerte adquieren un nuevo y cierto significado.

La condición de creyente no aleja al hombre desde su propio drama ni soluciona automáticamente problema alguno de la existencia; pero la certeza de que el drama de la vida tiene un desenlace de salvación y la seguridad de que los problemas no son planteamientos absurdos, sino "haber" humano que un día será perpetuado en la eternidad de Dios, lleva al hombre a "ver" la realidad de este mundo con ojos nuevos. De ahí toda esa larga teoría de las metáforas que, con referencia al "mensaje" y a los creyentes, hablan de la luz, de la sal, del camino, de la libertad, la verdad y la vida.

Todo sigue igual en la vida del creyente y del que no lo es; todo, menos el sentido y el alcance del vivir, y, en consecuencia, el estilo nuevo que inspira al quehacer humano. Todo igual, menos las posturas radicales del hombre ante la propia existencia, la existencia de los otros y la realidad de las "cosas"

3.- Somos creyentes en la medida en que la fe nos arrastra libremente a adecuar nuestras posturas, actitudes y criterios de valoración a las posturas, actitudes y criterios de Jesús de Nazaret. El evangelio de san Mateo nos convoca hoy a una serie de "despropósitos", y Pedro es llamado "Satanás" por el mismo Cristo cuando el apóstol se permite la osadía de querer convertir la postura de Jesús a su propia postura, nacida de carne y sangre.

¿No es "despropósito" el que Cristo proclame la necesidad de perder la vida para ganarla, frente a nuestro comportamiento carnal que trata de asegurar la vida a todo precio?

¿No es "despropósito" que se nos estimule a tomar la cruz de la existencia -símbolo de los supremos compromisos para la liberación de los hombres--, frente a nuestra tendencia natural al egoísmo y a pasar lo mejor que podamos, vueltos de espaldas a las urgencias de este mundo?

¿No es "despropósito" que se nos aguijonee a dar calibre al vivir, frente a la tentación de rodear de muchos bienes una vida que, por eso mismo, se hace inauténtica?

4.- Pablo, en su carta a los cristianos de Roma, prolonga esta misma enseñanza: "No os ajustéis a este mundo, sino transformados por la renovación de la mente, para que sepáis discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que agrada, lo perfecto."

Y este Dios incómodo, desmitificador, intranquilizante para nuestros criterios de carne y de sangre, es el Dios con el que lucha internamente el profeta Jeremías cuando dice: "Me sedujiste, Señor, y me deje seducir; me forzaste y me pudiste..."

La Palabra del Señor se volvió para mí oprobio y desprecio y todo el día... Pero la Palabra era en mis entrañas fuego ardiente, encerrado en los huesos... Intentaba contenerla, y no podía".

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Ez 33, 7-9

Salmo 94, 1-9

Rm 13, 8-9

Mt 18, 15-20

1.- Pocas lecturas bíblicas podrían urgir la responsabilidad profética del creyente con acento más grave que estas de la liturgia dominical de hoy. "Si tu hermano peca, repréndelo a solas..." dice Jesús en el texto evangélico de san Mateo".

"Te he puesto de atalaya en la casa de Israel..., les darás la alarma de mi parte... Si yo digo al malvado: 'Malvado, eres reo de muerte', y tú no hablas, poniendo en guardia al malvado para que cambie de conducta, el malvado morirá por su culpa, pero a ti te pediré cuenta de su sangre". Así se expresa, con enorme vigor, el texto del profeta Ezequiel.

En estos dos textos bíblicos se subraya una inasequible dimensión del ser creyente: la dimensión profética, entendida en este caso como responsabilidad de intervenir haciendo de conciencia crítica de la sociedad y de los individuos cuando aquélla y éstos se distancian del proyecto de Dios para la convivencia humana.

El creyente no puede enmudecer y tiene la gravísima obligación de alzar su voz para salir en favor de la persona humana y de las conviviencias responsable. Ante el mal y el pecado, ante la injusticia y el vilipendio de los derechos humanos que tienen su última raíz en Dios, el creyente no es libre de callar o de hablar, sino que sobre él pesa la grave responsabilidad de "reprender" y de no enmudecer.

2.- En la actualidad hay muchos que desearían borrar del diccionario cristiano el término "profeta", y más aún los que pretenden alejar de las comunidades cristianas el ejercicio del profetismo en cuanto denuncia de las estructuras injustas, de las normas inhumanas y abusivas, de las acciones basadas en odios y violencia.

Hay muchos, sin duda, que desean una Iglesia encerrada en las sacristías o dedicada a una vana y descomprometida profesión de fe; pero frente a esta numerosidad, la Palabra de Dios de los textos bíblicos de hoy nos recuerda a los creyentes que lo somos en la medida en que sabemos afrontar a los poderosos para renovar ante ellos la afirmación, acción de que no es lícito hacer caso omiso de los derechos fundamentales de la persona y de los imperativos requeridos para una convivencia social de reconciliación sobre la base de la justicia y de la solidaridad.

3.- El "profetismo" cristiano reclama unos modos y la consideración de unos ritmos. Deben cumplirse, ciertamente, y el texto de san Mateo los evoca al nivel de la sociedad de su tiempo. Pero, advertidos modos y tiempos, el "profetismo" es una dimensión irrenunciable de las condiciones del creyente, tanto en la jerarquía como en los demás miembros de la comunidad.

4.- San Pablo, en su carta a los cristianos de Roma subraya que la vocación del creyente es una vocación al amor a todos los hombres. Sería gran torpeza entender el amor cristiano como una renuncia a luchar por la

justicia y a salir en defensa de los derechos humanos. Se ama movilizando al explotado para que sacuda las cadenas del explotador. Y se ama al explotador con la denuncia valiente y comprometida de sus abusos. La opción por el hombre y por la sociedad da sentido al hecho cristiano. En la defensa y promoción del hombre se centra la atención de los "mandamientos". Y en el amor liberador para los explotados y vilipendiados, y en el amor crítico y denunciador ante los explotadores se comprende y resume "la ley entera".

XXIV Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Mt 18, 21-35

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Si 27,33-29,9

Salmo 102

Rm 14, 7-9

Mt 18, 21-35

1.- Poco gusta hoy --y puede que lo mismo haya ocurrido más o menos en otros tiempos-- las enseñanzas evangélicas sobre el perdón. La diferencia con los tiempos pasados tal vez estribe en que ayer el perdón resultaba difícil simplemente y en que hoy se lo considere como debilidad personal o como aun contraproducente para acabar con los opresores. Si perdonamos a quien nos violenta en nuestros derechos, ¿no estamos concurriendo al afianzamiento de los poderosos? Una cierta mal digerida o mal formulada "teología de la revolución" apenas deja lugar al perdón cristiano. Y una cierta mal digerida o mal formulada afirmación de la "dignidad humana" margina del horizonte contemporáneo toda voluntad de perdón. De ahí la escasa plausibilidad de esta enseñanza evangélica aun en el corazón de los mismos miembros de la comunidad cristiana. Y, sin embargo...

2.- Hay que decir, sin embargo, que la doctrina del perdón a los enemigos es uno de los capítulos mayores del Evangelio. Quien no se esfuerza en asumir esta enseñanza e inspirar su comportamiento en ella, difícilmente puede calificarse de cristiano. Sin voluntad efectiva y real de avanzar por el camino del perdón al enemigo, no hay un mínimo seguimiento de Cristo.

3.- La enseñanza de la Escritura --y ahí está la parábola del evangelio de san Mateo, que la liturgia nos propone hoy a nuestra meditación-- parte de una reflexión básica: El creyente se sabe necesitado del perdón de Dios, es consciente de que el perdón divino le rodea y le persigue por doquier. Y bien: ¿No sería un contrasentido que el creyente demandare el perdón de Dios para sus culpas y que, al mismo tiempo, se negare a conceder su perdón a quienes le han hecho mal? ¿Puede un hombre pedir perdón a Dios y no concedérselo a su enemigo? Es la pregunta que agudamente nos formula el libro del "Eclesiástico": "¿Cómo puede un hombre guardar rencor a otro y pedir la salud al Señor? No tiene compasión de su semejante, ¿y pide perdón de sus pecados?"

4.- Puede que al presente esté ocurriendo algo más antihumano que este

contrasentido de pedir perdón a Dios y no saber perdonar a los hombres: Que el hombre moderno, y aún el mismo cristiano, vaya perdiendo la conciencia de sus fallos éticos y la conciencia de sus propios pecados. Esta pérdida, que algunos podrían exaltar como expresión su suprema de libertad, puede convertirse a la larga en una tremenda esclavitud. Porque si ya no hay pecado, si ya no hay quiebra ética, tampoco hay lugar para el perdón entre los hombres y, en consecuencia, el único modo de acabar con el enemigo es la destrucción o la aniquilación de quien nos está causando una opresión o violación de nuestros derechos. En un mundo que llegare a perder la conciencia del pecado, sólo habría espacio para la aniquilación del más débil por el más poderoso. La pretendida libertad de toda ética nos conduciría a la esclavitud ante los más fuertes, individuos o masas.

5.- El hombre que perdona, por el contrario, está sin más afirmando que la convivencia humana se encuentra regulada por criterios éticos. El opresor hace caso omiso a esos valores; el que perdona subraya la supremacía de los mismos. Contribuye así a defender la vida y a restituir a la existencia una dimensión que fundamenta su grandeza y su dignidad.

6.- El que perdona opta, además, por creer en el hombre. El perdón al enemigo es, en definitiva, un acto de fe y de confianza en el hombre. Porque perdona con la esperanza de que el perdonado podrá reconsiderar su comportamiento inhumano y rehacer su existencia por caminos más convivenciales.

7.- El que perdona, por último, es un activista de la paz. Sabe que la opresión no se vence con la opresión ni la fuerza con la fuerza. Seguro de sus valores éticos y morales, cree en la fuerza de éstos y, al inspirarse en ellos ante el opresor, se está negando a admitir que la explotación del prójimo sea el criterio superior de la relación humana. El que perdona restituye al amor el puesto que ha de ocupar en la vida. Por eso está dispuesto a perdonar hasta siete veces siete.

XXV Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Mt 20, 1-16

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Is 55, 6-9

Salmo 144

Flp 1, 20c-24.27a

Mt 20, 1-16

1. Todo cuidado es poco a la hora de leer el texto evangélico de los jornaleros llamados a trabajar en la vendimia en distintas horas y que, al término de la jornada, perciben igual salario. Ante la conciencia contemporánea que busca ansiosamente comportamientos justos, el del dueño de la viña aparece como arbitrario. Surge espontáneamente, calificar de "injusticia" esta igual retribución salarial cuando las horas de la faena han sido tan diferentes entre unos y otros vendimiadores. Y quienes por un elemental respeto a la palabra de Dios no se atreven a formular tan duro

calificativo optan una vez más por renunciar a la comprensión del mensaje.

2. - Para una correcta comprensión de éste habrá que leer con atención el texto del profeta Isaías, primera de las lecturas de este domingo. Los pasajes del profeta y del evangelista se complementan. Afirman bajo tonalidades diversas que Dios es Dios de Salvación, que Dios solicita de continuo al hombre en orden a realizar en beneficio del mundo sus propósitos de salud, que la historia de la salvación del mundo se desarrolla con unos ritmos y unas cadencias cuya clave de interpretación se nos escapa. "Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos. Como el cielo es más alto que la tierra mis caminos son más altos que los vuestros; mis planes, que vuestros planes".

Pero, si el creyente no puede ambicionar entrar en posesión de esa clave, algo sí tiene muy cierto: Que el Dios de la salvación siempre y permanentemente está solicitando al hombre para obrar en él sus designios salvíficos. Bajo la parábola de una convocatoria a distintas horas del día, se nos dice que toda hora es hora de salud para el hombre y que la salvación será a la postre "salario" de cuantos hayan acogido la invitación del Dios salvador.

3.- En una perspectiva más histórica, la parábola plantea el tema de que en la nueva alianza ya no hay lugar a la existencia de un pueblo elegido. Jesús enseña en esta parábola que el proyecto salvífico de Dios prescinde de la antigua economía de un pueblo preferido sobre todos los demás. Parábola de lo que es el Reino de Dios, la afirmación central de la misma es que todos los hombres, no obstante sus diferencias, son igualmente llamados al final de los tiempos a la salud eterna. Es éste, sin duda, uno de los temas capitales del mensaje cristiano y una de las razones más básicas de la tensión que Cristo suscitó en su proclamación.

El ofrecimiento de salvación recupera su libertad ante la conciencia de los creyentes. La salvación no está exclusivamente vinculada ni a la elección de un pueblo ni a la mediación de una Iglesia y la pertenencia a aquél o a éste no es título alguno para reclamar privilegios y tratos de favor en orden a la salvación. Lo importante es aceptar la invitación en la hora y según las condiciones reales en que la misma llaga a cada hombre.

4. La pertenencia a la Iglesia de Jesús, si no es un título de superioridad sobre quienes no comparten el mensaje, si es razón de exigencia a "llevar una vida digna del Evangelio".

Las medidas de la respuesta humana al ofrecimiento salvador de Dios varían de hombre a hombre según las propias condiciones y circunstancias en que se reciba el ofrecimiento y se formule la respuesta; para el cristiano la medida está en vivir de modo coherente con el Evangelio. Y esto, además, no sólo como exigencia para la salvación, sino como aportación evangelizadora de cara al mundo.

Pablo, en su carta a los cristianos de Filipo, lo subraya con el testimonio de sus personales sentimientos. Desea entrar de lleno en la salvación que espera; pero desea al mismo tiempo, ser útil al mundo. Esta es la actitud correcta del verdadero creyente: mientras esperamos la salvación trabajamos por compartir la esperanza de salvación con todos los demás hombres, invitados como están también ellos a la herencia del reino.

XXVI Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Mt 21, 28-32

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Ez 18, 25-28

Salmo 24

Flp 2, 1-11

Mt 21, 28-32

1.- El tema dominante de las lecturas bíblicas de este domingo es el de la obediencia como donación total de sí mismo a Dios, cuyo modelo más perfecto es Cristo crucificado "obediente hasta la muerte".

La parábola de los dos hijos ilustra bien la verdadera obediencia: la del hombre frágil y pecador que arrepentido vuelve a Dios, y la falsa obediencia: hecha de formalismos y apariencias externas, pero que esconde una sutil rebelión interior. El creyente auténtico está llamado a vivir responsablemente su vida, convirtiéndose dócilmente día a día a la Palabra de Dios.

2.- El profeta Ezequiel se dirige a los israelitas exiliados en Babilonia que pensaban, de acuerdo a la teología tradicional, que su desastrosa suerte era la consecuencia fatal de muchos siglos de pecado de los antepasados. La generación presente estaría experimentando el castigo del mal cometido por las generaciones precedentes. Ezequiel proclama el principio de la responsabilidad personal de cada uno delante de Dios: "Si el honrado se aparta de su honradez, comete la maldad y muere, muere por la maldad que ha cometido. Y si el malvado se aparta de la maldad cometida, y se comporta recta y honradamente, vivirá". El profeta no niega el principio de la solidaridad que recordaba que cada uno era responsable de la vida de los demás, sino que lo complementa invitando a sus contemporáneos a vivir responsablemente de forma personal. Cada uno "morirá por la maldad que ha cometido". Ciertamente que el pasado siempre condiciona de alguna forma. Pero no es una herencia fatídica de la que uno no pueda liberarse, sobre todo cuando se cuenta con la acción de Dios que, según el profeta, no desea la muerte del malvado, sino "que se convierta de su conducta y viva". No es decisivo ni el pasado que el hombre ha dejado detrás de sí ni el mal que ha cometido en su vida, ni tampoco la "herencia" de mal que la sociedad le ha impuesto: es fundamental la respuesta de conversión que la Palabra de Dios exige a cada uno. Nadie está irremediabilmente perdido, ni nadie acumula méritos ante Dios. El "sí" de cada uno a Dios puede cambiar toda una vida, mientras que el "no" a la Palabra de Dios puede llevar irremediabilmente a la muerte y destruir todo un pasado de fidelidad.

3.- Pablo invita a la unidad en la humildad. La humildad evita las divisiones sectarias en la comunidad y crea la "unidad del Espíritu". Pablo la describe primero en forma negativa: "no obréis por envidia ni por ostentación", y después la presenta en forma positiva: "considerad siempre superiores a los demás". El gran ejemplo y el modelo por excelencia es Cristo, "siervo" obediente, tal como lo presenta el himno que sigue a continuación. Se trata de un himno poético probablemente de origen litúrgico. Aunque son

posibles otros análisis, parece preferible dividirlo básicamente en dos estrofas: humillación de Cristo y exaltación de Cristo. La pascua de Cristo es presentada de forma nueva y original, a través de un movimiento ascensional que va desde la humillación hasta la exaltación. El himno nos permite contemplar el doble rostro de la pascua, hecho de dolor y de gloria, de humillación y de salvación.

El misterio de la pasión-muerte de Jesús es aniquilamiento, "condición de esclavo", ocultamiento de Dios: Cristo, siendo de "condición divina", "tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos". Su humillación llega hasta el extremo cuando "se hace obediente hasta la muerte y una muerte de cruz". La muerte en la cruz, en efecto, es la expresión suprema de la humillación en el mundo romano: es muerte propia de esclavos y de extranjeros. Contemporáneamente la pasión-muerte de Jesús es riesgo positivo, triunfo, resurrección y glorificación, salvación plena y "nombre divino": la segunda estrofa del himno pone de manifiesto que la exaltación es la respuesta de Dios a la humillación libremente aceptada por Cristo obediente hasta el final.

Dios exalta a su Cristo, a través de la acción simbólica de la concesión de un nombre, no de un nombre personal (Jesús) que ya tenía en su humillación, sino de un "título" que expresa la nueva condición de Cristo glorificado por encima de todos los seres. La concesión de ese título no se realiza en la intimidad de Dios sino en público y tiene como objetivo que Jesús sea reconocido como el Señor, que expresa su gloria y su soberanía divina. La obediencia del Mesías Jesús, vivida con absoluta libertad, es el modelo de la obediencia del creyente.

4.- El evangelio de los dos hijos, invitados por el padre a trabajar en su viña, presenta en forma paradójica y sorprendente, tanto la obediencia como la desobediencia.

Al terminar la parábola Jesús preguntó a su auditorio: "¿Quién de los dos hizo lo que quería el padre?, todos respondieron: "El primero".

Efectivamente, el primer hijo, exteriormente indisciplinado y rebelde, se arrepiente y se decide a ir a trabajar a la viña; en cambio, el segundo, aparentemente dócil y disciplinado, asegura que irá a la viña pero al final no va. Detrás de la máscara de bondad y de sumisión del segundo se esconde en realidad una sutil rebelión interior; mientras que la aparente actitud de obstinación y de rebeldía del primero se transforma en obediencia vital y ejemplar. El hijo que no va a la viña, a pesar de haber afirmado que iría, representa a los fariseos de todos los tiempos, a los hipócritas que tienen la ley de Dios en la boca pero que son rebeldes en el corazón y en la vida, son los "sepulcros blanqueados" satisfechos de sí mismos pero llenos interiormente de maldad y orgullo. El hijo que va a la viña, a pesar de haber dicho que no iría, representa a los que no han caminado según la ley de Dios y han vivido lejos del Señor, simboliza a "los publicanos y las prostitutas" y a los pecadores y alejados de todos los tiempos. Para ambos hijos resuena la voz de Dios a través de Cristo, llamándolos a la conversión, al compromiso radical y nuevo para trabajar en la viña. Sin embargo, paradójicamente los "buenos", los que tienen siempre la religión y la ley en la boca se vuelven rebeldes, mientras que "los rebeldes", reniegan de su pasado, se arrepienten y se encaminan para trabajar en la viña que hasta ahora habían descuidado.



5.- La obediencia de Cristo se contrapone la falsa e hipócrita obediencia del hijo aparentemente dócil pero en realidad rebelde; por otra parte, la obediencia del Señor supera la obediencia costosa pero real del hijo aparentemente rebelde pero al final generoso. Cristo obediente, por tanto, es el modelo del discípulo llamado a "trabajar en la viña". La obediencia auténtica es sólo la de Jesús, expresión suprema de toda obediencia. El evangelio de hoy nos invita además a evitar los juicios superficiales que a veces hacemos de los otros. La medida del valor auténtico y escondido de cada persona está sólo en las manos de Dios que ve el corazón. ¡Cuántos sepulcros blanqueados de aparente obediencia esconden la muerte y el vacío! Las hermosas palabras revestidas de bondad y de religiosidad no obtienen la salvación. Por eso es importante recordar hoy la invitación de Jesús a no juzgar para no ser juzgado. El creyente está llamado a esperar y confiar en la bondad de cada persona, a imagen de Dios mismo que se fía de cada uno, ofreciendo a todos la posibilidad devolver a él.

XXVII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Mt 21, 33-43

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Is 5. 1-7

Salmo 79

Flp 4,6-9

Mt 21, 33-43

1. Cada etapa histórica de la humanidad tiene una configuración diversa y, por tanto, una responsabilidad distinta. No podríamos exigir al hombre medieval lo mismo que hoy planteamos como exigencia obvia a un contemporáneo. El cambio de sensibilidad --lo que los filósofos de la historia llaman "subida de conciencia"-- obliga a la humanidad actual a no contentarse con respuestas morales que quizá hasta ayer eran válidas, pero hoy empiezan a no serlo.

Pero lo que si queda claro es que en toda época y en toda cultura los hombres somos responsables de nuestros propios hechos y que alguien nos exige ahora y nos exigirá después una cuenta exacta de cada uno de nuestros actos, sin que podamos refugiarnos, como atenuante en la atmósfera colectiva o en las presiones de la sociedad en que vivimos.

2.- Todo esto nos lo planteamos al volver a releer y meditar la parábola del dueño de la viña y de los labradores homicidas. Me impresiona el primer párrafo: El propietario hizo de su viña lo que hoy definiríamos una "explotación modelo". La plantó con gran amor y esfuerzo. La arrendó --y subrayo, no la vendió-- a unos labradores y se fue. Insisto: Dejó hacer. Lo que el dueño de la viña hace con ella, el profeta Isaías lo expresa con bellas palabras poéticas: "La entrecavó, la descantó y plantó buenas cepas; construyó en medio una atalaya y cavó un lagar". Una bella descripción de toda la dedicación y afecto del dueño de la viña para su plantación. Todo está preparado para que de buen fruto.

En menos palabras no puede parabolizarse con mayor rigor nuestra situación histórica: el hombre recibe "en alquiler", no en propiedad, la

creación. Dios "se ausenta", es decir, respeta los márgenes de nuestra libertad, de nuestra iniciativa, de nuestra autonomía. Este es el momento peligroso. Viene la locura de la posesión, la falsa idea de que nadie jamás nos pedirá cuentas porque el dueño está lejos y quizá no vuelva nunca. Es el espejismo que ciertas cosas provocan en la conciencia: el dinero, el poder, el prestigio, el orgullo. Dios, el dueño de la viña "está de viaje", lo hemos marginado para siempre de nuestro quehacer.

3.- Pero el dueño anuncia su regreso y la hora de rendir cuentas. Hay también una pedagogía sabia en su anuncio gradual: llegan los criados por dos veces. Después, el Hijo; al final, en la hora de la obcecación final, llegará Él. Emborrachados por la violencia, por el desenfreno del poseer, por la fuerza, los arrendatarios olvidan todo, hasta su propia condición. Y corre la sangre. Una sangre que se volverá contra los homicidas irremisiblemente.

4.- Somos administradores de la viña de Dios. Él la plantó con gran amor y esfuerzo. Hemos dicho que cada época tiene su propia responsabilidad. Y repito que cada época recibe también, de forma diversa, los anuncio de la vuelta del Dueño de la viña. Hay que estar atentos. No estamos aquí para explotar la viña en beneficio nuestro. Sólo somos arrendadores. Y un día -- quizá-- no lejano se nos pedirán cuentas. Dios nos llama a trabajar, a ser servidores de nuestros hermanos, a ser buenos administradores. Él espera de nosotros, de nuestro trabajo "derecho" y "justicia", ante tantos y tantos "asesinatos" y "lamentos".

XXVIII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Mt 22, 1-14

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Is, 6-10a

Salmo 22

Flp 4, 12-14.19-20

Mt 22, 1-14

1.- En un tipo de sociedades formalistas el traje alcanzó --y alcanza todavía hoy-- una importancia definitiva. No se trata, naturalmente, de una cuestión caprichosa, sino de un reflejo condicionado que deduce del aspecto exterior la interpretación interior de una persona o de un grupo social. Esta norma se observaba de forma muy estricta hasta hace tiempo; hoy, cambiado de signo el estilo social, existe el peligro de caer en el extremismo contrario: El cultivo sistemático del no-traje o del traje deteriorado como expresión de una actitud. Creo que, admitida una lejana capacidad de indicio a través del vestido, la persona es mucho más compleja que los cuatro trapos que puede llevar o no llevar. No se es progresista por ponerse una vaqueros y dejarse crecer la barba ni se es conservador por vestir un traje de impecable corte y hechura. La experiencia lo demuestra a diario. Afortunadamente.

2.- Suponemos que esta elementalísima reflexión sobre el traje nos sitúa en

buena perspectiva para interpretar la cifra que nos viene dada a través de la parábola del invitado, que fue expulsado del banquete por no llevar traje de fiesta. Al menos nos evitaría el peligro de pensar que se trata de un problema de protocolo o de rigorismo en la etiqueta. La boda no se celebraba en un restaurante de cinco tenedores ni los invitados eran un grupo de tecnócratas. Venían de las calles y de los caminos; había sido seleccionado sin problemas de indumentarias. Todos han sido invitados a compartir un banquete de "manjares suculentos y vinos de solera". Es el banquete de la vida y de la salvación. Todos son invitados. Pero algunos invitados rechazan la invitación. Son los desagradecidos, los satisfechos, los cómodamente instalados. "Venid a la fiesta!", nos dice a todos el Señor. Pero hace falta participar del banquete con el traje de fiesta.

3.- El símbolo del traje de fiesta es válido si tenemos en cuenta que el traje no es aquí más que una traducción obvia de una actitud interior. Al invitarnos Dios a ser cristianos nos exige una transformación radical, un desnudamiento íntimo de todas nuestras adherencias menos nobles. Nos quiere hombres nuevos, diversos, marcados a fondo por un nuevo principio vital que va más allá de toda frontera de pueblo, cultura, raza, condición social. Dios nos invita a todos, aunque nos encontremos en los caminos, en las encrucijadas; aunque no seamos de los "primeros convidados". Pero nos quiere distintos, transformados, "con traje de fiesta". Es la idea que recoge san Pablo cuando escribe a los romanos: "Vestíos del Señor Jesucristo".

4.- El único traje de cristianos debe ser justamente ése: Jesucristo. Un único traje para toda la vida, del que desgraciadamente nosotros muchas veces cambiamos al menos la chaqueta. Pero debemos tener bien en claro que cualquier otro vestido, por muy atractivo que sea, no nos valdrá para sentarnos un día en el banquete del Reino.

XXIX Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Mt 22, 15-21

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Is 45. 1,4-6

Salmo 96

1Ts 1, 1-5b

Mt 22, 15-21

1.- "Pagadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios". Con esta afirmación, tan traída y llevada a lo largo y ancho de la historia de la Iglesia, se cierra la discusión de Cristo con un grupo de sus enemigos, convertidos, para ponerle en un aprieto, en improvisados alumnos de su enseñanza. La respuesta que Jesús da a la pregunta capciosa nos puede ayudar a encontrar caminos de actuación en nuestra vida.

"¿Es lícito pagar impuesto al César o no?", le preguntan. Y Cristo, tras haberles pedido una moneda oficial con la efigie del César y la inscripción que destacaba su autoridad, sentencia que el mundo de la política, de lo social, de la economía y de la cultura es autónomo, dejado por Dios a la creatividad humana; con un límite, sin embargo; siempre y cuando la

ordenación de lo temporal no contradiga el designio de Dios sobre el mundo. Responsables exclusivos de la mejor o peor marcha de la sociedad, los hombres no pueden olvidar en su gestión terrena que hay en el Evangelio una imagen de hombre, de convivencia social y de utilización de los bienes de este mundo que ha de ser tenida en cuenta para que los valores de la dignidad humana, de la igualdad de todos, de la libertad, de la justicia, de la paz, de la solidaridad y de la fraternidad no sufran menoscabo o desprecio.

2.- Aquí se inscribe toda la actividad de la Iglesia. Esta se sabe urgida a proclamar el Evangelio a todos los pueblos no por un afán de poder y dominio, sino porque advierte en el mensaje una sabiduría superior para la promoción y defensa del hombre, para la orientación de las relaciones sociales y para la justa y acertada utilización de los bienes terrenos en beneficio no de unos cuantos aprovechados o de unos pocos poderosos, sino de la totalidad de la familia humana. La Iglesia se lanza a la misión universal, convencida de que el Evangelio es útil para, entera la autonomía de lo temporal, inspirar un estilo de comportamiento terreno capaz de conducir al mundo por caminos de la justicia y de la fraternidad. De ahí que donde haya hombres tenga la Iglesia que proclamar a tiempo y destiempo un Evangelio que es "verdad, camino y vida" para el mundo.

3.- Este radical convencimiento de la Iglesia, expresado en la audacia misionera, nos es por demás oportuno para disipar el pesimismo y aun el complejo de inferioridad que padecen hoy muchos creyentes. Consciente o inconscientemente, hay creyentes que desconfían de la actualidad del mensaje evangélico. Otros humanismos, incluso materialistas y ateos, parecen ganarle la partida. Frente a esta frustración, el testimonio de una Iglesia que se lanza a todos los pueblos resulta reconfortante y es capaz de despertar dinamismos y renuevos. Por eso, en esta hora de urgente renovación de las comunidades cristianas, la apertura de éstas a la misión universal puede ser un factor decisivo para devolver ánimos y alegrías a muchos desalentados y quejumbrosos. Servimos a las misiones; pero las misiones, en justa correspondencia, nos sirven al darnos una nueva confianza en el valor del Evangelio para el hombre de hoy y para la sociedad de nuestros días.

4.- Además, las misiones garantizan nuestra voluntad de renovación cristiana. Nos hacen fijar los ojos y la atención en los problemas graves, de fondo, auténticos, cuando a todos nos ronda la tentación de enredarnos en pequeñas cuestiones domésticas. Hay que renovar la Iglesia, sin duda; pero hay que acertar en los verdaderos objetivos de esta renovación. Y la comunidad cristiana que se compromete en la misión universal encontrará en esta responsabilidad una suprema garantía de proceder a una renovación sustancial, fuerte, profunda. Las misiones no permiten "juegos" renovadores. Fuerzan y garantizan una renovación a fondo y permanente.

XXX Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Mt 22, 34-40

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Ex 22, 20-26  
Salmo 17  
Mt 22, 34-40

1.- En los momentos de confusión --y no podemos excluir los nuestros de esta calificación-- es importante aquilatar lo esencial y relativizar todo aquello que no guarda relación directa con el núcleo de las cosas o de los acontecimientos. Nadie en plena tormenta de altamar pierde su tiempo en rematar la decoración interior de un barco si pelagra la línea de flotación. Debe salvarse lo importante, aunque se pierda lo accesorio.

Muchos cristianos de esta hora sufren la zozobra del cambio y se sienten desorientados, la borra del mareo y de la pérdida de equilibrio. Se han oído tantas cosas, tan diversas unas de otras y pronunciadas con un igual énfasis de autoridad, que ya nadie sabe a qué atenerse. Toda una vieja y concienzuda estructura tradicional se siente resquebrajada y amenazada por la piqueta de la renovación. Pero no se sabe muy bien por dónde debe comenzar el desmonte y, sobre todo, dónde debe detenerse sin que peligre la estabilidad del edificio.

Surge entonces la necesidad de ordenar las ideas y de no abandonarse a un afán demoledor. Y, casi al mismo tiempo, no faltan los que ofrecen respuestas insuficientes o simplistas, cura-lo-todo que se prestan a poner calma a las conciencias inseguras. Es evidente que un repaso al catecismo de la infancia no resuelva nada en serio si se aspira a una maduración de la fe y no a un raquitismo permanente; la "fe del carbonero", por muy respetable que sea, no es más que un primer paso indispensable. El excesivo afán de "seguridades" puede hacernos cerrar excesivamente los ojos; pero los párpados cerrados no aclaran la visión.

2.- La situación en tiempos de Jesús, era similar. El judío observante se sentía perdido en un bosque de preceptos --un sistema legal que había llegado a codificar 613 mandamientos (365 negativos y 248 positivos---- presentados cada uno como imprescindibles y sin jerarquizar. La pregunta sobre el mandamiento principal de la ley era terriblemente capciosa. Para responder, Jesús cita un texto que todos los judíos conocían de memoria, porque se encontraba al principio de la oración del "Shemá, Israel", que se recitaba en muchas y muy diversas ocasiones. En línea con la tradición deuteronomística, Jesús sitúa el amor a Dios en el primer lugar de las obligaciones del creyente: amor absoluto y totalizante. Por otro lado, Jesús no se detiene en la respuesta estricta de la pregunta, sino que añade una segunda parte: el amor al prójimo. La respuesta es una síntesis nueva de la ley; dos amores, a Dios y al prójimo, situados en un mismo plano. Se marginan, pues, cientos de preceptos secundarios, de prescripciones rituales, de monsergas legalistas y --subrayémoslo-- se hacen inseparables los dos mandamientos básicos. Es una perspectiva diferente: lo esencial no es catalogar la ley, sino interiorizarla, convertirla en actitud personal.

3.- Ahora bien, esta esencia del cristianismo se traduce en gestos y actitudes concretas. Amar es lo más importante y lo único importante. Es el corazón y el centro de la vida cristiana. es lo que hace a la persona más persona. Como Dios en Cristo se ha manifestado respecto a los hombres, así también el amor del discípulo de Cristo es indulgente, benévolo,

desinteresado, disculpa y soporta todo. Y el amor al prójimo implica, necesariamente, respetar sus derechos, especialmente de los más débiles y desamparados de la sociedad, que son emblemáticamente --ayer y hoy-- los inmigrantes, pobres, huérfanos y viudas. Cada uno tenemos que deducir las oportunas y lógicas consecuencias. Ninguna ética es más simple y transparente que la cristiana.

XXXI Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

1 Ts 2,7b-9.13

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Mal, 1, 14b--2,2b.8-10

Salmo 130

1 Ts 2,7b-9.13

1. La primera y tercera lecturas de este domingo están bien enlazadas por las advertencias que Jesús hace sobre cómo no quiere Él que sea el ministerio sacerdotal en su Iglesia. En la primera lectura se hacen duras advertencias para quienes, con la legítima razón de servir a Dios y al pueblo, se hubieran distinguido a sí mismos hasta separarse del pueblo. Fijémonos en esa temible amonestación: "Yo os haré despreciables y viles ante el pueblo, por no haber guardado mis caminos y porque os fijáis en las personas al aplicar la ley". Es una acusación que Dios mismo dirige a su pueblo.

¿Hemos caído en este pecado? ¿No será por eso que nuestro pueblo ha perdido el respeto a lo que el mismo pueblo considera sagrado?

En la segunda lectura, de la carta a los cristianos de Tesalónica, san Pablo, que era un magnífico ejemplo de lo que debe ser un apóstol de Cristo, desarrolla la idea de lo que debe ser quien se presenta como predicador y testigo del Evangelio de Cristo. ¿Hemos tratado con amor maternal a las ovejas de Cristo? ¿Hemos hecho todo lo posible por no ser gravosos a quienes anunciamos el Evangelio de Dios? ¿Permanece operante la Palabra de Dios entre nuestro pueblo o se ha convertido en noticia vieja, aguada, rutinaria, sin fuerza, por culpa nuestra o del antitestimonio que damos con nuestra vida? ¿Es nuestra Iglesia como la quiere Cristo o es nuestra Iglesia justamente como Él no la quería?

2.- Ante todo el ministerio sacerdotal se destaca como un servicio al hombre concreto y como una denuncia de las injusticias que dividen a los componentes de un mismo pueblo. Si las afirmaciones tienen en cuenta el ministerio sacerdotal propiamente dicho, no se puede olvidar que, en la Nueva Alianza, todos los bautizados participamos del sacerdocio del Señor Jesús. A todos los creyentes nos afecta, por eso, la recriminación del profeta.

Desobedecer a Dios, oscurecer su gloria, alejarse de sus caminos, hacer de la ley tropiezo para la vida, rodear de privilegios a unos y negar el derecho que en justicia se debe a otros, tales son los crímenes que contradicen las exigencias de una actuación sacerdotal según el criterio de Dios. El Señor es desobedecido y su gloria oscurecida cuando el cristiano olvida que todos los hombres tenemos un único origen en el amor paterno de Dios; la ley se

convierte en piedra de escándalo y la alianza queda invalidada cuando se utiliza para favorecer a los prepotentes y humillar más y más a los débiles; los caminos del Señor quedan a un lado cuando el hombre explota al hombre y el cristiano participa de esa explotación, se beneficia de ella, cierra su boca ante las injusticias.

3.- El crimen alcanza mayor importancia cuando quien lo comete esta revestido de autoridad en el grado que sea: los padres en el hogar, los jefes en las empresas, los educadores en el colegio, los oficiales en la administración pública, los políticos en el parlamento, los obispos en sus diócesis o los sacerdotes en sus comunidades parroquiales. "El primero entre vosotros será vuestro servidor". Para la conciencia cristiana, toda superioridad es convocatoria a un mayor servicio. No es más ni se ocupa mayor puesto de autoridad para beneficio propio ni complacencia personal, sino para una entrega más denodada en servicio de los otros, a comenzar por los más débiles. Cuando falta esta particular atención a los más marginados, mucho es de temer que la autoridad haya declinado de su cualidad de servicio. Si el débil no nos solicita con prioridad, algo funciona más en nuestras vidas desde un punto de vista cristiano.

4.-Y por lo que hace al ejemplo del Apóstol, lo importante no consiste en la mera copia y reproducción de su trabajo manual, sino en lo que él mismo subraya: en la entrega total y absoluta de su persona al ministerio evangélico. Las circunstancias de la comunidad y del propio sacerdote aconsejarán uno u otro módulo de vida; pero lo requerido en toda hipótesis es un amor, un cariño, una ternura cual "de madre que cuida de sus hijos", que lleve al sacerdote a una entrega servicial incondicionada. Así es la solicitud de Dios para con el mundo. Quien asume ser proclamador del Evangelio tiene que transparentar las cualidades del amor de Dios a los hombres. Su proclamación será entonces no de palabra de sólo hombre sino Palabra de Dios.

XXXII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A  
Mt 25, 1-13  
Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Sab 6, 13-17  
Salmo 62Ts 4,12-17  
Mt 25, 1-13

1. Existe en toda la Iglesia como un renuevo de optimismo o, mejor, como una colectiva voluntad de renovar el impulso de la fe cristiana. El complejo de inferioridad de muchos cristianos comienza a verse superado. Este dato, todavía muy inicial y falto de sólidas raíces, ha estado motivado, sin duda, por la gran personalidad que tuvo Juan Pablo II, el Grande. Por otra parte, el papa Benedicto XVI, a través de su intensa catequesis en todos los ámbitos de la Iglesia ha sabido, en el orden intelectual y cordial, acercarse a las corrientes de pensamiento del mundo moderno y a los dolores y gozos del hombre de hoy. El magisterio de nuestro Padre y Pastor quiere que la Iglesia sea la "buena samaritana" para el mundo de hoy.

2. ¿Qué hay detrás de todo esto? Hay, en primer lugar, una clara asunción de las actitudes afirmadas en el texto evangélico de san Mateo, tercera de las lecturas bíblicas de este domingo. Se trata de una de las actitudes de alerta vigilante, de disponibilidad en todo momento, de renovación frente a las tentadoras rutinas. Son numerosos los creyentes que aparecen y se sienten como cansados de serlo. Y no es fácil para nadie, o al menos para los más, la inspiración cotidiana de la vida en el Evangelio. No es fácil navegar contra la corriente de los criterios dominantes en la sociedad de hoy, tantas veces antípodas a los de la Palabra. Y menos fácil es aún el mantenerse en la brecha, día tras día, cuando la eficacia del Evangelio para la renovación del mundo aparece como humillada y débil ante el ímpetu victorioso de sistemas políticos, sociales o económicos, propios de nuestro tiempo. ¿Vírgenes necias, adormiladas y sin recursos de aceite hasta la llegada del esposo? ¿Vírgenes prudentes, que sienten en sus párpados la fatiga, el cansancio, pero que saben echar manos de los recursos requeridos para despabilar las lámparas de su fe, de su esperanza, de su caridad? Toca a cada uno de los creyentes el alinearse con una u otra de las categorías expuestas por la parábola del Señor.

3.- Frente a la tentación de la rutina y del desánimo, del cansancio y de la dimisión, el creyente ha de recurrir con constancia a la oración, a la meditación de la Palabra de vida, al intercambio de criterios y de experiencias con los demás miembros de la comunidad, a la frecuencia de los sacramentos. Todo esto puede sonar a muy "retro" o a muy poco intelectual; pero ¿es posible seguir siendo cristianos sin el recurso a estas providencias? El salmo 62, que la liturgia dominical pone a nuestra consideración, tiene que servirnos hoy como de horizonte para nuestras vidas. "Mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua" ¿De verdad que es esta nuestra experiencia?

XXXIII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Mt 25, 14-30

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Pr 31, 10-13, 19-20,30-31

Salmo 127

1Ts 5, 1-6

Mt 25, 14-30

1.- "Tan importante es el hombre de su desarrollo como de su salvación". Esta frase, tomada literalmente de la encíclica "Populorum progressio" y marca un criterio de radical alicurnia evangélica. La salvación que el hombre espera y hacia la que se siente llamado a pesar de todos sus desvíos y superficialidades está condicionada a su realización como hombre. Sólo aquel que, durante el paso por la tierra, haya agotado todas sus gotas de sudor y quemado sus manos con el esfuerzo del trabajo para levantar sobre las ruinas de los egoísmos y de los odios un mundo de justicia y fraternidad, sólo aquél podrá en la plenitud de los tiempos asumir la salvación que Dios dispensa a los hombres.



2.- En el Evangelio se habla de las cuentas que el hombre ha de rendir a Dios. La página del evangelio de san Mateo es muy más que elocuente a este respecto. "Parábola de los denarios", decimos con esa fácil catalogación a que solemos someter los hombres los capítulos inspiradores de todo un modo de concebir la existencia. Llamamiento a la responsabilidad, urgente, apremiante, exigente, habría que decir con mayor precisión.

Para el Evangelio, la vida del hombre ha de ser entendida como una responsabilidad de fructificación, de operatividad, de eficacia, según la distinta medida de cada cual y de cada época histórica. La negligencia y la holgazanería no tienen cabida en la esfera cristiana. No la tiene el que se declara empleado inútil y el que por mediado a cometer torpezas y equivocaciones, opta por la pasividad y el total de las seguridades. El creyente en Jesús de Nazaret no tiene que escaparse de este mundo, sino comprometerse en su aventura. El Evangelio ha de ser para el creyente una inspiración de cómo realizarla, pero no un sedante o una invitación a menospreciar lo mundano por su esperanza en lo celestial.

3.- En esta misma línea discurre el texto de san Pablo a los cristianos de Tesalónica. Hay quienes patrocinan paz y seguridad a cualquier precio y a toda costa. Frente a ellos, el criterio cristiano de que Dios es sorprendente y la suya, una actuación que nos arrebatara las seguridades carnales para lanzarnos hacia la construcción siempre renovada de la justicia y la solidaridad por los caminos de la libertad, de la igualdad de dignidad y derechos entre todos los hombres.

4.- Todo esto, con ser tan elemental, ha de ser recordado permanentemente. Está en juego toda una visión de lo que es creyente en Jesús de Nazaret. Por desgracia, la referencia del cristiano a los valores eternos ha llevado a no pocos a entender su vocación como alejada de la caducidad del tiempo. El juicio evangélico es, sin embargo, muy otro. "Comerás del fruto de tu trabajo" y la promesa de salvación de Dios sólo será operante en quienes "hayan seguido sus caminos".

Solemnidad de Cristo Rey del Universo  
XXXIV Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A  
Mt 15, 31-46  
Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Ez 34, 11-12. 15-17  
Salmo 22  
1Co 15, 20-26.28  
Mt 15, 31-46

1. Los textos bíblicos de la solemnidad de Cristo Rey, que la liturgia católica celebra hoy, son un revulsivo inquietante. ¿Allá es nada redefinir la realeza desde el pastoreo y subrayar que la autoridad, entendida desde la fe cristiana, ha de traducirse en reunir en un rebaño a las ovejas dispersas, en librar a la grey de todas las oscuridades, en vendar las heridas de las que estén enfermas, en proteger y cuidar a todas las que han sido confiadas a su solicitud!

El profeta Ezequiel define con estos rasgos la acción de Dios cara al hombre, a todo hombre; y, al precisar con estas luces lo que es la soberanía de Dios sobre el mundo, apunta a cómo ha de ser el ejercicio de la autoridad si de verdad quiere inspirarse en el designio de Dios. ¡Qué lejos quedan los sonos triunfalistas con que, a veces, la comunidad cristiana ha celebrado la realeza de Cristo!

En lugar de aprender desde la actuación de Dios para con el hombre el estilo que ha de tener todo ejercicio de autoridad entre los hombres, no en pocas ocasiones los creyentes hemos entendido la autoridad divina desde los conceptos que definen habitualmente a las autoridades terrenas. Se trata de una inversión alucinante que deja sin razón de ser el Evangelio o, lo que es peor, que manipula la buena nueva para canonizar determinados comportamientos carnales.

Para el creyente, la autoridad se especifica por el servicio, por la permanente persecución de lograr la paz ciudadana a través de la justicia social, por la particular dedicación a los marginados y humillados, por la clarificación de las situaciones que a todos interesan, por hacer que todos compartan las decisiones a las que todos deberán responder... Así, al menos, se caracteriza el pastor-autoridad en la profecía de Ezequiel.

2.- El evangelio de san Mateo abunda en estos mismos criterios al subrayar cómo la participación en los destinos de la sociedad es lo que constituye al hombre ante los ojos de Dios. La fe no es para la complacencia personal, sino para la responsabilización social. Creyente no es el que se afirma tal, sino el que comparte el pan y el vestido con los que de pan y vestido carecen. La salvación no se concede al que dice desearla, sino al que actúa justa y fraternalmente con los hombres que un día compartirán el comunitarismo de la salud de Dios. El seguidor de Jesús no se perfila desde su exaltación religiosa, sino desde su actuación misericordiosa.

Para el evangelio de san Mateo es clara la existencia de "creyentes ateos" y de "ateos creyentes", como lo es también que la piedra de toque de la autenticidad de la ortodoxia está definida por la verificación de la ortopraxis. No el que dice, sino el que hace según el designio de Dios, ese es el verdadero creyente que madura para la hora de la salvación. Cristo es Rey porque salvará al hombre que, desde la fe y sin saber que tiene fe, ha actuado en la vida de acuerdo con el Evangelio.

3.- Hay aquí un desafío para el creyente. Y más cuando se le implica en un largo proceso histórico. San Pablo, en su carta a los cristianos de Corinto, subraya como la realización del proyecto cristiano no es obra de la mañana a la noche, sino de una permanente e incansable actuación con miras a un futuro mejor, cuyo advenimiento se ignora. La plenitud del Reino se alcanzará en la plenitud de los tiempos. Mientras tanto, al hombre le corresponde actuar sin desmayos, consciente de su aportación al designio divino, pero sin exigir que la transformación del mundo se logre en un abrir y cerrar de ojos.

LA EXALTACION DE LA SANTA CRUZ

Jn 3, 13-17

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Nm 21, 4b-9 Salmo 77, 1-38

Flp 2, 6-11

Jn 3, 13-17

1. La Santa Cruz no es un tema para hablar, sino un grito de amor de Dios, y a la vez una llamada de Dios a que lo amemos. En la Cruz muere Jesús proclamando su sed de que lo amemos. Allí. Él nos revela que Dios es Amor eterno e infinito. Como todo amor, por ser amor, desea ser correspondido y sólo en ser correspondido encuentra la felicidad. Pero me atrevo a decir que el Amor de Dios, por ser de Dios, lo desea aún más.

Dios es, sí, amor eterno e infinito. Pero, por eso mismo, es también deseo eterno de ser correspondido. Deseo de ser amado por nosotros, anhelo eterno de que le correspondamos su amor con amor. Él, que nos ama, desea nuestro bien y nuestro bien está en amarlo, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas.

Ese misterio del Dios deseoso del amor de sus criaturas, se manifiesta en el grito con que muere en la Cruz, ¡Tengo sed! pidiéndonos que saciemos su sed de amor, de nuestro amor, ya que muere dándonos el suyo: "E inclinando la cabeza entregó su Espíritu".

La Cruz es pues un grito de amor divino que reclama nuestro amor.

2. Los creyentes de todos los tiempos estamos expuestos también a la fascinación de discursos, aún de apariencia religiosa, piadosa, teológica, pero que de hecho nos distraen y nos hacen apartar los ojos de la fe de Jesús Crucificado.

Es un vicio desgraciado y muy extendido en nuestra cultura religiosa, que reduzcamos a términos razonables la locura divina. La divina pasión que, como dice la carta a los Hebreos, Jesús expresó en la Cruz: "con poderoso clamor y lágrimas"

A veces miramos la Cruz sin verla o hablamos de ella como si fuera algo natural. Casi como si nos fuera debida y no tuviéramos que asombrarnos de que un Dios haya querido morir por mí en ella.

Hemos de confesar que nos habituamos a mirar la Cruz. No sólo porque dejamos de estremecernos de horror ante la tortura del Dios inocente en ella, sino porque dejamos de asombrarnos ante ella, dejamos de sentirnos abrumados, apabullados, aplastados por el peso de tanta gloria derramada sobre tanta indignidad.

3. La cruz no es un producto muy cotizado en nuestros días. A inicios del tercer milenio, lo que más se busca y anhela es el bienestar, el placer. Y sin embargo, muchas veces nos encontramos con hombres y mujeres, hastiados, incluso heridos, por la vida. Personas que lo han disfrutado todo, lo han experimentado todo, y sin embargo son seres profundamente infelices.

Nos hemos olvidado del signo del cristiano, que es la cruz. La hemos domesticado. No nos impresiona. Incluso es un adorno para nuestras casas o nuestro cuerpo. Y precisamente ahí, en ese olvido de la cruz, está el inicio de nuestro vacío interior.

Cristo enunció claramente la ley de la fecundidad en la vida: "Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo... pero si cae en el surco, dará mucho fruto". Pero la pura idea de pudrirnos en el surco muchas veces nos

causa miedo, desasosiego interior. Somos hijos de nuestro tiempo... pero también somos hijos de Dios y hermanos del Crucificado...

Ahora bien, la cruz y la abnegación en nuestra vida no pueden quedarse en poesía e ideas abstractas. En realidad, seguir a Cristo por el camino de la cruz significa renunciar al propio proyecto, a menudo limitado, para acoger el de Dios. Es decir no a nuestra tendencia a lo más cómodo para acoger la invitación de Cristo a caminar junto a Él con una vida coherente de cristianos. Es renunciar a la "ley del mínimo esfuerzo" para vivir más bien según la "ley de la máxima entrega". Es aceptar la vocación que Cristo ha querido regalarme y seguirla hasta las últimas consecuencias, aunque a veces sangre el corazón. Es el camino de la verdadera libertad. ¿Vivo de verdad en la libertad de los hijos de Dios? ¿Qué me detiene?

La cruz y la negación de sí mismo es el camino de la conversión indispensable para la existencia cristiana, y por eso no debemos tenerle miedo. En la medida en que configuremos nuestra existencia con la de Cristo, sobre todo por la oración y el ejercicio práctico de las virtudes, podremos decir como San Pablo: "Ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí."

4 . Cuando Cristo nos regala la cruz, nos obsequia la oportunidad de amar en plenitud. Pero debemos evitar la trampa de creer que la cruz está presente en nuestra vida sólo en los grandes momentos de dolor, como puede ser la muerte de un ser querido, una enfermedad o un fracaso. La cruz es nuestra inseparable compañera, porque Cristo quiere que experimentemos su amor constantemente, y que cada día le amemos más y mejor. Ésta se manifiesta muchas veces en la fidelidad a nuestro deber cotidiano hecho por amor.

En su última cena, Jesucristo nos dio ejemplo e invitó a amar "hasta el extremo". Esta manera de amar, quiere decir estar dispuestos a afrontar esfuerzos y dificultades por Cristo. Significa que debemos olvidarnos un poco, "desaparecer" un poco nosotros para que Cristo aparezca. Naturalmente, ser seguidor de Cristo nunca a sido una tarea fácil. Amar como Él nos ha amado significa también no temer insultos ni persecuciones por nuestra vida coherente, por nuestra fidelidad al Evangelio. La historia de la Iglesia está jalonada por los testimonios de hombres y mujeres que han sabido amar así. Muchos de ellos son mártires cuya sangre se ha mezclado con la de Cristo crucificado. Pero también existen otros mártires, que son los que han despreciado su honra, su fama, su triunfo personal antes de traicionar a Cristo.

Finalmente, el amor hasta el extremo que es la cruz nos exige estar dispuestos a amar a nuestros enemigos y rogar por los que nos persigan. Ahí está, precisamente, el núcleo de nuestro mensaje y el detonador de la revolución que ha causado la encarnación, muerte y resurrección de Cristo: la caridad, el perdón, la entrega sin reserva.

Santa María del Pilar: 12 de Octubre

Lc 11, 27-28

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

1Cor 15, 3-4.15-16  
Salmo 26  
Lc 11, 27-28

1. Esa imagen morena de la Santísima Virgen sobre el pilar, con su mano grande, su rostro atento a nuestras súplicas, patrona de la Hispanidad, y el Niño con el símbolo del Espíritu entre las manos nos hace revivir facetas de la peregrinación de fe de esta mujer nazarena. Su camino arduo es nuestro camino. Su meta es nuestra meta. Y todavía hoy sigue desde su presencia junto a su Hijo Jesucristo animando a esta Iglesia que peregrina.

Lo primero que conocemos de la vida de María es que el ángel Gabriel se dirigió a ella con estas palabras: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo». Curiosamente, en este saludo, el ángel no la llama por su nombre como hubiera sido normal, sino que le asigna un nombre nuevo: «llena de gracia». Este nuevo nombre designa el pasado, el presente y el futuro de María, lo que ha sido desde su nacimiento y lo que seguirá siendo siempre. Y su contenido es tremendo: «colmada del favor de Dios». Significado que se explica y completa con la otra afirmación del ángel: «El Señor está contigo». Lo que se le quiere decir a María es que Dios la ama con predilección, que habita en ella y que en ella ejerce todo su poder. Y esto, sin ningún mérito por parte de ella.

Este es el don que recibió esta criatura única, en la que la humanidad alcanzó toda su gloria y perfección. Pero, ¿y los demás? ¿Sólo nos queda la admiración y la envidia ante quien tiene tantas cosas que a nosotros nos faltan?

La gracia de María se convierte en un faro potente que nos ayuda a descubrir nuestro propio misterio y aumentar poderosamente nuestra «autoestima». También nosotros, en el Bautismo, recibimos un nuevo nombre y con él una nueva existencia, una nueva vida que transformaba y elevaba nuestra vida natural a otro plano, dotándola de nuevas capacidades. En efecto, la gracia bautismal nos introdujo en la misma vida divina de manera absolutamente gratuita, es decir, por elección misteriosa de Dios. Fuimos hechos hijos adoptivos del Padre, recibimos la redención de Jesucristo y nos convertimos en sus miembros e imágenes. Y todo ello por la acción del Espíritu Santo, que nos hizo templos suyos, nos purificó de todo pecado, incluido el original, e infundió en nosotros la vida divina.

La «llena de gracia» tuvo que devolver su ser a Dios haciendo de su vida un himno de alabanza: «Proclama mi alma la grandeza del Señor... porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí». Nosotros, desde la luz que ella derrama, sentimos la necesidad de proclamar con obras y palabras un Magníficat similar:

«Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales. Él nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor. Él nos ha destinado en la persona de Cristo, por pura iniciativa suya, a ser sus hijos; para que la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en su querido Hijo, redunde en alabanza suya».

2. Dice el Vaticano II: «Cuando Dios se revela hay que prestarle la obediencia de la fe, por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios». Esta descripción de la fe encontró una realización perfecta en María

desde el momento mismo de la anunciación. Allí se confió a Dios sin reservas y se consagró totalmente a sí misma, como esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo. Como Abrahám, que «esperando contra toda esperanza, creyó y fue hecho padre de muchas naciones», así María, después de haber manifestado su condición de virgen, creyó que, por el poder del Altísimo, se convertiría en la madre del Hijo de Dios. Este abandono total de la Virgen María a la voluntad de Dios, tantas veces incomprendible para nosotros, explica que la Iglesia nos la proponga como el modelo supremo de fe. Ella es la primera de los creyentes del Nuevo Testamento, la mejor y, además, la madre de todos los que vendrán después. Porque su sumisión y docilidad absolutas a la voluntad de Dios se debieron a la especialísima acción del Espíritu santo en ella, ya que, como afirma San Pablo, sin la acción del Espíritu Santo no tendríamos fe. Pero es que, además, su obediencia total fue el desencadenante de que el Espíritu Santo irrumpiera en el mundo a través de Jesús. En María, pues, aprendemos a creer, y gracias a María podemos creer y como consecuencia a aceptar a Dios y amar.

3. Si por medio de la fe María se convirtió en la madre del Hijo de Dios, en la misma fe descubrió y acogió otra dimensión de la maternidad, aquella que le hizo abrirse cada vez más a la misión de Jesús y convertirse en madre de todos los hombres. En efecto, a medida que se fue esclareciendo ante sus ojos y ante su espíritu la misión de su Hijo, ella misma se fue abriendo cada vez más a aquella nueva maternidad, que debía constituir su «papel» junto a su Hijo.

Particularmente significativa es al respecto la escena de las bodas de Caná. María acude a Caná como madre de Jesús y acaba actuando como madre de los hombres. Esta nueva maternidad se concreta en tres acciones: María intercede por los hombres. Al decir a Jesús: «No tienen vino», se pone entre su Hijo y las privaciones, indigencias y sufrimientos de los hombres. Se pone «en medio», o sea, se hace mediadora, no como una persona extraña sino en su papel de madre, consciente de que, como tal, puede hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres. María desea también que se manifieste el poder mesiánico de Jesús, su poder salvífico para socorrer la desventura humana. Y este deseo fuerza de hecho la intervención de Jesús. María se presenta como portavoz de la voluntad de Jesús: «Haced lo que él os diga».

4. Y la maternidad universal de María no se va a quedar en el Calvario, sino que va a intervenir de manera discreta y silenciosa en el momento de la manifestación de la Iglesia. Al narrarnos el acontecimiento de Pentecostés, el evangelista Lucas lo relaciona con la anunciación. En ambos sitios se da una intervención especial del Espíritu: En Nazaret para engendrar a Jesús y en Jerusalén para engendrar a la Iglesia. Y en ambos sitios también interviene María: en Nazaret como madre de Jesús y en Jerusalén como madre de la Iglesia. Así «María acoge, con su nueva maternidad en el Espíritu, a todos y a cada uno en la Iglesia, acoge también a todos y a cada uno por medio de la Iglesia». Es decir, María es a la vez Madre de la Iglesia y representación de la Madre-Iglesia, que es como su prolongación en la tarea de engendrar nuevos hijos por el Espíritu. Que María aumente nuestra fe, anime nuestra esperanza y fortalezca nuestro amor. Amén.

Solemnidad de Todos los Santos

Mt 5, 1-12a

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Ap 7, 2-4; 9-14

Salmo 23, 1-6

1Jn 3, 1-3

Mt 5, 1-12a

1.- El Hijo de Dios vino a la tierra no para facilitarnos el caminar por ella sino para anunciarnos algo grande y hermoso. En el evangelio, san Mateo nos presenta a Jesús como el nuevo Moisés, hablando desde un monte, ofreciendo una ley nueva, por la cual nos debemos gobernar en esta tierra. Las bienaventuranzas suenan como algo muy extraño. Son los indicadores para nunca triunfar según el criterio del mundo. No nos caen bien. Es difícil apreciar el carácter paradójico de las mismas. Nos gustaría olvidarlas o ignorarlas cuanto antes. Nos gustaría que Jesús nunca las hubiera mencionado.

Sin embargo, las bienaventuranzas constituyen una revolución moral que todavía no se ha llevado a su plenitud. Jesús no vino a esta tierra a facilitarnos las cosas sino a establecer un orden nuevo de valores. Jesús no condenó el placer ni los bienes materiales ni el dinero. No condenó al joven rico que le preguntó sobre la manera de lograr la perfección. Jesús le advirtió que colocara su corazón no en la tierra sino en el cielo.

A Jesús le gustaba comer con amigos, con pecadores, en banquetes, en bodas. Le gustaba el buen vino y el primer milagro que realizó, según el evangelio de Juan, fue convertir agua en vino. Y con todo, Jesús no vino a vivir una vida cómoda o de confort, sino a enseñarnos un camino nuevo. No hay otro camino para el verdadero cristiano. Podemos gozarnos en la maravilla de la creación, podemos gozarnos en las cosas creadas y materiales, pero también tenemos que estar dispuestos a cargar con la cruz.

2.- Hoy es la fiesta de todos los Santos. Es una fiesta bella y muy significativa. Esta fiesta es una fiesta siempre cercana y humana. Con ella los cristianos honramos la memoria de los muchos santos no glorificados en la tierra. Unos son desconocidos, otros muchos no. Todos hemos conocido hombres y mujeres llenos de fe, --nuestros padres, por ejemplo-- que han vivido haciendo el bien, de manera sencilla, en la salud o en la enfermedad. Personas de las que hemos dicho con admiración y respeto: era un santo. Celebramos a santos pequeños y santos grandes. A los famosos y a los desconocidos. La lectura del Apocalipsis --"vi una muchedumbre inmensa"-- hace referencia a todos ellos. Ahora, entre ellos podremos recordar también a nuestros familiares y amigos ya fallecidos. Todos están con Dios. Muchos de estos santos no glorificados en la tierra, son familiares y amigos nuestros. Estamos rodeados de santos. Unos, desde el cielo, están con nosotros invisiblemente. Otros están todavía en este mundo y a lo mejor nos encontramos con ellos todos los días. Ojalá tengamos ojos para descubrirlos a tiempo. Seremos más felices. Veremos las cosas con más

optimismo. Su recuerdo nos ayudará a ser mejores.

El mensaje de la fiesta de todos los Santos, es un mensaje de esperanza y fortaleza. En el prefacio de la liturgia leemos: "Tú nos ofreces el ejemplo de su vida, la ayuda de su intercesión y la participación en su destino, para que, animados por su presencia alentadora, luchemos sin desfallecer en la carrera y alcancemos, como ellos, la corona de gloria que no se marchita" Así pues, aunque peregrinos todavía en este mundo, nos encaminamos alegres, guiados por la fe y animados por la gloria de los santos que ya están en la gloria. En ellos encontramos ejemplo y ayuda para nuestra debilidad.

Todos estamos llamados a ser santos. Nos lo recordó el concilio Vaticano II bellamente: "Todos, por la acción del Espíritu de Dios, obedientes a la voz del Padre, adorando a Dios Padre en espíritu y verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y con la cruz a cuestas para llegar a tener parte en su gloria". Los obispos, los sacerdotes, los religiosos y los seculares, todos los discípulos de Jesús, "están llamados y obligados a procurar la santidad y la perfección de su propio estado de vida".

El auténtico cristiano debe escalar, con valentía y entereza, la cumbre de la montaña, el auténtico cristiano debe esperar contra toda esperanza, y cuando todo aparece oscuro y tenebroso, el auténtico cristiano debe estar seguro de que un día se encontrará con todos los santos en el cielo.

3.- Iniciamos esa carrera de la santidad el día de nuestro bautismo. En el bautismo contraemos unas responsabilidades de ayuda mutua. No podemos renovar nuestras promesas de una manera superficial, sino con pleno conocimiento de lo que hacemos. Renovadas las promesas, realmente podemos celebrar con alegría este día, porque todos somos santos. La santidad no es complicada. Se puede y se debe vivir en los diferentes estados de vida y en todas las circunstancias concretas de nuestra vida. Este es el camino verdadero para renovar la Iglesia y resolver de verdad nuestros problemas. Seamos todos un poco mejores y la Iglesia irá mejor y actuará mejor. Seamos un poco mejores en el cumplimiento de nuestras obligaciones, pequeñas y grandes, y todo irá mejor, también en la sociedad. La sociedad celestial de los santos que recordamos en esta fiesta tan familiar es la verdadera alternativa a la sociedad de este mundo, la referencia permanente para nuestra santificación y nuestra acción evangelizadora y renovadora. Ésa es la grandeza y la hermosura de nuestra vocación y misión de cristianos en el mundo.

Fiesta de los Fieles Difuntos

Mt 25, 31-46

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Is 25, 6a.7-9

Salmo 24

Rm 8, 14-23

Mt 25, 31-46

1.- La fe cristiana es fe en Jesucristo muerto y resucitado. La autenticidad de la creencia en el Dios de la salvación manifestado por Jesucristo pasa por la "experiencia" interior del miedo a la muerte. Sólo quien ha asumido



vitalmente el riesgo ineludible del morir en alguna fecha puede desear la salvación del Dios de Jesucristo y, en un gesto de audacia --que se llama fe--, confiar en sus promesas salvadoras.

La salvación de Dios es, antes que nada, liberación de la caducidad del sepulcro, y el poder de Dios se afirma como sobre todo poder porque es capaz de liberar al hombre de la ruina definitiva de la muerte. Dios, según las Escrituras, no es Dios de muertos, sino de vivos, y su salvación consiste, sobre todo, en afirmar la vida del hombre, por encima del poder de la muerte.

Los modos de este vivir más allá del agujón de la muerte se nos esfuman en teorías y divagaciones y de ellos podemos saber, a lo sumo, cómo no serán; pero este extremo es, sin duda, de muy menor entidad en comparación al núcleo de nuestros deseos consistentes en perpetuar nuestra existencia personal cuando sobre el haya caído ya el telón de la muerte.

Crear en el Dios de la salvación, que se nos manifiesta en el Resucitado, es confiar y esperar en que, por el poder salvador de Dios, seguiremos viviendo.

2.- Para esta etapa de espera, de esperanzas y confianza en la salvación de Dios se requiere el amor a la vida. ¿Cómo confiarse en Dios y esperar en su salvación si la vida no nos fuera experimentada y asumida como el centro de nuestras advertencias, el mimo de nuestras solicitudes y preocupaciones, el núcleo de nuestra persona definición?

Quien no ama a la vida --y por ello huye de la muerte-- se incapacita para amar, y esperar, y confiar en la salvación de Dios. El creyente en el Dios de la salvación afirma con todos los demás hombres, el derecho a amar la vida y a gozar de la existencia; pero, junto a esta afirmación de un derecho, el creyente se sabe urgido por un deber: el de amar la vida y odiar la muerte. Por hombres, un derecho a existir; por creyentes, una obligación de vivir a manos llenas, a pleno pulmón, a total utilización de la vida.

3.- A partir de este amor apasionado por la vida surge para el creyente el deber de respetarla en sí mismo y en los demás; la obligación de no atentarse contra la vida en ninguna de sus etapas y de sus expresiones humanas; la responsabilidad de procurar a los vivos un marco en que su vida pueda realizarse en la afirmación de su dignidad, de su libertad, de su justicia, de su igualdad, de sus derechos fundamentales y de sus obligaciones para con los otros hombres y la sociedad de los hombres. Así, el amor a la vida y la esperanza puesta en el Dios de la vida, acaba por traducirse en ética y ciudadanía, en responsabilidad social y en empeños temporales comprometidos en favor de la vida humana y de su dignidad y sus derechos.

Se entiende mal que, por ello, que haya creyentes en el Dios que es capaz de salvarme y que, sin embargo, menosprecian la vida propia y la vida de los demás causando la muerte en sí mismo y a su alrededor por los mil medios que el hombre tiene a su alcance para atentarse contra la vida y que, en definitiva, pueden ser comprendidos bajo la denominación de pecado, en la esfera más personal y particular o en la esfera social, política y económica.

Para las Escrituras, en la muerte se resume y expresa el pecado humano por lo que el morir entraña de división; en la vida, por el contrario, y en el

amor a la vida se manifiesta la fraternidad, la solidaridad, la comunión con uno mismo y con los demás hombres. Teme a la muerte, por encima y más allá del mero instinto de conservación, quien no se permite atentar contra la dignidad y felicidad de los otros hombres.

Ama a la vida y autentifica su esperanza en la salvación de Dios, quien respeta a la vida, quien la honra y dignifica, quien la protege y defiende, quien abunda en comunión con los demás a los que, por vivir y estar llamados a vivir sin fin en Dios, considera hermanos.

4.- Hoy rezamos por los difuntos. La muerte no liquida a la persona. Es el tránsito para encontrarnos cara a cara con Dios. Ellos participan en plenitud de la salvación traída por Cristo y a través de Cristo. Él es el único camino que de verdad puede alcanzar el encuentro con Dios Padre de nuestros seres queridos.

Dedicación a la Basílica de San Juan de Letrán

Jn 2, 13-22

Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Ez 47, 1-2.8-9.12

Salmo 48

1Co 3, 9c-11.16-17

Jn 2, 13-22

1. Celebramos fiesta es de la dedicación de la Basílica de san Juan Letrán de Roma. Este templo, la catedral del Papa como obispo de Roma, es el primer gran templo cristiano construido en Roma después de las persecuciones, en el siglo IV.

La Basílica de san Juan de Letrán es símbolo de la unidad de todas las comunidades cristianas con Roma: Por eso celebramos en todo el mundo la fiesta de la que se llama "la madre de todas las iglesias". La comunión con la Iglesia de Roma nos recuerda que todos estamos contruidos sobre el mismo cimiento de Jesucristo.

El creyente no mira un edificio religioso sólo para contemplar, como un turista, su belleza artística, sino que lo contempla desde una mirada de fe. El templo de Jerusalén era un lugar central de la fe judía y remitía a la presencia de Dios, a su salvación y a la alianza con el pueblo, que en él le daba culto. Jesús habla del templo como "la casa de mi Padre" y de un nuevo templo para el encuentro con Dios y para el culto auténtico. San Pablo dice que ese nuevo templo somos todos en quienes habita el Espíritu. El mismo Espíritu que nos congrega en el templo para la celebración dominical nos impulsa como un fuerte torrente que lleva vida y todo lo sana, lo renueva y hace que fructifique.

2. A menudo decimos que un lugar lo hacen las personas que lo habitan. Los mejores paraísos soñados pierden su encanto si no podemos disfrutarlos en amistad con otros. Y lugares de pobres medios pueden estar llenos del calor de la ternura y la compañía. Al fin y al cabo, la casa la forman quienes en ella viven.

En la expulsión de los vendedores, Jesús parece reclamar la dignidad y el

valor del templo, al que denomina "la casa de mi Padre". La importancia y el valor del templo también vienen de Aquel que lo habita y su belleza se refleja en las actitudes del corazón de sus fieles. El valor del templo está en que impulse la auténtica relación con Dios y el verdadero culto, y junto a ello la auténtica relación con los otros en fraternidad y servicio. Jesús inaugura e impulsa una nueva relación con Dios más auténtica, fraterna y "espiritual", que transforma a las personas y los sistemas, hasta el punto de convertirse Él mismo en el nuevo Templo de Dios.

En pueblos y ciudades, los templos son un símbolo comunitario que hacen visible, ante todo, una comunidad de creyentes. El templo da visibilidad a la comunidad cristiana y es signo que remite al encuentro de Dios con su pueblo. Cuando lo religioso tiende a privatizarse y cuando se ponen de moda los altares privados en la propia casa, no está de más recordar que en la tradición cristiana vamos al templo para expresar visiblemente e intentar vivir realmente que nuestra fe nos vincula en fraternidad y solidaridad con los demás.

3. Por eso, el templo es punto de encuentro con la comunidad y con el Dios de Jesús que nos congrega y envía, y un lugar abierto sin exclusivismos ni manipulaciones. Ante todo, el templo debería ser "casa": Hogar, lugar abierto y acogedor, en donde siempre nos están esperando y podemos ser nosotros mismos. Como la casa familiar, el templo debería ser, por supuesto, lugar de responsabilidades compartidas y tareas repartidas, pero también lugar de descanso y comodidad, de relajación y recuperación. En el templo todos nos hacemos "uno": Es símbolo de unidad y universalidad. La fiesta de la dedicación de la Basílica de Letrán nos recuerda la comunión de las Iglesias con la primera Iglesia de Roma en la unidad de la fe común en Jesús-templo, lugar del encuentro con Dios. La comunión con la Catedral del Papa expresa la unidad de las iglesias, que forman un edificio sobre el único cimiento que es Jesucristo. Especialmente nos hacemos "uno" en la celebración dominical de la Eucaristía, cuando nuestro templo realiza aquello que significa: La comunidad de fe y amor al encuentro del Dios de la Vida.

4. Donde hay Espíritu, allí hay un templo. Lo insinúa la lectura de San Pablo: "¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?". No olvidemos que Jesús valora el templo -- "la casa de mi Padre"--, es decir, el lugar del encuentro con Dios. Pero Jesús anuncia un templo nuevo, un nuevo lugar para el encuentro con Dios: "él hablaba del templo de su cuerpo". Pablo lo explica a los Corintios con la imagen de los cimientos y el edificio. El cimiento es Jesucristo; el edificio, los cristianos; el ensamblaje que nos une, el Espíritu.

Cada uno es un templo porque el Espíritu de Dios habita en él. Esto nos habla de la altísima dignidad e inviolabilidad de cada ser humano, de cada vida. Y también de las enormes posibilidades de recuperación y renovación en la vida: "quedará saneado el mar y habrá vida dondequiera que llegue la corriente". Porque el Espíritu nos habita, toda experiencia, por negativa que sea, se puede corregir con otra mejor. La experiencia del Espíritu es siempre una experiencia de "renacimiento" que hace posible esa asombrosa e increíble capacidad de renacer que tiene el ser humano.

Solemnidad de Cristo Rey del Universo  
XXXIV Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A  
Mt 15, 31-46  
Autor: Padre Antonio Díaz Tortajada

Ez 34, 11-12. 15-17  
Salmo 22  
1Co 15, 20-26.28  
Mt 15, 31-46

1. Los textos bíblicos de la solemnidad de Cristo Rey, que la liturgia católica celebra hoy, son un revulsivo inquietante. ¿Allá es nada redefinir la realeza desde el pastoreo y subrayar que la autoridad, entendida desde la fe cristiana, ha de traducirse en reunir en un rebaño a las ovejas dispersas, en librar a la grey de todas las oscuridades, en vendar las heridas de las que estén enfermas, en proteger y cuidar a todas las que han sido confiadas a su solicitud!

El profeta Ezequiel define con estos rasgos la acción de Dios cara al hombre, a todo hombre; y, al precisar con estas luces lo que es la soberanía de Dios sobre el mundo, apunta a cómo ha de ser el ejercicio de la autoridad si de verdad quiere inspirarse en el designio de Dios. ¡Qué lejos quedan los sonos triunfalistas con que, a veces, la comunidad cristiana ha celebrado la realeza de Cristo!

En lugar de aprender desde la actuación de Dios para con el hombre el estilo que ha de tener todo ejercicio de autoridad entre los hombres, no en pocas ocasiones los creyentes hemos entendido la autoridad divina desde los conceptos que definen habitualmente a las autoridades terrenas. Se trata de una inversión alucinante que deja sin razón de ser el Evangelio o, lo que es peor, que manipula la buena nueva para canonizar determinados comportamientos carnales.

Para el creyente, la autoridad se especifica por el servicio, por la permanente persecución de lograr la paz ciudadana a través de la justicia social, por la particular dedicación a los marginados y humillados, por la clarificación de las situaciones que a todos interesan, por hacer que todos compartan las decisiones a las que todos deberán responder... Así, al menos, se caracteriza el pastor-autoridad en la profecía de Ezequiel.

2.- El evangelio de san Mateo abunda en estos mismos criterios al subrayar cómo la participación en los destinos de la sociedad es lo que constituye al hombre ante los ojos de Dios. La fe no es para la complacencia personal, sino para la responsabilización social. Creyente no es el que se afirma tal, sino el que comparte el pan y el vestido con los que de pan y vestido carecen. La salvación no se concede al que dice desearla, sino al que actúa justa y fraternalmente con los hombres que un día compartirán el comunitarismo de la salud de Dios. El seguidor de Jesús no se perfila desde su exaltación religiosa, sino desde su actuación misericordiosa.

Para el evangelio de san Mateo es clara la existencia de "creyentes ateos" y de "ateos creyentes", como lo es también que la piedra de toque de la autenticidad de la ortodoxia está definida por la verificación de la ortopraxis. No el que dice, sino el que hace según el designio de Dios, ese es el verdadero creyente que madura para la hora de la salvación. Cristo es

Rey porque salvará al hombre que, desde la fe y sin saber que tiene fe, ha actuado en la vida de acuerdo con el Evangelio.

3.- Hay aquí un desafío para el creyente. Y más cuando se le implica en un largo proceso histórico. San Pablo, en su carta a los cristianos de Corinto, subraya como la realización del proyecto cristiano no es obra de la mañana a la noche, sino de una permanente e incansable actuación con miras a un futuro mejor, cuyo advenimiento se ignora. La plenitud del Reino se alcanzará en la plenitud de los tiempos. Mientras tanto, al hombre le corresponde actuar sin desmayos, consciente de su aportación al designio divino, pero sin exigir que la transformación del mundo se logre en un abrir y cerrar de ojos.